

**UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
ESCUELA DE POSTGRADO**



**MUJERES LÍDERES EN EL ESPACIO RURAL: EXPERIENCIAS Y SIGNIFICADOS SOBRE  
LIDERAZGO Y PARTICIPACIÓN COMUNITARIA EN ORGANIZACIONES DE MUJERES**

**Tesis para optar al grado de Magister en Estudios de Género y Cultura, mención Ciencias Sociales**

**Verónica Olivares Vera**

**Directora:  
María Loreto Rebolledo González**

**Santiago de Chile, 2019**

## RESUMEN

La siguiente investigación se titula “*mujeres líderes en el espacio rural: experiencias y significados sobre liderazgo y participación comunitaria en organizaciones de mujeres*”, y fue realizada por Verónica Olivares Vera, con la guía académica de María Loreto Rebolledo González, para la obtención del grado de Magíster en Estudios de Género y Cultura, mención en Ciencias Sociales.

La investigación parte de la necesidad de problematizar la participación comunitaria y el liderazgo de las mujeres desde una perspectiva crítica de género. Para ello, se trabaja con narrativas de 12 mujeres, tomando como ejes centrales de análisis las trayectorias de participación en el medio rural, cruzada por las condiciones de género, clase y territorialidad, a través de una metodología cualitativa y feminista. Mediante el análisis se develan los espacios y las prácticas colectivas que lideran las mujeres, se pone en discusión la continuidad o cambio de los mandatos tradicionales de género en la cotidianidad, y se relevan las rupturas que emergen del liderazgo tanto a nivel personal como familiar.

**Datos personales:** [olivaresveraveronica@gmail.com](mailto:olivaresveraveronica@gmail.com)

**Palabras Claves:** Género, participación, liderazgo, ruralidad

## AGRADECIMIENTOS

Sin lugar a dudas, todo el proceso de investigación ha estado lleno de momentos que atesoro puesto que me permitieron obtener importantes aprendizajes tanto en mi vida personal como para mi accionar profesional.

Junto con reconocer y honrar el proceso investigativo, quiero agradecer a CONICYT por el otorgamiento de una beca durante el segundo año de estudio del Magister. La confianza deposita en mí y sus aportes me permitieron tranquilidad financiera para realizar esta etapa. En retribución a ello, pretendo continuar aportando en el mundo académico y desde las políticas públicas a los estudios de género en las regiones del país, especialmente en los territorios ubicados en los márgenes.

Es importante para mí agradecer a las mujeres que aceptaron la invitación de ser parte de esta investigación. Gracias por confiarme sus historias y por compartir sus sabidurías. Desde hace varios años hemos construido una historia juntas, creciendo mutuamente y espero que así siga siendo.

No quiero perder la oportunidad de agradecer también a los pilares de mi vida, mi familia y mis amigos. Gracias por confiar en mi y ser el espacio seguro que me reconforta en los momentos difíciles.

Eterna gratitud a las hermosas amistadas que me regalo este proceso de estudios. Gracias por todas sus enseñanzas y complicidades.

Especial agradecimiento a Loreto Rebolledo, mi guía en este proceso. Gracias por la paciencia y la dedicación entregada.

## ÍNDICE

<b>I. INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>1</b>
<b>II. PUNTO DE PARTIDA.....</b>	<b>3</b>
Participación comunitaria en el contexto chileno.....	3
Mujeres rurales y participación comunitaria: orígenes y trayectorias.....	7
Debates en torno al liderazgo de las mujeres.....	10
Hualañé: mujeres líderes en el contexto local.....	13
<b>III. PROBLEMATIZACION.....</b>	<b>17</b>
<b>IV. OBJETIVOS.....</b>	<b>19</b>
<b>V. MARCO REFERENCIAL.....</b>	<b>20</b>
Género como marco de análisis.....	20
Sobre el poder como relación social.....	23
Espacios de participación: esferas diferenciadas o entrecruzadas.....	24
Identidades colectivas: Mujeres, identidad y participación social.....	27
<b>VI. ESTRATEGIA METODOLOGICA.....</b>	<b>30</b>
Enfoque metodológico: un recorrido reflexivo en el proceso de investigación.....	30
Técnicas de investigación.....	32
Criterios y selección de la muestra.....	34
Estrategia de análisis cualitativo.....	38
<b>VII. RESULTADOS Y ANALISIS.....</b>	<b>40</b>
<b>VII.1 Trayectorias de participación: espacios y prácticas comunitarias.....</b>	<b>40</b>
Juntas de Vecinos: prácticas comunitarias en entornos de precariedad.....	42
Centro de padres, madres y apoderados: extensión de lo materno en la esfera Escolar.....	47
Club Deportivos y otras organizaciones masculinizadas: espacios de exclusión...	50

<b>VII.2 Organizaciones de mujeres en Hualañé: inicios y trayectorias de participación comunitaria.....</b>	<b>55</b>
Participación comunitaria entre mujeres: Tiempos y espacios para sí mismas.....	57
Relatos sobre los inicios de las organizaciones de mujeres en Hualañé.....	60
Vernos en otras: construcción de relaciones de solidaridad.....	69
<b>VII.3 Liderazgo comunitario desde las mujeres: significados y valoraciones.....</b>	<b>75</b>
Reconocimiento e influencia.....	76
Liderazgo en clave femenina ¿continuidad o cambio en la autoimagen de género?.....	82
Mujer sumisa / líder que no “agacha el moño”.....	85
Desgastes y tensiones del liderazgo comunitario.....	90
<b>VIII. PUNTOS DE LLEGADA: CONCLUSIONES Y REFLEXIONES FINALES.....</b>	<b>94</b>
<b>IX. REFERENCIAS.....</b>	<b>101</b>



## **I.- INTRODUCCION**

En las décadas recientes la participación en las localidades rurales de Hualañé (región del Maule) ha llegado a ocupar un lugar importante en la vida de las mujeres, siendo las organizaciones de mujeres un lugar que incide en el desarrollo personal y social, transformando las formas de convivencia y relación social entre mujeres. Lo individual se pliega con lo colectivo en la búsqueda de un nosotras como identidad colectiva, un lugar de enunciación ante el marco de las experiencias colectivas de género, clase y territorialidad. No obstante la importancia adquirida, la participación en el espacio rural pocas veces se ha convertido en objeto de estudio. Gran parte de las investigaciones que indagan la realidad de las mujeres en el campo chileno, han tendido a acentuar la mirada en el progreso material y los cambios en los modos de vida, desplazando el foco de atención de los sujetos colectivos.

El estereotipo de la mujer rural que opera en nuestra sociedad tiende a caracterizarla de manera contradictoria. Por una parte, se caracteriza como alguien profundamente conservadora, encerrada en su casa y poco aficionada a incursionar fuera del ámbito familiar. Estas ideas preconcebidas sobre cómo son y comportan se encuentran situadas en una imagen detenida en el tiempo, que no da cuenta de las actuales dinámicas que se viven en este territorio en particular. Sin embargo, cuando se ve la realidad sin el velo de los estereotipos, aparecen mujeres reales que resisten a ser encasilladas dentro de un modelo establecido. En el presente y el pasado un sector importante de las mujeres rurales han desplegado una serie de iniciativas y actividades que no responde a los comportamientos esperados, rebeldías individuales que resisten a los cautiverios impuestos como marca de género.

El presente trabajo se enmarca en el esfuerzo de conocer, reflexionar y problematizar la participación y liderazgo de las mujeres desde una perspectiva crítica de género. A partir de las narrativas de doce líderes se profundiza sobre cómo esta práctica comunitaria es experimentada, vivida y percibida. A partir de un enfoque cualitativo y de género nos acercamos de un modo comprensivo e interpretativo a las percepciones que se construyen,

resaltando aquellos elementos y procesos subjetivos e intersubjetivos, más que hacer un análisis macrosocial de su actuar. Este propósito se relaciona precisamente en relevar la voz de aquellas mujeres que representan a una parte del espacio rural, a partir de la pregunta: ¿Cuáles son las experiencias y significados que las mujeres rurales han construido en torno al liderazgo y la participación comunitaria en organizaciones de mujeres de la comuna de Hualañé, región del Maule?

El texto está organizado en cuatro capítulos, el primero de los cuales presenta los antecedentes a las temáticas centrales, donde se explican cómo se configura la participación social en Chile, las trayectorias de las organizaciones de mujeres en el espacio rural y luego una mirada al liderazgo desde la perspectiva género y feminismo. Luego se abarca los marcos teóricos y metodológicos que orientan el trabajo. En el quinto capítulo se recorre los factores analizados de la participación comunitaria develándose los espacios y prácticas colectivas; se recogen los inicios y trayectorias de la participación en organizaciones de mujeres, donde se detiene en las significaciones y valoraciones que este espacio constituye para ellas, tanto como mecanismo de ruptura a la rutina y aislamiento doméstico, como la subversión que constituye la construcción de relaciones de solidaridad. Posterior a aquello, se revisan las percepciones sobre el liderazgo comunitario, donde se devela la importancia del reconocimiento e influencia en la colectividad, los cambios y continuidades en las identidades de género y los mecanismos de aumento de autoestima y desarrollo personal. Finalmente, se presentan las conclusiones analíticas que entregan la reflexión y la investigación.

De este modo hemos querido develar los enclaves que articulan la participación comunitaria, en relación a su contexto particular, donde se incorporan las subjetividades de las mujeres que lideran los espacios colectivos.

## **II. PUNTO DE PARTIDA**

A modo de iniciar este recorrido hacia la comprensión de la participación comunitaria y liderazgo en el ámbito rural, se presentan tres subtemas que se irán entrelazando de manera permanente durante el estudio. En primera instancia, serán revisadas algunas consideraciones conceptuales e históricas de la participación en el contexto chileno; posteriormente se abordará los inicios y las trayectorias de participación comunitaria femenina en el espacio rural, a partir del surgimiento de los Centros de Madres y su influencia en la constitución de tejido social. Se continúa, haciendo referencia al liderazgo desde la perspectiva de género, puesto que será el marco a partir del cual miraremos y daremos sentido la realidad. Por último, con la finalidad de acercarnos a las particularidades de los sujetos de estudio, nos centramos en el contexto local de Hualañé.

### **Participación comunitaria en el contexto chileno.**

A partir de la década de 1990, la participación resurge en la escena nacional y latinoamericana como una aspiración de los sectores políticos y sociales en el contexto de retorno a la democracia (Garcés y Valdés, 1999). Con la finalidad de reequilibrar el vínculo entre Estado y Sociedad Civil, fragmentada por la dictadura cívico-militar, se comienzan a promover diversas políticas públicas, programas e iniciativas legales que incluyen el componente de participación social. En este contexto, la promoción de la participación se tensiona con los criterios de eficiencia (Delamaza, 2011). En tanto, se comienza a vincular lo asociativo con formas de administración empresarial que subordinan la participación a metas de gobernabilidad. Como consecuencia, no solo se gatilla el desplazamiento de lo político en las iniciativas participativas, sino también se desencadena un efecto cortoplacista, que a la vez, debilita e incluso desprestigia la acción colectiva (Iturrieta, 2008).

A nivel local, con el retorno a la democracia y los procesos de descentralización, la comuna se posiciona como un espacio privilegiado para la promoción de la participación. Bajo el supuesto que aquí se está más cerca de las personas, y por tanto, se incrementan las

posibilidades de coherencia entre necesidades y decisiones (Serrano, 1998). La dimensión territorial/local, pasa a ser considerada como:

Un espacio por excelencia para procesos participativos por cuanto los conflictos que a ese nivel se presentan cautivan en forma directa el interés de la personas, particularmente cuando sientes que sus acciones pueden, efectivamente, incidir en la vida del lugar. (Sabatini, 1997, en Serrano, 1998)

Con la finalidad de acercar el Estado a lo local, tanto las autoridades centrales como locales – municipales – reanudan relaciones con las organizaciones comunitarias, luego de un largo período de haber sido intervenidas y fiscalizadas por la dictadura militar neoliberalizante (Díaz de Valdés, 2016). En este proceso, se generan mecanismos de gestión pública que buscan fortalecer capacidades técnicas para la promoción del dialogo y la participación. Así también, se disponen nuevos instrumentos legales para aquellas organizaciones formalizadas jurídicamente<sup>1</sup>. Entre dichas normativas legales se encuentra la Ley N°19.418 sobre juntas de vecinos y demás organizaciones comunitarias del año 1997<sup>2</sup> y la Ley N°20.500 sobre asociaciones y participación ciudadana en la gestión pública, del año 2011<sup>3</sup>.

Para efecto de estas normativas, las organizaciones de mujeres son incluidas entre las organizaciones comunitarias funcionales, definiéndolas como aquellas “con personalidad

---

<sup>1</sup> En importante destacar, que no todas las expresiones de acción colectiva u organizadas buscan formalizarse jurídicamente, ya sea porque adoptan formas assembleístas y rechazan la elección de dirigentes estables, sea porque su formas de acción es más esporádica, flexible e informal (Consejo Nacional de Participación Ciudadana, 2017).

<sup>2</sup> Anterior a la Ley N°19.418 estaba la Ley N°18.893 de 1989, a partir de la cual la Dictadura cívico – militar estableció que el accionar de las juntas de vecinos y demás organizaciones quedará supeditado a lo permitido por parte de las autoridades, es decir, quedaron sin ninguna función ni responsabilidad ejecutiva o fiscalizadora. Al contrario de aquello, la Ley N°16.880 de 1968, determinaba el estatus institucional a las organizaciones comunitarias, donde se combinaba la autonomía de las organizaciones sociales con la adecuación a las estructuras legales (Consejo Nacional de Participación Ciudadana, 2017).

<sup>3</sup> A partir de esta Ley, las municipalidades debían constituir los Consejos Comunales de Organizaciones de la Sociedad Civil – COSOC - y el Registro de Personas Jurídicas sin Fines de Lucro en conjunto con el Servicio de Registro Civil. Sin embargo, el carácter de estos mecanismos - consultivo, informativo y no vinculante -, los hace muy poco efectivos, puesto que entre otras dificultades, no cuentan con financiamiento que posibilite garantizar su funcionamiento estable (Consejo Nacional de Participación Ciudadana, 2017).

jurídica y sin fines de lucro, que tenga por objetivo representar y promover valores e intereses específicos de la comunidad dentro del territorio de la comuna” (Ministerio del Interior, 1997).

En el contexto actual Chileno, existen alrededor de 50.000 organizaciones comunitarias (Consejo Nacional de Participación Ciudadana, 2017). Según la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional – CASEN del año 2015, el 26,5% de la población participa en alguna organización social (Ministerio de Desarrollo Social, 2018). Este porcentaje incluye a una gran diversidad de organizaciones, en las que se multiplican los distintos intereses e identidades que representan. Por otra parte, respecto a las percepciones de la participación, el estudio del Centro de Estudios Urbano Territoriales de la Universidad Católica del Maule (CEUT, 2014), evidencia que aunque las organizaciones comunitarias son vistas como instituciones muy confiables, carecen de poder. Aquí, llama la atención, que a pesar de la promoción que se realiza hacia los procesos participativos por parte del Estado, esté no se condice con que dichas organizaciones se constituyan en un referente legítimo a la hora de decidir o incidir.

Es evidente que la sociedad civil como cuerpo social organizado mediante, por ejemplo, las organizaciones comunitarias, está lejos de ser inexistente o ser poco relevante. Sin embargo, las relaciones entre estas organizaciones y el gobierno central y local, han conducido a fracturar los fines de la acción comunitaria, puesto que en cierto sentido su quehacer se ha orientado en función de los objetivos gubernamentales, mermando e incluso perdiendo su potencialidad crítica y autonomía (Delamaza, 2005; Díaz de Valdez, 2016).

Este fenómeno más que estimular la promoción de las organizaciones, daña la naturaleza y los fines propios de ellas, e incluso instala una especie de competencia por los recursos públicos – fondos concursables, subvenciones municipales -. Dicha situación, junto a otros elementos es reflejada en el Informe del Consejo Nacional de Participación Ciudadana (2017), donde se identifica el estado actual de las organizaciones comunitarias y las dificultades que se presentan en relación a:

- Malas prácticas como el clientelismo, el asistencialismo y la instrumentalización política de los dirigentes y sus organizaciones.
- Malas prácticas entre dirigentes como la falta de democracia interna en sus organizaciones, el uso de la organización para fines propios, la falta de rotación de dirigentes, y la ausencia de control social en su labor.
- Apatía y desinterés por organizarse o participar en la solución de temas de interés común. Las personas no tienen incentivos para organizarse y participar pues prefieren resolver individual y directamente sus problemas
- Dificultad de los dirigentes para hacerse escuchar y transmitir las propuestas y demandas de la comunidad a sus autoridades. Los espacios son ocasionales y solo cuando a la autoridad le interesa un determinado tema.
- Falta de formación y capacitación de los dirigentes y sus organizaciones, para representar de manera más autónoma y fundamentada a sus intereses y, ser más efectivos en la incidencia.

Este complejo escenario en el que actúan hoy las organizaciones comunitarias en Chile, en el marco institucional o de gestión pública es profundizado por la precariedad de instrumentos de planificación y participación ciudadana a nivel comunal (Delamaza, 2005). Ni la Ley N°20.500 de Participación Ciudadana en la Gestión Pública, ni la Ley Orgánica Constitucional de Municipalidades, reconoce o propone algún mecanismo de participación en la gestión local (Consejo Nacional de Participación Ciudadana., 2017).

En el espacio rural, investigaciones develan mecanismos de articulación particulares, donde la participación campesina es modelada por el clientismo político (Durstón, 2005; Durstón, Duhart, Miranda y Monzó, 2005). Este concepto, basado en las raíces históricas de la época feudal, hace referencia a la relación patrón – cliente. No obstante, en el contexto actual el clientismo político matiza el arraigo histórico, y pasa a ser entendido básicamente como un intercambio de favores por voto, o como develan actuales investigaciones en el espacio rural chileno, el concepto se identifica como un “conjunto de relaciones personales, con elementos de afecto, reciprocidad difusa que operan como una extensión de redes de ayuda mutua” (Durstón, 2005, p. 9). Sin embargo, pese a los matices que se instalan en

torno a este fenómeno social, permanece como común denominador el carácter vertical de las relaciones entre sujetos que se sitúan en posiciones desiguales.

De tal modo, el entramado de condiciones en la que se despliegan las organizaciones comunitarias en nuestro país, da cuenta de la necesidad de mirar la participación desde las particularidades que la conforman, es decir, teniendo en consideración tanto los contextos históricos, económicos, políticos como los espacios territoriales en el que se desarrollan. Pues es en esta realidad particular es donde se entretajan las subjetividades con los territorios vividos del mundo rural actual. En este sentido, conocer el origen y las trayectorias de la organizaciones de mujeres en este espacio, contribuirá a la comprensión de los actuales escenarios donde se borda el tejido social y la participación.

### **Mujeres rurales y participación comunitaria: Orígenes y trayectorias**

Cuando pensamos en participación comunitaria femenina, no es posible abstraer de nuestro imaginario la existencia de los centros de madres. Éstos han sido una de las principales formas de organización entre las mujeres populares y campesinas por varias décadas, siendo la más antigua que convoca y ha convocado a mujeres (Valdés, Weinstein, Toledo y Leterier, 1989).

A pesar de la relevancia alcanzada en estos espacios tradicionalmente considerados en los márgenes, la historia tejida sobre los centros de madres, suele ceñirse a un periodo en particular. Por una parte, la producción historiográfica y de ciencias sociales que retratan los centros de madres, en gran medida, ha sido construida durante o con posterioridad al periodo de dictadura cívico - militar de Augusto Pinochet - 1973-1990 – (Lechner y Levy, 1984; Valdés, Weinstein, Toledo y Leterier, 1989). En algunos de estos escritos, se devela parcialidad en la mirada que se configura como resabio de esta etapa tormentosa, pero que además, forja nociones que universalizan la trayectoria de estas organizaciones, anulando sus propias complejidades y sujetándolas a la historia de los CEMA- Chile<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> CEMA –Chile, es el nombre a través del cual se refundan los centros de madres en la dictadura cívica - militar. Específicamente mediante el Decreto N° 226 de 1974, se transforman en una fundación privada, bajo

En este sentido, los centros de madres están limitados a ser leídos e interpretados desde la experiencia del periodo autoritario. Es decir, desde una perspectiva crítica hacia el disciplinamiento organizacional (Lechner y Levy, 1984). Esta mirada problematiza cómo las organizaciones de mujeres se configuraron en un instrumento político, a partir de políticas asistencialistas y de adoctrinamiento basado en valores y roles tradicionales que reforzaron la subordinación femenina, mediante el binomio mujer / patria<sup>5</sup>. Así también, se expone la paradoja respecto a que la representación de lo femenino, no es realizada desde la noción de una (de)construcción social y por tanto política, sino que al contrario, reforzó el orden patriarcal (Lechner y Levy, 1984).

Para no caer en la trampa de perpetuar los estereotipos sobre cómo son y fueron las organizaciones de mujeres populares, y reflejar su existencia desde la diversidad de su conformación es importante distinguir las diferencias en los distintos períodos que se desarrollaron – sin idealizar- pero que constate el carácter distinto que tuvieron.

En los gobiernos Demócrata Cristiano y de Unidad Popular - 1964 y 1970 -, los centros de madres gozaron de mayor autonomía y ocuparon un lugar importante dentro del mundo social (Valdés, 2005), desplazando la pasividad desencadenada con posterioridad al logro del voto femenino. Mediante una ideología religiosa secularizada, se utilizaron los valores más tradicionales de la familia, los cuales, a la vez, construyeron una cultura femenina<sup>6</sup> (Gaviola, Palestro y Largo, 1994).

En el mundo campesino, de acuerdo a lo investigado por Oxman (1983), la influencia y proliferación que tuvieron los centros de madres estuvo determinado - a modo de pre-condiciones socio-históricas - por la confluencia de tres factores que son propios de la

---

la presidencia de Lucía Hiriart de Pinochet. Entre algunas de las modificaciones a sus antecesores, se establece la dependencia y el obediencia de cada centro a una voluntaria, designada por la Fundación. El financiamiento se obtiene de donaciones, por ejemplo, el de la Polla Chilena de Beneficencia; el pago de matrícula y aranceles por participar en los talleres y la venta de los productos confeccionados. En este sentido, los centros dan un giro hacia el mercado y con estrategias comerciales (Valdés, Weinstein, Toledo y Letelier, 1989).

<sup>5</sup> Bajo el binomio mujer/patria, se entiende que las mujeres deben trazar su proyecto de vida a partir de su entrega a la familia, y a través de ella, se forja el futuro de Chile, de la patria (Lechner y Levy, 1984).

<sup>6</sup> De acuerdo Gaviola, Palestro y Largo (1994) la construcción de una cultura femenina, considera la creación de lazos de solidaridad entre mujeres, a partir de sistemas de valores, modos de comunicación y concepción del mundo desde una conciencia feminista encarnada en el contexto socio-histórico que transitaban.

realidad que vivían las mujeres en el campo. Primero, la estructura familiar campesina, basada en relaciones desiguales de género, posicionaba a las mujeres en el rol de reproductoras sociales, en condiciones de aislamiento o con límites socio-espaciales estrechos entre la casa y el huerto (Rebolledo, 1998). Segundo, la estructura laboral agrícola, transformada por la disminución de la mano de obra femenina empleada y la mecanización de las actividades desempeñadas por las mujeres en la hacienda, que a la vez, provocó el aumento de la categoría de ayuda no remunerada en las labores propias del quehacer doméstico. Por último, la participación electoral femenina, a partir de 1949 con la aprobación del sufragio femenino, y especialmente desde las elecciones presidenciales de 1952, donde las campesinas se conformaron como una de las bases del padrón electoral que el latifundio manejaba.

En el periodo de la Reforma Agraria<sup>7</sup>, los sectores rurales del país recién comenzaron a cambiar sus formas de vida, su cotidianeidad (Valdés, 2015). Siguiendo a Oxman (1983), el discurso tradicional que predominaba en las mujeres campesinas, se modifica: ser madre deja de asociarse solo a la crianza, aisladamente en el hogar, sino también significa la incorporación a organizaciones sociales como los Centros de Madres. En palabras de Gaviola, Palestro y Largo (1988) “Fueron una organización que en forma no consciente ofreció a la mujer una mínima práctica de resistencia a la ideología patriarcal” (p. 87). Asimismo, se destaca el carácter democrático de las organizaciones, puesto que constituía un espacio de encuentro y convivencia en diversidad (Rebolledo, 1997); en los centros de madres se encontraban mujeres de distintas edades, con familiares de diversas ocupaciones y diferentes situaciones de tenencia de la tierra

Tinsman (2009) señala mediante el concepto de mutualismo de género, cómo las mujeres revirtieron la monotonía cotidiana y el aislamiento femenino, para dar paso a la creación de espacios fuera del hogar, donde socializar y participar de la vida pública. Así, las mujeres rurales, mediante la toma de conciencia de las situaciones concretas que vivían, lograron

---

<sup>7</sup> Que considera la transformación del sistema de tenencia de tierra, desplazando a los grandes terratenientes por nuevos productores campesinos, orientados al mercado. Así, se trató de introducir el modelo de modernización capitalista, que posibilitara un mejoramiento económico y social de la población campesina

posicionarse en los centros de madres como sujetos sociales y políticos (Gaviola, Palestro y Largo, 1994).

Este breve recorrido por los distintos tiempos y escenarios donde se han desenvuelto los centros de madres, sin duda permiten comprender y situar las diversas estrategias que motivaron a las mujeres, en el campo y la ciudad, a constituir un modo de organización de base que posibilitará el encuentro entre semejantes a partir de la identidad femenina. Si bien, se construyen a partir de la institucionalización y el reconocimiento del Estado, las prácticas cotidianas al interior de estas organizaciones han abierto la posibilidad de múltiples expresiones que pueden llevar a subvertir el sentido original de su constitución. Problematizar lo que sabemos sobre las organizaciones femeninas en el espacio rural, se configura entonces como un elemento esencial para mirar las actuales formas de organización de las mujeres en el campo.

### **Debates en torno al liderazgo de las mujeres**

Los estudios sobre liderazgo y género son numerosos en la actualidad. Las distintas disciplinas han analizado y descrito el liderazgo desde distintas miradas, produciendo entre ellas convergencias, divergencias y contradicciones tanto en la definición como en el análisis y descripción de la práctica. Sin embargo, estos encuentros y desencuentros más que dificultar la comprensión del tema, han logrado generar riqueza a la reflexión y crítica.

Desde el ámbito de género, uno de los elementos ampliamente investigado se relaciona con los estilos de liderazgo que ejercen hombres y mujeres. Sobre aquello, López-Zafra y García-Retamero (2009) analizan el debate sobre dos posturas divergentes; se identifica por una parte, aquellos estudios que afirman que las mujeres líderes tienen un estilo de liderazgo diferente al de los hombres; y por otro lado los estudios que manifiestan la existencia de un prejuicio general hacia las mujeres. En este ámbito, son significativos los estudios realizados por Eagly y Carly y por Vecchio (en López-Zafra y García-Retamero, 2009). Mientras Vecchio indica que no se ha demostrado de forma empírica y fiable la existencia de una ventaja o superioridad de las mujeres sobre los hombres; Eagly y Carly

exponen resultados de una serie de meta análisis que si manifiestan una existencia real de diferencias en los estilos de liderazgo de hombres y mujeres.

Es importante destacar que estos estudios centrados en los estereotipos de género, hacen alusión a las características que se consideran propias de cada género. Respecto a aquello, toma sentido la crítica feminista respecto a que el parámetro utilizado para la búsqueda de similitudes o diferencias, es el referente del liderazgo masculino (Reyes, 2013). Es decir, que la adscripción de roles diferenciados para hombres y mujeres, [re]producen una serie de creencias culturales sobre las cuáles se define lo esperado o no. Por ejemplo, se asocia a las mujeres y el liderazgo con características tales como: sensibilidad, comprensión, negociación, prudencia, evitación de conflicto, emocionalidad o intuición. De este modo, el contenido de estos estereotipos de género se extiende tanto a las ocupaciones diferenciadas y consistentes para cada rol como a las experiencias de liderazgo (López-Zafra y García-Retamero, 2009).

Investigaciones feministas, destacan también las contradicciones respecto a la noción esencialista que integra la categoría de *liderazgo femenino*. De acuerdo a Berbel (2014) esta problematización parte de la noción de la diferencia sexual femenina, de corte esencialista que pone en valor las características tradicionalmente adscritas a la feminidad. El discurso que reafirma estas ideas de la identidad, en algunos casos, lleva a explicitarse como una especie de superioridad femenina que, en definitiva, contribuye a perpetuar la creencia sobre la existencia de estilos de liderazgo diferencial por sexos, adscritos a roles tradicionales para hombres y mujeres.

En este sentido, la congruencia e incongruencia de los roles de género puede presentar diversos efectos. Ya sea, un carácter prescriptivo, respecto a lo que se espera que las mujeres y hombres hagan; o proscriptivo, en cuanto a lo que se espera que no hagan (López-Zafra y García-Retamero, 2009). De este modo, las prácticas de las mujeres líderes conllevan el deber de adoptar características que se atribuyen frecuentemente a los hombres cuando quieren ser percibidas como líderes y tener autoridad, o experimentan discriminaciones en espacios dominados habitualmente por hombres, puesto que son

incongruentes con el rol . En estos casos, tanto la congruencia como la incongruencia, en base a los estereotipos de género se conforman como la causa y efecto en la presencia de prejuicios.

Por otra parte, Reyes (2013) plantea que aunque se superen los prejuicios sexistas existentes, las dificultades a la hora de emprender un camino hacia el liderazgo, se acrecientan en torno a las diferencias entre las propias mujeres, respecto a otras categorizaciones sociales como clase, etnia, orientación sexual. Así también, se presentan otras encrucijadas que deben enfrentar las mujeres, por ejemplo, la dificultad representada a través de la metáfora del laberinto. Este concepto hace referencia a las dificultades que emergen durante la trayectoria del liderazgo, como las responsabilidades familiares, los prejuicios sexistas, la valoración de unos estilos de liderazgo por sobre otros, entre otros elementos que cruzan las oportunidades para llegar a desempeñarse como líderes (Eagly y Carli, 2007). En definitiva, se evidencia que los estudios sobre estilos de liderazgos, no son suficientes para explicar por si solos las diferencias y desigualdades expresadas en los liderazgos y que, por tanto, es necesario centrar los esfuerzos mas allá de las variables personales para focalizarse en otras variables de contexto o de tipo psicosociales y organizacionales, que también posibilitan conocer los modos de liderar de acuerdo a la experiencias de genero

A modo de acercamiento a contextos específicos, desde la vereda del liderazgo comunitario, es posible identificar el carácter multidimensional, complejo y contextual necesario para estudiar las situaciones de la vida cotidiana en que se produce. Respecto a aquello, Montero (2004) define el liderazgo comunitario como un proceso complejo “de carácter activo, participativo y democrático, que fortalece el compromiso con la comunidad, genera modos y modelos de acción, asumiéndose como un servicio” (p. 141). En sentido similar, investigaciones como las realizadas por Yus (1997) en el contexto chileno, identifica un conjunto heterogéneo de habilidades sociales que construyen las mujeres en el espacio popular. Por ejemplo, identifica características como: poseer una mayor sensibilidad hacia las necesidades de los vecinos, junto con tener una compleja visión de la realidad social y la situación de pobreza que viven. Asimismo, describe la

transformaciones producidas en la autoimagen de género en las líderes, donde se destaca: la noción de empoderamiento como expresión de la autoeficiencia en el mundo público.

De este modo, la comprensión del liderazgo de las mujeres se vuelve compleja y enriquecedora respecto a la multiplicidad de elementos que se conjugan para su análisis. Como ha sido posible evidenciar, es fundamental contemplar las interseccionalidades, para dar cuenta de las desigualdades e inequidades que viven las mujeres líderes, y así también, poder dar una dirección con más precisión las diferentes realidades y situaciones de vida.

### **Hualañé: Mujeres líderes en el contexto local**

Hualañé en quechua significa *lugar de patos*, pero en rigor Hualañé – Walagne – nace de la voz mapuche que significa *ojo de Huala*. Es difícil explicitar una fecha de aniversario, puesto que nunca fue fundado (Avilés, 1997), sin embargo suele celebrarse el 16 de noviembre, como fruto del decreto que determina la estación de ferrocarriles en año 1912. En 1928 fue declarada comuna, de acuerdo al DFL N°8.583, y en el año 1979 se determinan sus actuales límites territoriales.

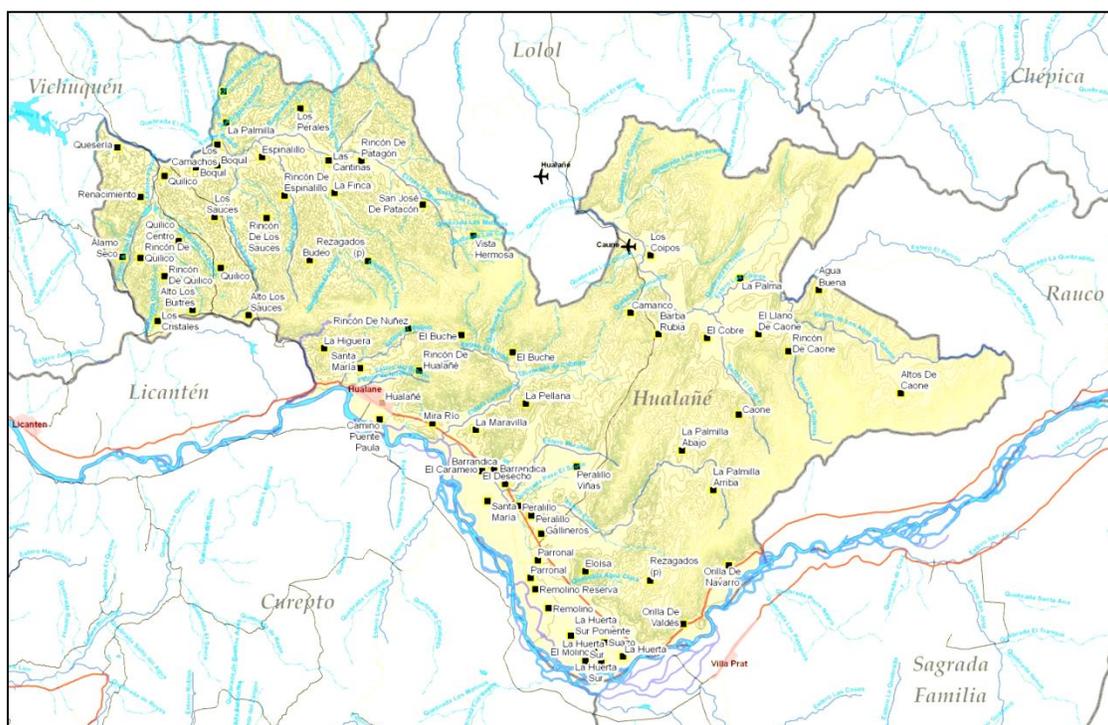
Los antecedentes históricos ubican este territorio como un lugar de frontera entre el imperio incaico y el pueblo mapuche. Un lugar de intercambio comercial y cultural. Luego de vencer la resistencia mapuche liderada por Lautaro en el Cerro Chiripilco en 1557, la frontera de la colonización se desplaza, dando origen al latifundio que se mantuvo hasta el proceso de reforma agraria.

Otro antecedente importante en la historia de Hualañé tiene relación con la creación del ferrocarril en el año 1888 a nivel nacional. En dicha época el Presidente de Chile José Manuel Balmaceda, propuso la creación de un tren para unir Curicó con Llico (comuna de Vichuquén), incorporando a Hualañé como una importante estación ferroviaria en 1912 (Municipalidad de Hualañé, 2018). Junto a la Hacienda Hualañé y la estación ferroviaria, comienza a crecer el poblado, a partir del acceso a transporte de pasajeros y carga de la producción agrícola y ganadera de toda la zona del Mataquito, convirtiéndose rápidamente

en centro comercial de la costa curicana. Este periodo de auge se mantuvo hasta 1978, año que el tren deja de prestar servicios y las vías ferroviarias son levantadas por el Estado.

Actualmente el principal centro urbano de la comuna es Hualañé, reconocida como ciudad en el año 2002 tras superar los 5.000 habitantes (Municipalidad de Hualañé, 2018). La segunda localidad de importancia es La Huerta de Mataquito. Se unen, a través de la Ruta J-60, que en su trayecto forma una larga conurbación de pequeñas localidades ordenadas junto al camino, como son: Orilla de Navarro, Parronal, Peralillo, Mira Río, El Porvenir, El Molino y La Higuera. Y caminos interiores, donde emergen las localidades de: Barba Rubia, Caone, Los Coipos, El Bucle, Patacón, Espinalillo, Quilico y Los Sauces.

*Cuadro N°1: Mapa comuna de Hualañé*



*Fuente: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile - BCN*

Actualmente, la comuna se encuentra adscrita administrativamente a la provincia de Curico, de la que se ubica a 70 km de distancia y a 112 km de la capital regional –Talca-. La comuna tiene una población total 9.657 habitantes, dispersa en una superficie de 629

Km2. Del total de la población, el 49,4% son mujeres y el 50,6% son hombres. La moda de edad se encuentra entre los grupos etarios 40 - 44 y 45 - 49 años (INE, 2017).

La economía local está basada en la agricultura. En este ámbito, las actividades más importantes tienen relación con explotaciones agropecuarias, plantaciones forestales, plantaciones de olivos y huertos caseros como medio de autoabastecimiento. Por otra parte, en términos de participación laboral se presentan brechas que posicionan a las mujeres en desigualdad respecto a los hombres. La tasa de participación laboral de los hombres, en el año 2017 alcanzó un 68,4%, mientras que el de las mujeres representó el 31,6% (Ministerio del Trabajo, 2019). Por tanto, las mujeres de la comuna se emplean porcentualmente menos que los hombres, generando una brecha de 36 puntos.

Respecto a los índices de pobreza por carencia económica reportados por el Registro Social de Hogares<sup>8</sup>, el 71,6% de la población que habita la comuna se encuentra en condiciones de mayor vulnerabilidad y carencia económica, siendo el 51,5% mujeres y el 48% hombres (Municipalidad de Hualañé, 2018)

En el ámbito de la salud, la comuna cuenta con el Hospital Chileno Japonés de Hualañé y las tres Postas de Salud Rural en las localidades de La Huerta del Mataquito, Barba Rubia y Espinalillo. Todas ellas son de baja complejidad, por lo que la atención de salud que requiere de médicos/as especialistas debe ser realizada en la capital provincial de Curicó. Asimismo sucede con los procesos de parto, los cuales solo son atendidos en contextos de emergencia, de lo contrario son programados o trasladados al Hospital de Curicó.

La accesibilidad a sectores urbanos se realiza a través de transporte público, el cual presenta una frecuencia de media hora solo para aquellas localidades ubicadas en la Ruta J-60. Desde Hualañé a la capital provincial se Curicó considera un trayecto de alrededor de 90 minutos. Sin embargo, para los sectores más alejados a la ruta principal existe solo un

---

<sup>8</sup> El Registro Social de Hogares es un sistema de información cuyo fin es apoyar los procesos de selección de beneficiarios de un conjunto amplio de subsidios y programas sociales. El Registro es construido con datos aportados por el hogar y bases administrativas que posee el Estado. La Calificación Socioeconómica del hogar, que ubica a cada hogar en un tramo de ingresos o vulnerabilidad socioeconómica.

transporte local con frecuencia de 2 veces al día – a las 7:00 y a las 17:00 horas – a Hualañé, donde se debe acceder a un segundo transporte para el traslado a otras localidades o ciudades.. En el caso de las localidades de Espinalillo, Quilco y Los Sauces este trayecto hacia Hualañé se debe realizar por caminos sin pavimentar.

Por último, es importante señalar dos acontecimientos que enfrentó la comuna, el primero se enmarca en el terremoto del año 2010, el cual provocó graves daños al patrimonio, infraestructura comunal y residencial, entre ellos el Hospital local. El segundo suceso, aconteció en el año 2017 donde la comuna fue parte de los incendios forestales, en el que se consumió alrededor de 43.000 hectáreas de praderas, bosques y bosques nativos (Municipalidad de Hualañé, 2018), dejando a las mujeres sin los ingresos generados por la recolección de callampas y moras. En ambos eventos la participación de las organizaciones comunitarias fue fundamental, tanto para el reconocimiento de las necesidades como para la posterior distribución de la ayuda de emergencia.

### **III.- PROBLEMATIZACIÓN**

Hace más de cincuenta años la ruralidad viene experimentado cambio tras cambio. Desde la época hacendal a la llegada de la modernización y posterior instauración del neoliberalismo, no ha habido pausas ni periodos de maduración y adaptación (Rebolledo, 1997; Tinsman, 2009; Valdés, 2005). Lo que entendíamos tradicionalmente por ruralidad, actualmente se encuentra fragmentado. La ruralidad hoy, ha pasado a ser entendida más como un proceso, una dinámica, un movimiento, en vez de una estructura estática, detenida en el tiempo.

La dicotomía rural / urbano adquiere un sentido diferente, las fronteras ahora se presentan de manera difusa, dando paso a la creación de realidades inéditas, que integran a personas y actividades antes desconectadas (Valdés, 2005). En consideración a estos procesos, las investigaciones sobre el campesinado han dejado de mirar al campo como una unidad homogénea y plantean indagar en las particularidades de sus integrantes. En este sentido, se posiciona y adquiere relevancia la presente investigación, pues pretende desde los relatos de las mujeres conocer cómo se configuran en sujetos colectivos, así superar el lugar secundario que este tema ha tenido ante la preponderancia de estudios sobre desarrollo rural y producción agrícola.

Lo anterior es posible de interpretar en correlato con los efectos contradictorios que trajo consigo la modernización, donde se acentúa la mirada en el progreso material (condiciones tecnológicas y económicas para mejorar la calidad de vida) y los cambios en los modos de vida, desplazando el foco de atención de los sujetos colectivos, respecto a los cambios o permanencia en los modos de organización y subjetividades. Como señala Rebolledo (1997) los sujetos colectivos que a pesar de los avatares de la modernidad lograron permanecer se constituyeron un improbable sujeto hablante.

De acuerdo a las características actuales del territorio donde se desarrolla la investigación, las posibilidades y oportunidades para que las personas y particularmente las mujeres que habitan este territorio se constituyan en un sujeto social valido son improbables. Por ello,

desde la mirada sobre la participación y liderazgo, se busca escuchar e interpretar las experiencias y significados construidos por las mujeres que hasta ahora se encuentran desoídos. Es un intento de escuchar aquella palabra que no ha sido escuchada por el sentido común urbano, y así producir un proceso reflexivo-crítico que permita ampliar los horizontes en la comprensión sobre estos temas. De tal modo, se busca conocer las particularidades de las vivencias, cuáles son las percepciones sobre sí mismas, las experiencias que han debido sortear para su validación en lo familiar y comunitario.

Particularizar la mirada y detenerse en las experiencias de las mujeres, significa también considerar las definiciones y expectativas sobre cómo deben pensar, actuar y comportarse, en conjunto a las diversas intersecciones sociales de clase, etnia y generación. En este sentido, se releva la teoría de género como marco de análisis que posibilita dar cuenta de estas realidades y revisar la situación actual de las mujeres, a partir de la pregunta:

¿Cuáles son las experiencias y significados que las mujeres rurales han construido en torno al liderazgo y la participación comunitaria en organizaciones de mujeres de la comuna de Hualañé, región del Maule?

#### **IV.- OBJETIVOS**

##### **Objetivo General:**

Describir y analizar las experiencias y significados que las mujeres rurales han construido, en torno al liderazgo y la participación comunitaria en organizaciones de mujeres de la comuna de Hualañé, región del Maule.

##### **Objetivos Específicos 1:**

Caracterizar las trayectorias de participación comunitaria de las mujeres líderes de organizaciones de mujeres de la comuna de Hualañé.

##### **Objetivos Específicos 2:**

Describir las experiencias de las mujeres en el medio rural, respecto a la construcción de liderazgo en organizaciones de mujeres de la comuna de Hualañé

##### **Objetivos Específicos 3:**

Analizar los significados que las líderes otorgan a su participación en organizaciones de mujeres en el medio rural.

## **V.- MARCO REFERENCIAL**

### **Género como marco de análisis**

Género, en tanto perspectiva teórica, histórica y crítica, nos remite a la indagación sobre las diferencias sociales y culturales entre hombres y mujeres. Este concepto comienza a ser utilizado por los estudios feministas en ciencias sociales a partir de la década de 1980 (Montecino y Rebolledo, 1996), entendiéndose transversalmente como la construcción sociocultural de las diferencias sexuales. Diversas autoras (Ortner, 1979; Scott, 1996; De Barbieri, 1995; Lamas, 2000; Montecino y Rebolledo, 1996) han enfatizado en aspectos específicos de esta construcción sociocultural de género: en tanto sistema de ordenamiento de acceso a las mujeres, la alianza y la reproducción; como sistema de relaciones significantes de poder; a modo de una gramática de las relaciones simbólicas entre mujeres y hombres, o bien como un sistema jerárquico de status y prestigio. Cada uno de estos acercamientos conceptuales, dan cuenta de los recortes a partir de los cuales las autoras han pensado las diferencias entre hombres y mujeres, y los denominadores comunes respecto a configuración de desigualdades e injusticias a partir de la diferencia biológica.

La interrelación del sexo biológico y sus implicancias sociales, se reflejan en el sistema sexo /género, entendido como un “conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana” (Rubín, 1986, p. 97). De tal modo, cada sociedad poseería un sistema sexo/género particular, es decir un marco interpretativo que teje representaciones y posiciones en torno a las diferencias biológicas. Esta variabilidad cultural, incluye tanto el contexto social, como el espacial y temporal donde se (re)producen las relaciones de género (De Barbieri, 1992; Montecino y Rebolledo, 1996; Montecino 2010).

De esta manera, el concepto de género plantea el desafío de particularizar, de explorar las realidades en vez de asumirlas como dadas. Así, se desestima la trampa universalista y naturalista respecto a ser hombre o mujer como una identidad originaria fija y permanente.

A través de los discursos y prácticas que cada sociedad construye sobre lo femenino/masculino, es decir, construcciones simbólicas de género<sup>9</sup>, se asignan y distribuyen roles sociales y espacios diferenciados, bajo una estructura dicotómica que da forma a estructuras de prestigio y poder (Montecino, 2010; Ortner, 1979). Este esquema dicotómico define espacios y prácticas diferenciados para cada género: por una parte la mujer se vincula al espacio doméstico, a cargo de la crianza de hijos e hijas y la reproducción cotidiana, como espacio simbólico de menor poder y prestigio. Mientras los hombres se asocian a roles vinculados a proveer y cumplir funciones políticas - económicas en el espacio público y político de la vida social, de mayor prestigio y poder.

Este esquema permite identificar los valores o categorías simbólicas que culturas particulares asignan a lo masculino y lo femenino, dando pistas para conocer los símbolos asociados a los espacios de participación y liderazgo comunitario de las mujeres en contextos particulares. Sin embargo, estas categorías simbólicas también pueden ser interpretadas desde perspectivas que acentúan la mirada sobre los efectos reales que se expresan en los cuerpos de los sujetos.

Desde una óptica posestructuralista, género es entendido como una actuación social, respecto a cómo los cuerpos sexuados se derivan de la práctica cotidiana (Butler, 2007). Así, la autora junto con tensionar la construcción binaria de lo femenino y masculino, sobrepasa el uso lingüístico de género para referirse a las percepciones socioculturales, y pasa a desenvolverse en el marco de las prácticas de la vida real. Mediante acciones performáticas los/as sujetos realizan ajustes en su comportamiento corporal que se producen y reproducen gradualmente, provocando cambios reales en los cuerpos y en la forma de estar. En palabras de Butler (2007), se comprende “la materialización del cuerpo como un proceso por el cual cada sujeto acepta, asume, se apropia y adopta normas corporales” (p. 19). Se plantea el cuerpo como activo ante la norma, es decir, en un proceso constante de tensiones y negociaciones con las normas sociales.

---

<sup>9</sup> Sherry Ortner (1979), a través de una pregunta inicial: ¿qué hay de común en las distintas culturas para que ellas sitúen a la mujer en una posición inferior? desentraña el esquema simbólico de oposición entre naturaleza/cultura que asociada a lo femenino/masculino, sitúa a la mujer en la naturaleza y al hombre en la cultura. Con ello, se advierte que existen ideologías de género que determinan para la mujer un rol secundario y desvalorizado, simbólicamente asociado con la naturaleza debido a las funciones reproductoras, la hacen aparecer como encerrada en la biología.

Estas distintas miradas para conceptualizar el género – desde lo simbólico, el actuar y el poder - nos permitirán tener un marco analítico para comprender el papel de las construcciones culturales y cómo éstas tienen implicancias en la creación o contención de las libertades de las mujeres en el quehacer comunitario-rural. Entendiendo que estamos construidas socialmente, pero no sólo somos un lugar donde solo recibimos significados, sino que también nos construimos a nosotras mismas en la práctica cotidiana, innovamos desde lo aprendido y lo vivido – acto y discurso - .

### **Sobre el poder como relación social**

Como hemos visto el enfoque de género no pretende solo dar cuenta de la realidad de discriminación y marginación de las mujeres, sino también contribuye a desnudar las relaciones del poder para conocer más a fondo los mecanismos de producción y reproducción de las hegemonías de dominación, desde la perspectiva del conocimiento y denuncia, y también como propuesta de transformación a las realidades de discriminación y marginación.

En particular los aportes de Scott (1990), nos permiten comprender el género como una “forma primaria de relaciones significantes de poder” (p. 44). Al emplear este término, Scott (1990) aclara que lo ha tomado en el sentido que le da Foucault (1992), quien entiende el poder como una relación social ejercida por las personas en las interrelaciones sociales. Para Foucault (1992), el poder no es algo que posee la clase dominante, ésta no es propiedad sino estrategia. Es decir, el poder no se posee, sino que se ejerce.

Castellanos (1996), interpreta lo teorizado por Foucault, respecto a la idea que el poder circula entre dominadores y dominados, quienes pueden ejercer cualquiera de ambos roles, según el tipo de relación de que se trate. Así también, se comprende que el poder se ejerce también, mediante una red de discursos y de prácticas sociales, donde incluso participan los mismos dominados, puesto que son quienes en ocasiones lo reafirman y comparten, en la medida en que, por ejemplo, reproducen los dichos o ideas que justifican su propia dominación.

Foucault (1992) plantea que el poder se ejerce mediante la producción de discursos que se autoconstruyen, se legitiman y reproducen, ramificándose por todo el cuerpo social, a través de micropoderes que controlan a los sujetos. Sin embargo, esta concepción no es incompatible con la noción de resistencia, puesto que simultáneamente, existen focos expandidos en el tejido social que se oponen y se resisten a los poderes dominantes. Estos focos de resistencia pueden apreciarse también en los espacios de participación social, donde emerge muchas veces la figura de mujeres que asumen posiciones de liderazgo en organizaciones de distintas índole.

Las relaciones de género y la participación social, en tanto territorios de poder, al ser analizados en términos foucaultianos deben considerar tanto los aspectos simbólicos como “los análisis hechos en términos de genealogía, de relaciones de fuerzas, de desarrollos estratégicos, de tácticas” (Foucault, 1992, p.189). Desde esta perspectiva lo importante es dilucidar las relaciones de poder que se dan en la historia, hacer inteligible estas relaciones a partir de las luchas y resistencia hacia la hegemonía. En este sentido la subjetividad debe ser entendida como un producto histórico, que a su vez permite develar aspectos fundamentales y cambiantes de las relaciones de género, en tanto relaciones de poder cargadas de historicidad. Es preciso por tanto “llegar a un análisis que pueda dar cuenta de la constitución del sujeto en la trama histórica” (Foucault, 1992, p.191).

### **Espacios de participación: esferas diferenciadas o entrecruzadas**

Abordar la complejidad y múltiples significados que congrega la participación, nos lleva a la difícil tarea de considerar las distintas orientaciones teóricas y doctrinarias, que desde su propia óptica, conceptualizan la relación entre las personas y el Estado o más ampliamente la participación y el espacio público bajo esquemas distintos. De modo general, es posible reconocer dos enfoques: uno ligado al pensamiento liberal de carácter más individual y otra de carácter colectivo (Serrano, 1998; Garcés y Valdés, 1999; Iturrieta, 2008; Delamaza, 2011).

Sin embargo, para efecto de este estudio dichas discusiones teóricas no serán posibles de profundizar por la extensión y complejidad que conllevan. Por ello, se ha decidido adentrarse

en campos más particulares, a partir de las problematizaciones que el feminismo ha instalado respecto al espacio donde se construyen las subjetividades y las prácticas de participación.

Desde un punto de vista histórico, la teoría feminista ha tensionado la formulación liberal sobre el espacio público y privado. Desde la mirada de Pateman (1996) las ideas liberales representan un liberalismo patriarcal que intenta ocultar y mistificar la realidad social que ayuda a construir, basado en el supuesto de un orden aparentemente universal, igualitario e individualista. Sin embargo, la separación y oposición entre la esfera público y privada en el mundo occidental, constituye una posición desigual entre hombres y mujeres, que supone la creencia de que la naturaleza de las mujeres es tal, que lo correcto es que estén sometidas a los hombres y que el lugar que les corresponde es la esfera privada, doméstica. A su vez, para los hombres lo correcto es que habiten y gobiernen ambas esferas (Pateman, 1996; Rabontnikof, 1998; Montecino, 2013).

En una lectura latinoamericana, Montecino (2013) sitúa la casa y la calle para graficar la oposición público/privado y su correlato de género. Mientras la casa se asocia a lo femenino, la calle a lo masculino. La casa simboliza el albergue familiar donde se [re]produce la vida cotidiana, pero también es el espacio conflictivo en el que se experimenta el poder masculino y el encierro de lo doméstico. Por otra parte, la calle es donde se despliega lo colectivo, “del encuentro y la confrontación de las diferencias, del roce y la exterioridad como experiencia” (p.34).

El esquema dicotómico de los espacios, asimismo confiere distintos significados y valoraciones, es decir, “las esferas privada y pública se basan en principios de asociación antagónicos, que se manifiestan en el distinto estatus de mujeres y hombres” (Pateman, 1996, p. 5). Supone al mundo privado como devaluado y de bajo estatus en el imaginario social. Desde la mirada de Rabornikof (1998), mientras el espacio público se posiciona como lo colectivo, visible y accesible, el espacio privado es vinculado a lo individual, lo oculto, lo que se sustrae a la disposición de otros.

Otro aporte fundamental para esta discusión, la efectúa Arendt (1992) desde la filosofía, pone acento en los desplazamientos de la oposición público - privado a través de la historia. Transita desde la antigua Grecia hasta la intromisión de la esfera social en la modernidad occidental. En la antigua Grecia, la esfera privada era entendida como opuesta a la pública, puesto que es el lugar donde se desarrollan las relaciones de asociación natural en el interior del hogar y la familia, es decir, relaciones vinculadas con la supervivencia. En la antigüedad esta esfera poseía un carácter privativo, es decir, desprovisto de algo<sup>10</sup>, pero con la modernidad se fue modificando su sentido, desplazando la noción de necesidad o privación. En la concepción moderna, lo privado se orienta hacia la protección de lo íntimo y lo oculto; en consecuencia, ya no se presenta como lo opuesto a la esfera pública, sino a lo social, con la que se encuentra más próxima y efectivamente vinculada.

La esfera social es definida por Arendt (1992) en oposición a las otras dos, lo que no es ni público ni privado. Esta esfera se fue configurando en el proceso socio-histórico de declinación de la familia e integración de sus funciones por parte de otros grupos. El principal elemento de este espacio intermedio es el trabajo en el que prevalecen tanto intereses colectivos como particulares, es decir, se involucran tanto actividades de la esfera pública como privada. Fue este elemento el que contribuyó a la transformación de las comunidades modernas que en poco tiempo devinieron en sociedades de trabajadores —o empleados—, y por tanto se centraron en las actividades necesarias para el mantenimiento de la vida.

Respecto al lugar que ocupa la sociedad civil, Pateman (1996) devela como el liberalismo la conceptualiza prescindiendo de la vida doméstica. Así, la separación entre lo privado y lo público se establece como una división dentro de la propia sociedad civil, que desplaza lo doméstico. En palabras de Pateman (1996) “la categoría de lo privado comienza a vestir pantalones” (p. 6). En este sentido, los criterios que rigen la sociedad civil se encuentran asociadas a la noción liberal del individuo varón, el cual es concebido de forma abstracta,

---

<sup>10</sup> El término privado refiere a una situación de privación, es decir de estar privado de algo, en este caso específico de poseer una verdadera vida humana, de ser visto y oído por los demás, de estar privado de realizar algo más permanente que la reproducción de la vida.

prescindiendo de las relaciones familiares y las relaciones con sus semejantes, es decir, se trata de un sujeto privado. Delamaza (2011) expone que estos puntos de vista dicotómicos en el modo de interpretar la relación entre personas, comunidad en la construcción del Estado, provocan que se conciba lo público como lo regulado por el Estado y la sociedad civil como el campo de los intereses particularistas y privados. Desde esta perspectiva liberal, no surge el reconocimiento del rol público de la sociedad civil.

Aunque las ambigüedades de la dicotomía público /privado cada vez son más claras, las resistencias a la transformación de ellas continúan presentes. El modo en que ambas esferas se entrecruzan es posible de graficar a través de la metáfora andar con la ruca a cuestras<sup>11</sup>, desde la mirada de Montecino (2013), ésta se relaciona con la dificultad que viven las mujeres para desprenderse de los signos marcados por los imaginarios sociales que establecen su asociación ineludible con el ámbito privado y doméstico. Por ejemplo, cuando el trabajo remunerado femenino está vinculado con extensiones de los quehaceres domésticos y reproductivos: se traslada de la casa a la calle la domesticidad en el trabajo textil, la industria de los alimentos, profesionales ligadas a la educación, el servicio social, entre otras labores construidas como correspondiente al género femenino.

Otras perspectivas que permiten debatir la relación entre la esferas público – privadas, tienen relación con la emergencia de la consigna lo personal es político. Como señala Kirkwood (2010), este elemento permite visualizar aspectos de la vida social en su dimensión política, e insta a contemplarla en términos personales y cómo está se encuentra estructurada por factores públicos. En definitiva abre la posibilidad de salir a luz y percibir cómo los problemas personales pueden intentar ser resueltos a través de medios y de acciones políticas.

---

<sup>11</sup> Metáfora que emerge del dibujo de Alonso de Ovalle en su Histórica relación del Reyno de Chile, en el que los indios chilenos – los mapuches – transportan su casa, su ruca, de un lugar a otro. De esta manera, Montecino (2010) ilustra el “peso de lo interior en el exterior, del lugar donde las esferas se entrecruzan” (p.17). Pero, también ejemplifica la imposibilidad de desprenderse de aquello que ata al espacio doméstico.

### **Identidades colectivas: Mujeres, identidad y participación comunitaria**

Para comprender la participación y la complejidad respecto a cómo se configura, es necesario tomar distancia de las nociones universalistas y para conectarse con la experiencia, relativas al aquí – ahora de grupos específicos, donde el contexto socio-histórico, el espacio institucional de los grupos<sup>12</sup> y los/as sujetos<sup>13</sup> que la conforman cobran relevancia (Pérez, 2013). De tal modo comprenderemos la participación social en el contexto comunitario como un campo dinámico que involucra “hacer, poseer, transformar y ser en un movimiento que va de lo colectivo a lo individual y viceversa” (Montero, 2004, p.108).

Desde el punto de vista de la afiliación a las comunidades y la intervención activa en ellas, la participación comunitaria se dirige a la búsqueda de objetivos compartidos, que impulsan la práctica de diversas actividades que van cambiando en el tiempo; a lo largo del ciclo vital de las personas y de las comunidades (Pérez, 2013). A través ella, las personas constituyen comunidades de práctica en las que participan activamente, contribuyendo a configurar su propia identidad, es decir, “el yo emerge de la experiencia de tomar parte en la comunidad” (Pérez, 2013, p. 110). Esta identidad personal es acompañada de una identidad colectiva, se complementan, teniendo la función de ubicación del yo dentro de un conjunto mayor, dando paso a la construcción de sentido de pertenencia que es vivido conjuntamente por quienes integran el grupo (Montero, 2014).

De acuerdo a lo planteado por Benítez (2013), la identidad colectiva se define a partir de:

“relaciones que oponen entre sí a los diferentes agentes sociales cuando estos entran en contacto, y se expresan en sistemas de categorización utilizados por los diferentes grupos sociales e individuos para organizar sus relaciones de intercambios, identificación y diferenciación”. (p.31)

En palabras de Montecino (2010) comprendemos la identidad social como un proceso dinámico de diferenciación y de identificación, es decir, ser distintos a unos, pero ser igual

---

<sup>12</sup> Considerando la historia, la trayectoria, los lineamientos políticos e ideológicos de los grupos.

<sup>13</sup> Respecto a sus trayectorias personales, modos de relación, motivaciones e intereses en torno a las experiencias participativas.

a otros, como un permanente juego de oposición y de pertenencia. En este sentido la identidad de género corresponde a un tipo específico de identidad colectiva. Así, en el caso de las mujeres, uno de los elementos principales de la identidad de género es lo que Lagarde (2015) denomina ser-para-otros, es decir, el volcamiento de la mujer hacia el bienestar y cuidado de otros en desmedro de la propia individualidad. Aquello, tiene como una de las principales expresiones la maternidad, que se concreta específicamente en el rol de madre y esposa. De acuerdo a lo planteado por Lagarde (2015) el trabajo concreto de la mujer como madrespasa se materializa en los otros y permite la satisfacción de necesidades básicas de primer orden, es decir de aquellas necesidades que de no ser satisfechas llevan a la muerte.

La construcción de la identidad colectiva, de acuerdo a las investigaciones empíricas realizadas por Oraizón (2013) confluye con la necesidad de reconocimiento, como una forma de visibilización de los sectores excluidos de la vida pública. Para abordar este concepto, nos referiremos a lo planteado por Fraser (2000), quien basada en el modelo de identidad planteado por Hegel, piensa que la identidad se construye de manera dialógica, a través de un proceso de reconocimiento mutuo. De acuerdo con Hegel (en Fraser, 2000), el reconocimiento designa una relación recíproca ideal entre sujetos, según la cual cada uno contempla al otro simultáneamente como a un igual y como a alguien distinto de sí mismo. Esta relación es constitutiva de la subjetividad: se llega a ser un sujeto individual únicamente cuando se reconoce y se es reconocido por otro sujeto. El reconocimiento de los otros, por lo tanto, es esencial para el desarrollo del sentido de sí. Sin embargo, la autora advierte las trampas que somete esta visión, puesto que puede conducir al desplazamiento y reificación: “en la medida en que la política del reconocimiento desplaza a la política de la redistribución, puede promover, de hecho, la desigualdad económica; en la medida en que reifica las identidades de grupo, corre el riesgo de aprobar la violación de los derechos humanos y congelar los mismos antagonismos que trata de mediar” (p. 56).

En respuesta a aquello, Oraizón (2013) propone una mirada alternativa, e identifica el reconocimiento como la adquisición de estatus social. “Desde esta perspectiva, lo que precisa de reconocimiento no es la identidad específica de grupo, sino el estatus de los

miembros individuales de un grupo como plenos participantes en la interacción social” (p.60). En este sentido, la falta de reconocimiento significa la imposibilidad de participar como igual en la vida social, es decir, subordinación social.

En el marco de los condicionamientos estructurales que influyen en la construcción de la identidad, Fraser (1996) plantea la identidad como configuraciones, es decir, la articulación de los antagonismos que se constituyen en prácticas de especificación respecto a las formas de experiencia de la desigualdad cultural, civil y económica. Esta perspectiva [tributaria de los trabajos de Butler] entiende la identidad como construcciones discursivas, encarnadas en sujetos, las cuales son susceptibles de ser desarticuladas a través de estrategias deconstructivas. De este modo, se articula lo material y lo subjetivo, respecto a la relación entre el orden de las determinaciones estructurales y el orden de las significaciones, para superar la visión de la identidad basada en una idea sustancialista que, a la vez, crea un universalismo falsamente homogeneizador y que contribuye a la legitimación de las desigualdades.

Sin embargo, este proceso se torna complejo en la medida en que los actores implicados, las estructuras sociales-organizativas y las relaciones están impregnados de los elementos hegemónicos que tienden a reproducir el orden social injusto. Por ello, como menciona Oraizón (2013) es necesario que la identidad se haga cuerpo y permita expresarse y definirse a sí mismos, como mujeres rurales, pobres, indígenas, etc. Es decir, la reconstrucción identitaria en espacios de reflexión crítica, de acuerdo con diferentes contextos psicosociales, para compartir las experiencias individuales, íntimas, entre sujetos, se pueden deconstruir viejos estigmas y construir un ámbito de concientización.

## **VI.- ESTRATEGIA METODOLOGICA**

### **Enfoque metodológico: Un recorrido reflexivo en el proceso de investigación**

El modo en que enfocamos los problemas de investigación y buscamos respuestas a ellos, pueden variar de acuerdo a la posición que se asume respecto a cómo mirar e interpretar el o la sujeto de estudio. Esta toma de posición, se constituye en un punto de partida que guiará el modo de abordar lo que involucra la práctica de investigar.

El reconocimiento del carácter contextual y reflexivo de esta investigación, provocó la elección de un enfoque metodológico que permitiera la aproximación a la dimensión subjetiva de las mujeres que habitan el espacio rural, y con ello, la comprensión de las perspectivas en torno a la participación y el liderazgo comunitario. Es así, que se optó por la metodología cualitativa, como corriente teórica y metodológica, que mediante el enfoque fenomenológico orientó la comprensión de este fenómeno social sin abstracción del contexto histórico - cultural.

A través de esta metodología se pudo conocer cómo esta práctica comunitaria es experimentada, vivida y percibida por las mujeres. Es decir, acercarse a la comprensión de la otra, desde “la vara de medida que le es propia y lo construye” (Canales, 2006, p.20), y no desde la vara de la investigadora. Por tanto, se otorga privilegio a las significaciones y percepciones que emergen en las narrativas de las mujeres, por sobre la búsqueda de generalizaciones o visiones universalistas. Se abandona la pretensión de objetividad y la ilusión de neutralidad de la investigadora sobre el estudio.

Tanto en el diseño como la formulación metodológica tuvo un lugar central el género. Éste permitió a través de una constante reflexión crítica, cuestionar las imposiciones de las investigaciones tradicionales, que históricamente, basadas en sesgos androcéntricos determinan quiénes se consideran sujetos de conocimiento. Puesto que, como señala Harding (1998), las investigaciones sociales “han sido aplicadas de manera tal que hacen difícil comprender la participación de las mujeres en la vida social [...] la voz de la ciencia es masculina y que la historia se ha escrito desde el punto de vista de los hombres” (p. 2-3). El enfoque de género fue el marco a partir del cual nos conectamos al fenómeno social de

la participación y el liderazgo con los contextos interpersonales, culturales, históricos y territoriales de las mujeres, y con ello, la comprensión de sus realidades interrelacionadas con otras condiciones como la clase, etnia, etapa etaria u otra categoría identitaria.

En la práctica, este carácter feminista implicó una producción de conocimiento desde una perspectiva socialmente comprometida y responsable, guiada por los principios de intersubjetividad, posicionamiento y reflexividad. Así, la intersubjetividad fue el lugar que generó la interpretación de la realidad y el conocimiento a partir de la relación entre dos sujetos, y no entre un sujeto y un objeto (Guzenhauser, 2006). Este giro epistemológico, contempló el espacio investigativo como lugar para la interacción entre dos sujetos cognoscentes, es decir, se abandona el interés de investigar al otro y se comienza a investigar con otros (Guzenhauser., 2006).

En cuanto al posicionamiento, se considera la premisa que comprende que cada sujeto está encarnado en un escenario particular y localizado (Haraway, 1995). Esto significa que para comprender la realidad, se debe acentuar la visión sobre las particularidades. No obstante, sin dejar de realizar una revisión crítica constante. Así también, este proceso contempla un continuo mirar hacia adentro — reflexibilidad — y hacia afuera (Caretta, 2014). A partir de esta reflexividad, en el transcurso del estudio se revisaron las etapas del proceso investigativo, transparentando la posición de la investigadora y las investigadas como modo de evidencia, respecto a aquello que puede llegar a influir en el modo que son presentadas las narrativas de las mujeres.

Los elementos que integra la perspectiva feminista, interpelan continuamente la deconstrucción del lugar de la investigadora, respecto a su posición en la interpretación de la realidad de las mujeres en el ámbito rural. Aquello, involucra el reconocimiento de las relaciones previas con las investigadas, con quienes se comparte una dimensión afectiva construida en experiencias compartidas, a partir de relaciones laborales sostenida por más de tres años, donde la investigadora coordinó desde la institucionalidad local – Municipalidad – el trabajo comunitario con los Centros de Acción de la Mujer y las Mesas de la Mujer Rural existentes en la comuna de Hualañé. De tal modo, puesto que la temática

es cercana, y enmarcada en el principio de intersubjetividad, en el proceso interpretativo se fueron integrando las propias experiencias, ceñidas sin duda por los significados emocionales, culturales y políticos que moldean la forma de comprender, interpretar y enunciar la realidad

Lo anterior, no solo sitúa a la investigadora en el estudio, sino también devela un modo de caracterizar la práctica de investigar, permitiendo que desde un discurso teórico de género, se contribuya a la comprensión de la participación comunitaria y el liderazgo en el medio rural, aportando al conocimiento desde una óptica situada.

### **Técnicas de investigación**

Antes de señalar qué técnica de recopilación de información se utilizó en esta investigación, es necesario aclarar cómo la epistemología feminista se entreteje en este proceso. A partir de Harding (1998), entendemos que las técnicas de investigación no son feministas, sino que muestran y guían un modo particular de usarlas.

En este marco, es elegida la entrevista en profundidad como una técnica que aproxima a las narrativas de las mujeres rurales, desde su propia voz, para así conocer la singularidad de las experiencias vitales y compartir las trayectorias y experiencias desde la libertad del relato. De acuerdo a lo conceptualizado por Taylor y Bogdan (1987), en el proceso de entrevistar, los encuentros se dirigen a la “comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras” (p. 229). Siguiendo a Izcarra y Andrade (2003), en la entrevista en profundidad se irán entrecruzando tres elementos: a) diálogo o encuentro cara a cara entre la entrevistadora y la entrevistada, b) carácter holístico del diálogo, y c) búsqueda de comprensión de la perspectiva de la entrevistada respecto de su vida, experiencias, ideas y valores.

No obstante, a diferencia del uso tradicional aquí la entrevista en profundidad implica la fractura de las jerarquías en la comunicación. En este sentido, la entrevista pasa a ser una conversación que facilita la libertad en la interacción, revertiendo el modelo tradicional de

pregunta abierta y respuesta, donde la entrevistadora posee el lugar de autoridad. Al contrario, aquí ambas se posicionan en un papel activo en la determinación del ritmo y dirección de la interacción verbal.

Por otra parte, dado que la entrevista persigue un propósito explícito determinado en los objetivos de la investigación, fue considerada necesaria la utilización de una *guía de entrevista*. Ésta herramienta, se confeccionó a partir de áreas temáticas que la investigadora buscaba indagar en el transcurso de la conversación. Sin embargo es importante aclarar, que no involucra un carácter hermético, sino que:

"La guía de la entrevista no es un protocolo estructurado. Se trata de una lista de áreas generales que deben cubrirse con cada informante. En la situación de entrevista el investigador decide cómo enunciar las preguntas y cuándo formularlas. La guía de la entrevista sirve solamente para recordar que se deben hacer preguntas sobre ciertos temas" (Taylor y Bogdan, 1987, p. 119).

Este apoyo para la entrevistadora fue formulada de acuerdo a los propósitos del estudio, donde se determinó una pauta con los siguientes ámbitos a desarrollar en la entrevista:

*Tabla N°1: Guía de entrevista en profundidad*

---

1. Antecedentes generales
1.1. Datos personales de la entrevistada

---

2. Trayectorias de participación
2.1 Trayectoria de participación en organizaciones comunitarias
2.2 Trayectoria en las organizaciones de mujeres
2.3 Relaciones interpersonales en la organización femenina
2.4 Luces y sombras de la experiencia de participación

---

3. Construcción de liderazgo femenino
3.1 Experiencia de liderazgo
3.2 Construcción de liderazgo: Significados, atributos, referentes

---

---

### 3.3 Dificultades y desafíos

---

#### 4. Legitimación del liderazgo

##### 4.1 Ámbito personal

##### 4.2 Ámbito familiar

##### 4.3 Ámbito comunitario

---

*(Elaboración propia)*

Esta pauta y las preguntas que derivan de las temáticas señaladas, sirvieron como una estructura de carácter inconcluso. Aquello se decide producto del vínculo social y afectivo existente entre la entrevistadora y las entrevistadas, que hacían sospechar que la conversación provocaría diálogos no relacionados con los objetivos del estudio. De hecho, así sucedió: la conversación en múltiples ocasiones se desviaba de los nudos temáticos a abordar, o las entrevistadas se restaban de profundizar en las respuestas señalando el conocimiento previo que la investigadora poseía sobre dicha situación. En aquellas ocasiones, el carácter inconcluso de la pauta, permitió improvisar y adaptar las preguntas adecuadas a cada situación específica, así también, prevenir que la conversación se prolongara durante un espacio temporal muy largo, que pudiera provocar cansancio o pérdida de concentración en ambas interlocutoras.

#### **Criterios y selección de la muestra**

En coherencia con la metodología de investigación se desestimó la estrategia de selección de muestra de acuerdo al criterio de representatividad numérica o de estandarización. Al contrario, se determinó un proceso de selección mediante criterios específicos, que permitieron aproximarse al cumplimiento de los objetivos propuestos

El proceso de selección se realizó de manera cuidadosa y controlada, estableciendo principalmente dos criterios. El primero, centrado en la dimensión de participación comunitaria, se seleccionó a entrevistadas con experiencia previa en alguna de las 24 organizaciones de mujeres presentes en la comuna de Hualañé, ya sea, Centros de Acción de la Mujer o Mesas de la Mujer Rural. La elección de este tipo de organizaciones se

estableció en base a los antecedentes recogidos en la Municipalidad de Hualañé (2018), donde se especifica la existencia de organizaciones que adoptan estos nombres en el proceso de constitución con personalidad jurídica; no existiendo registros de otras organizaciones constituidas por otros mecanismos.

El segundo criterio de selección, se relaciona con los años de experiencia en el rol de liderazgo comunitario. Se estableció un mínimo de tres años de trayectoria como dirigentes de organizaciones de mujeres de la comuna de Hualañé, tanto como presidentas, secretarias o tesoreras. A partir de dicho criterio se esperaba que las personas contactadas, tuviesen una experiencia mínima que proporcionará mayor consistencia a la entrevista, en base a la noción que, a mayor cantidad de años en el ejercicio de liderazgo, mayor es la experiencia acumulada

El número de la muestra estuvo sujeto al criterio de saturación, es decir, cuando se alcanza un punto donde los temas son profundizados incorporando una diversidad de ideas que permiten generar un proceso de análisis. En este sentido la elevación del tamaño de la muestra, no guarda ninguna proporcionalidad con mayores costos y tiempo requerido para el análisis, por lo que lo más aconsejable es no seguir ampliando el número de entrevistadas (Izcara y Andrade, 2003). De este modo, la muestra fue constituida por 12 mujeres líderes de organizaciones de mujeres.

Las 12 entrevistadas son oriundas de la comuna de Hualañé, residentes de localidades rurales. Presentan un rango etario entre 31 y 73 años de edad. El 83% se encuentra actualmente casada, mientras que el 17% es soltera. El 92% son madres, es decir, 11 de las entrevistadas. La principal ocupación se relaciona con las tareas de crianza y cuidado consignado como trabajo doméstico no remunerado, el cual es realizado por el 100% de las participantes. Sin embargo, de acuerdo a la realidad del espacio rural, es importante destacar que dichas actividades domésticas contemplan a la vez, labores de cultivo de hortalizas y crianza de animales para el autoconsumo y/o la venta. El 100% de las participantes desarrolla alguna actividad productiva independiente, a través de la comercialización de los productos de producción propia (hortalizas, animales de crianza,

mermeladas, manualidades), que es apoyado por instituciones de desarrollo productivo – PRODESAL / INDAP, en el 70% de las experiencias. Entre quienes realizan trabajos independientes se consideran además, dos mujeres dueñas de almacenes de barrio y una entrevistada comerciante en ferias libres de la comuna. Por otra parte, el 8% desarrolla una actividad dependiente permanente, es decir, una mujer cuenta con contrato de trabajo indefinido como administrativa en la Cooperativa de Agua Potable Rural; mientras que el 75% trabaja de manera esporádica en labores de temporada – desde octubre a marzo – en la cosecha de frutas en las comunas de Hualañé, Lolol y/o Rauco. Por último, dos de las entrevistadas son jubiladas como profesoras normalistas en las localidades rurales de Espinalillo y La Huerta del Mataquito, donde han continuado como líderes sociales en los territorios donde ejercieron sus profesiones.

Respecto a la dimensión de participación social, el 100% participa y es dirigente de una organización de mujeres por elección democrática; el 59% fueron elegidas para ejercer el rol de presidentas, el 33% de secretarias y el 8% de tesorera. Actualmente el 59% participa en otra(s) organizaciones comunitarias, ya sea Juntas de Vecinos, Club deportivos y /o centro de padres, madres y apoderados.

Las características descritas son graficadas en el siguiente cuadro:

*Tabla 2: Características de las entrevistadas*

<b>Características</b>	<b>Número (N = 12)</b>
<b><i>Edad</i></b>	
30 - 40 años	2 (17 %)
41 – 50 años	4 (33%)
51 – 60 años	2 (17%)
61 – 70 años	3 (25%)
71 – 80 años	1 (8%)
<b><i>Estado civil</i></b>	
Casada	10 (83%)
Soltera	2 (17%)
Viuda	0

<b><i>Ocupación</i></b>	
Trabajo doméstico y cuidado no remunerado	12 (100%)
Trabajo independiente (emprendimiento)	12 (100%)
Trabajo dependiente permanente	1 (8%)
Trabajo dependiente de temporada	9 (75%)
Jubilada	2 (17%)
<b><i>Rol o cargo en la organización de mujeres</i></b>	
Presidenta	7 (59%)
Secretaria	4 (33%)
Tesorera	1 (8%)
<b><i>Actual participación en otras organizaciones comunitarias</i></b>	
Si	7 (59%)
No	5 (41%)

*(Elaboracion propia)*

El trabajo en terreno se inicio en el mes de octubre del 2018, para ello primero se realizó una invitación personal – presencial y/o telefónica- a 12 líderes conocidas previamente por la investigadora debido al vínculo social y afectivo creado con anterioridad por fines laborales. La totalidad de las invitadas, aceptaron de manera inmediata participar en esta investigación Sin embargo, aunque se proyectaba que la coordinación de las entrevistas sería sencilla a causa del vínculo previo existente, la dispersión territorial y la escasez de tiempo de las mujeres en dicho periodo – octubre y diciembre – fueron obstaculizadores de los encuentros. Durante estos meses del año las mujeres se dedican al trabajo de temporada, desplazándose fuera de sus localidades por gran cantidad de horas al día, limitándose los tiempos libre para otras actividades

Una vez lograda la coordinación la fecha y hora para los encuentros, se acordó en la mayoría de las ocasiones el domicilio de las entrevistadas como espacio óptimo; a excepción de dos ocasiones donde se determino un restaurant, puesto que allí las entrevistadas expresaban sentirse más tranquilas y concentradas en la conversación, sin los distractores presentes en sus domicilios.

En el proceso de la entrevistas, llamo la atención que en algunas circunstancias en vez de responder a las preguntas formuladas, las entrevistadas señalaran el conocimiento de la entrevistadora sobre la temática tratada, por ejemplo se mencionaba “*eso ya lo sabes, Vero*”, “*si tu estuviste ahí*”. Ante estas situaciones, la entrevistada debía modificar la pregunta y volver a formularla, con la finalidad de obtener la información que se espera profundizar. Por otra parte, respecto a las preguntas que ahondaban en beneficios o ayudas personales recibidas a partir del liderazgo que representan, en algunas ocasiones se percibía inhibición, por lo que se debía reforzar el componente de confidencialidad expuesto en el consentimiento informado, volver a formular la pregunta centrándola en aspectos más generales que personales.

Reunidas la totalidad de entrevistas, se inició el proceso de transcripción textual de cada uno de los relatos recogidos. Este proceso fue realizado por la investigadora de manera exhaustiva. A partir de la lectura y relectura del material producido, se fue provocando la identificación de elementos o temáticas más significativos que se fueron transformando en guías para dirigir la mirada hacia el siguiente proceso de identificación de categorías y subcategorías que integran la estrategia de análisis cualitativo.

### **Estrategia de Análisis Cualitativo**

El análisis cualitativo, fue comprendido no solo como una fase del proceso de investigación sino que un proceso en continuo progreso, dinámico y creativo (Taylor y Bodgan, 1987), que se dio en simultáneo con la recolección, la codificación y la interpretación y escritura narrativa de los datos. Entendido de esta manera, el análisis fue un proceso que incluyó a la codificación como una de sus partes, aquella en la cual se segmentó y se reorganizaron los datos por medio de categorías que sustentaron el trabajo interpretativo. Así, la codificación fue entendida como un procedimiento analítico particular (Coffey y Atkinson, 2003).

En este sentido, analizar se concibió como un proceso cíclico y una actividad reflexiva, donde se vinculó, identificó, diferenció y se combinó los fragmentos de los datos

recuperados de una idea o concepto particular; siendo esto para Miles y Huberman (en Coffey y Atkinson, 2003) la materia prima del análisis. La decisión acerca de “qué codificar o qué categorías crear dependerá siempre, en parte, de la intención del análisis de los datos” (Coffey y Atkinson, 2003, p.38), pudiendo empezar en base al material previo, sea desde la pregunta de investigación, los objetivos, los marcos conceptuales y desde los datos mismos. En este sentido la teoría funciona más como una guía interpretativa, que como marco con conceptos prescriptivo y estático.

El proceso de análisis atendió al contenido de la conversación y con ello, al punto de vista y las categorías de expresión que las entrevistadas emplearon. De este modo, privilegiamos usar sus propias palabras y términos, aunque también en algunas ocasiones se realizan construcciones que resumen o se infieren de aquello que está presente en el texto de la entrevista. En este proceso primero fueron leídas las transcripciones de las entrevistas y apuntando las primeras observaciones respecto a las temáticas emergentes, comenzando a identificar los conceptos en los datos, así como los elementos generales y específicos y sus dimensiones. Luego, estos conceptos se incluyeron en un orden mayor de abstracción: las categorías y subcategorías.

## VII.- RESULTADOS Y ANALISIS

A continuación abordaremos los principales aspectos que se desprenden del análisis de las entrevistas, a fin de comprender la participación comunitaria y el liderazgo desde la mirada de las mujeres dirigentes sociales en el espacio rural. En este capítulo, la presentación de los resultados se entretendrá con el análisis a partir del marco teórico, armado en tres momentos. En el primero se expondrán los espacios y prácticas de participación comunitaria que trascurren en las trayectorias de vidas de las mujeres. Luego, en un segundo momento se profundizará sobre las experiencias en organizaciones de mujeres rurales. Por último, en un tercer momento se abordarán los significados construidos en torno al liderazgo comunitario, donde se develarán los procesos de transformación subjetiva en las mujeres que ocupan el rol de líderes.

### VII.1 TRAYECTORIAS DE PARTICIPACIÓN: ESPACIOS Y PRÁCTICAS COMUNITARIAS

La comuna de Hualañé en términos de asociatividad en el ámbito comunitario, se vislumbra activa y heterogénea. En la actualidad, según los registros de inscripción de la Municipalidad de Hualañé (2018) existen 200 organizaciones formales, con personalidad jurídica vigente. Entre ellas, se destaca una alta cantidad de Juntas de Vecinos y Clubes Deportivos: Clubes de Huasos, de Fútbol y otras agrupaciones deportivas, así también Clubes de Adulto Mayor y Centros de Acción de la Mujer.

*Tabla 3: Organizaciones comunitarias inscritas en la comuna de Hualañé*

<i>Tipo de organización</i>	<i>Cantidad</i>
<i>Juntas de Vecinos</i>	37
<i>Clubes Deportivos</i>	33
<i>Clubes de Adultos Mayores</i>	30
<i>Centros de Acción de la Mujer</i>	24
<i>Organizaciones de interés público</i>	23

<i>Grupos Habitacionales</i>	21
<i>Centros Culturales</i>	13
<i>Centros de padres y apoderados</i>	10
<i>Comités de Agua Potable</i>	5
<i>Asociaciones</i>	4
<hr/> <i>Total</i> <hr/>	<hr/> 200 <hr/>

La totalidad de las entrevistadas participan en organizaciones de mujeres, con un promedio de más de ocho años de trayectoria. Actualmente el 59% participa en otra(s) organizaciones comunitarias, ya sea Juntas de Vecinos, Club deportivos – de fútbol y de huasos - y /o centro de padres, madres y apoderados.

En estos escenarios transcurren las trayectorias de participación de las entrevistadas, las cuales se han desarrollado a partir de vivencias en este medio en particular; interrumpidas en algunos casos por migraciones temporales a la ciudad (Santiago) en búsqueda de mejores condiciones laborales. Como veremos en este capítulo, una serie de acontecimientos irrumpen en las biografías personales de las mujeres desencadenando el interés o la necesidad de ser parte de una organización comunitaria. De este modo, la participación es vivida como un proceso dialéctico que se entrelaza entre los acontecimientos personales y sociales.

En el proceso de ahondar en las trayectorias de participación, las entrevistadas en primera instancia centraron la conversación en el escenario actual, abarcando posteriormente los recuerdos sobre las vivencias en períodos preliminares. Cada narración, se fue enlazando en un relato común que expresa el carácter tradicional de las prácticas participativas en el marco normativo de las personalidades jurídicas que tutelan el accionar colectivo acorde a la legislación vigente en Chile. Asimismo, se fue develando el alto grado de compromiso y el largo recorrido en cada espacio, los cuales se aproximan a 8 años ininterrumpidos tanto en rol de socias como de dirigentas sociales en sus localidades.

De este modo, a partir de las narraciones reunidas a continuación se describirá e iniciará un proceso de reflexión desde la mirada de género. Mediante la categorización de los espacios y prácticas de participación se recorrerán distintos contextos - materiales y simbólicos - que van tejiendo los procesos de moldeamiento y transformación con las condiciones de género, clase y territorialidad en el medio rural.

### **Juntas de Vecinos: prácticas comunitarias en entornos de precariedad**

Las Juntas de Vecinos existen en los territorios populares hace al menos cien años, siendo reconocidas y legalizadas por el Estado hace aproximadamente cincuenta años. Desde entonces, su trayectoria ha transcurrido por diversos claroscuros que han puesto en entredicho su autonomía y funcionamiento<sup>14</sup>.

En Hualañé actualmente existen 37 Juntas de Vecinos (Municipalidad de Hualañé, 2018), distribuidas en 19 localidades. Producto del reducido número de viviendas y la amplia dispersión territorial, cada localidad constituye una Unidad Vecinal que es representada por una Junta de Vecinos que adquiere el nombre del asentamiento. En este espacio, la organización vecinal es reconocida como la instancia comunitaria más cercana a la vida social, siendo muchas veces el primer espacio que encarna la participación de las mujeres.

Quienes participan o han sido parte de esta organización, coinciden en que la integración a estos espacios surge junto con los cambios en el ciclo de la vida, vale decir, durante la etapa adulta cuando las mujeres adscriben el rol de esposas y/o madres. En esta etapa, nacen las inquietudes sobre las condiciones sociales de la familia y la comunidad, que comienzan a

---

<sup>14</sup> Las Juntas de Vecinos son reconocidas legalmente a través de la Ley 16.880 de Juntas de Vecinos y demás Organizaciones Comunitarias en 1968, en el contexto del proyecto político de la Unidad Popular, el cual fue cancelado violentamente en 1973. Luego, durante diecisiete años las Juntas de Vecinos fueron intervenidas, controladas y reprimidas por la autoridad militar. Posteriormente, desde 1990 a la actualidad las Juntas de Vecinos continúan con sus capacidades limitadas para la articulación e interlocución debido a las limitaciones legales derivadas de la Constitución Política del Estado impuesta en 1980. Pese a las modificaciones establecidas en la Ley 19.418 y la Ley 20.500 - vigentes hasta hoy - se posibilita la participación en políticas y programas sociales, pero sin tener acceso a decisiones y a un funcionamiento realmente autónomo (Delamaza, 2018).

ser expresadas fuera de la esfera doméstica – lo vecinal -. En este sentido, el territorio vecinal se configura en un espacio que amplía el mundo privado hacia el público, principalmente a partir de tres dimensiones generadores de participación que se articulan en lo material, altruista y relacional.

Los generadores de la participación emergen de acuerdo al contexto particular en el que se desenvuelven y modelan las formas de relación entre las mujeres y lo vecinal, determinando distintas prácticas, valoraciones y alcances. En concreto, en los relatos de las entrevistadas se ubica en primer lugar la *dimensión material*, expresado en la problematización en torno a las necesidades en la esfera de la familia y las tareas domésticas, es decir, a la carencia de elementos básicos para el quehacer de la vida cotidiana. Por ejemplo, la inexistencia de servicios de luz, agua potable, conexión a telefonía móvil e internet, habilitación y pavimentación de caminos, entre otros servicios y bienes que aún en la actualidad no son accesibles para parte de la población que habita el espacio rural.

*Con otras dos vecinas formamos una directiva y en ese lugar no había luz pública, por lo tanto, nosotras empezamos a pedir por eso y con actividades con bingos, con carreras (de caballos), con rifas y todo ese tipo de cosas, hasta que logramos el sueño de tener luz eléctrica. Cuando se cumplió el sueño de la luz, el Alcalde que estaba en ese tiempo me pide que pelee por el agua potable, estuve en eso los tres años que dura un periodo y después ya tomaron las más jóvenes, empezaron a trabajar en ello. Entre paréntesis no se ha logrado aún lo que siempre se ha querido que es tener el agua potable (Edith, 65 años, presidenta).*

*Después de mucho tiempo nos salió el subsidio de vivienda y después seguimos porque las casas se inundaban, por algo le ponían El Pantanal al terreno, y seguimos y seguimos hasta que la gente se pudo a venir a vivir (...) y después don Claudio (Alcalde) hizo un proyecto y nos dieron veredas y pavimentaron las dos calles principales, eso fue un gran logro (Carmen, 70 años, tesorera).*

Ser parte y/o liderar las acciones comunitarias, considera experimentar un proceso de toma de conciencia sobre las problemáticas que circundan la vida cotidiana, y que a la vez, generan la motivación por agruparse con quienes comparten el territorio para buscar y/o crear respuestas colectivas frente a las necesidades. En este contexto, el generador de la participación tiene relación con los intereses prácticos de género (Young, 1988), dado que surgen a partir de los roles socialmente aceptados por la sociedad en la esfera doméstica – madre y esposa -, y responden a las necesidades inmediatas que se vinculan con las carencias e insuficiencias de servicios y bienes materiales básicos para las familias y la comunidad. Las mujeres teniendo la certeza de la imposibilidad de dar soluciones a estas problemáticas por sí mismas, de manera aislada, dan forma a la organización vecinal como una vía colectiva para el mejoramiento de las condiciones de vida y el aumento del bienestar social de la comunidad.

Para las entrevistadas este recorrido suele ser inagotable, puesto que en la medida que logran satisfacer una necesidad, emerge de manera inmediata otra que abordar. Sin embargo, en el ejercicio de estas prácticas van desarrollando y/o fortaleciendo habilidades para la gestión social, es decir, una serie de aptitudes que facilitan la coordinación, mediación y ejecución de las acciones colectivas. Se identifican principalmente dos tipos de prácticas, por una parte la coordinación de la autogestión colectiva de recursos económicos, ya sea para solventar los gastos internos de la organización u otros gastos asociados a la gestión social. Por otra parte, la interlocución con autoridades locales – Alcaldes y otras autoridades políticas-, en representación de la comunidad para expresar en la esfera local o regional las demandas más urgentes, presionando, proponiendo y ejecutando soluciones. De este modo, las mujeres actúan entre la familia, la comunidad y el Estado (municipalidad) para la obtención de los servicios necesarios para el bienestar familiar, extendiéndose fuera de los límites del espacio privado la responsabilidad social femenina en la reproducción.

En segundo lugar, cuando la relación entre lo individual y lo colectivo desborda los intereses materiales, la participación comunitaria tiende a (re)orientarse hacia la *dimensión relacional*. Centrada en el fortalecimiento de los lazos de confianza entre quienes integran

la organización y viven en contextos de mayor aislamiento y dispersión territorial, las mujeres mediante las Juntas de Vecinos comienzan a construir espacios de sociabilidad y recreación. A través de distintas actividades de animación de la vida comunitaria, motivan la creación de instancias colectivas para compartir, socializar y construir lazos de confianza.

*Conocernos entre nosotros como Junta de Vecinos, entonces nosotros hacemos eso, compartimos y hacemos tecito. Cuando termina la reunión, ponemos la tetera, tomamos tecito y compartimos acá (Mariela, 42 años, secretaria)*

*Para la navidad, nosotros hacemos once a los niños, que no solo son del sector, sino que también participan del sector que son como 10 casitas que son del otro lado, y vienen a tomar once. Es un orgullo, darle un momento grato para la gente, para los adultos mayores, para eso. Hay adultos mayores que están de aquí para el cerro, que están solitos, entonces darles un momento grato (Nancy, 46 años, presidenta)*

Los relatos develan cómo las mujeres simbolizan el territorio vecinal como un espacio próximo, en el que no solo se desarrolla la vida cotidiana – se vive - , sino también se convive y se comparte con otros/a. En este sentido, lo relacional como generador de la participación en el medio rural se convierte en un elemento fundamental que también contribuye a la construcción de relaciones de cooperación para el bienestar social. Asimismo, aporta a mitigar el aislamiento que se vive muchas veces producto de las distancias y la baja frecuencia de transporte público. En relación a este propósito surge un vuelco en la prácticas participativas, que se dirigen hacia una tercera dimensión basada en el *altruismo*, que se expresa a través del deber moral de ayudar a otros/as.

*Cualquier vecino que necesita cualquier cosa, cualquier ayuda y estamos ahí. Aquí automáticamente por ejemplo, cualquiera de la directiva que conozca a algún socio, o sepa de la dificultad de otro socio, se hace saber y automáticamente la directiva se organiza (Mariela, 42 años, secretaria)*

Colectivizar la ayuda solidaria, se convierte en una práctica generadora de participación, donde las mujeres asumen la función de agentes de bienestar social. A partir de un alto nivel de compromiso y dedicación, planifican, coordinan y ejecutan actividades autogestionadas, basándose en la confianza construida entre vecinos y vecinas, y la legitimidad de su accionar.

*Nos damos el tiempo y se pasa casa por casa explicando la situación y pidiendo la colaboración de los vecinos, una canasta familiar o en dinero en efectivo, pero se le explica el caso, y se explica que es 100% transparencia, porque se va dejando registro de todo. La mayoría de las veces cuando dan dinero en efectivo, se entrega un comprobante a los socios con lo que aportaron (Yanett, 31 años, presidenta)*

Esta función social también genera un estado de bienestar personal, puesto que cuando ayudan a otros/as, se devuelve a ellas un estado de satisfacciones similar al que se consigue para el otro/a, “A mí lo que más me engrandece como persona y como presidenta de la Junta de Vecinos es cuando ayudo a la gente” (Mariela, 42 años, secretaria).

*Eso igual como que te engrandece el alma po, uno se siente bien. Yo por lo menos me siento bien (...) siempre a mis hijas les digo ¡uno todos los días tiene que hacer una obra buena, porque eso a una la engrandece, y uno se siente bien! (Nancy, 46 años, presidenta).*

Ayudar a otros/as es un elemento que converge en cada una de las actuaciones de las entrevistadas; ya sea para ayudar a la familia o la comunidad. En definitiva, un servicio voluntario que se transforma en un estar bien con sí mismas, una forma de satisfacción personal que reafirma la identidad femenina – ser para otros -, en el sentido que expresa Lagarde (2015), respecto al volcamiento de la mujeres hacia el bienestar y cuidado de otros/as, y el congelamiento de la propia individualidad, la cual es confiscada para desarrollarse en beneficio de los demás. Principalmente en los roles de madres, esposas, al que además se agrega el rol de dirigente.

Sacrificar algo propio para el beneficio de los demás, pasa a ser parte de la subjetividad de las entrevistadas, provocando en muchas ocasiones el ocultamiento de las propias

necesidades e intereses. Por ejemplo, en el quehacer comunitario la sobrecarga laboral que viven las mujeres, queda en el plano de lo invisible no solo respecto a la polifuncionalidad de las acciones y habilidades que despliegan, sino también la inexistencia de horarios y honorarios. Basado en la falsa idea que las mujeres tienen más tiempo libre, se ignora el desgaste físico, emocional y los malabares que realizan con sus tiempos para responder a las necesidades de la familia y la comunidad. Asimismo quedan en el plano de lo oculto las desigualdades de género que viven en su cotidianeidad.

El espacio vecinal y las prácticas comunitarias que allí se desarrollan, logran romper la tradicional dicotomía de lo público y lo privado. Pero provocan efectos contradictorios, puesto que aunque las mujeres logren situarse fuera de los límites de la casa, esto es posible solo en la medida que su participación es congruente con los roles de género. Es decir, solo pueden acceder al espacio público con la casa a cuestas<sup>15</sup>. De este modo, el espacio vecinal es naturalizado como el lugar de las mujeres, donde se les traspasan las responsabilidades estatales asociadas al bienestar social, mediante la (re)producción de las actividades domésticas y de autoayuda comunitaria. Desde la mirada de Arendt (1992) la participación de las mujeres se desenvolvería en el esfera social, es decir aquel espacio intermedio entre la esfera pública y privada.

### **Centro de padres, madres y apoderados: extensión de lo materno en la esfera escolar**

Los centros de padres, madres y apoderados son una organización social de tipo voluntario, impulsada por las políticas públicas de educación<sup>16</sup> a partir de los años noventa, con la finalidad de fomentar el vínculo entre las familias y los establecimientos educacionales. En

---

<sup>15</sup> La casa a cuestas, es una manera de describir el peso de lo interior de los hogares en el exterior, es decir aquel lugar donde las esferas pública y privada se entrecruzan. Este escenario hace alusión al dibujo de Alonso de Ovalle en relación al proceso de mestizaje chileno (Montecino, 2013).

<sup>16</sup> Desde 1990 el Estado implementa diversas estrategias para propiciar el vínculo entre la familia, la escuela y la comunidad en las instituciones educativas. Primero, a través de actividades concretas y a corto plazo, con el propósito de producir encuentros y acuerdos en torno a la escuela. Luego en el 2002 se puso a disposición del sistema escolar la *Política de Participación de Padres, Madres y Apoderados/as en el Sistema Educativo*, donde se establecen las bases para el desarrollo de la participación de las familias en las escuelas, construyendo las denominadas Comunidades Educativas (Ministerio de Educación, 2017)

base al precepto que las familias cumplen un rol esencial en la educación, el Estado promueve la participación estableciendo una relación positiva entre el rendimiento escolar y el nivel de involucramiento familiar. Es decir, se establece la idea que a mayor participación de las familias, mayor rendimiento escolar puede alcanzar el estudiantado.

Aunque este tipo participación es intencionado de igual modo para padres, madres y/o apoderados/as, la realidad expresada por las entrevistadas manifiesta una amplia inclinación de protagonismo de las mujeres. En las narraciones, se devela como elemento generador de participación el deber moral de apoyar la educación y resguardar el bienestar de hijos/as. Las mujeres se consideran parte del proceso educativo tanto en la casa como en la escuela, y las encargadas del bienestar y cuidado de hijos/as fuera del espacio doméstico.

Ya sea en el rol de dirigentas y/o socias, las entrevistadas son y han sido parte de la organización educativa durante la trayectoria escolar de sus hijos/as, con la finalidad de contribuir a una experiencia escolar favorable: *“Participo para que le vaya bien a los niños más que nada, porque igual uno tiene que estar en todas”* (Gema, 42 años, presidenta); *“Más que mal uno lo hace por los hijos, pero también va un cariño por el colegio en este caso, que es la institución que uno está representando”* (Nancy, 46 años, presidenta). Así, la participación se conjuga con una serie de valores basados en la experiencia materna, que son amplificadas para dar continuidad a los roles femeninos fuera de la esfera doméstica mediante las tareas de crianza y cuidado. La actividad de socialización de los hijos/as al interior del hogar, se prolonga a este espacio extra-doméstico, siendo las mujeres las articuladoras de la familia y la escuela a través de la interacción con el profesorado, apoderados/as y otros miembros de la comunidad escolar.

En la diada materna – filial, la madre realiza las tareas de cuidado permanente de la reproducción cotidiana, encargándose y estando siempre presente en la crianza y protección. En este sentido, la participación enmarca el eje moral que desde el correlato de género establece lo femenino como lo que permanece presente – mater presente –, mientras que lo masculino se despliega a la ausencia – pater ausente - (Montecino, 2014). La (re)producción de esta construcción simbólica de género, instala la oposición presencia /

ausencia, marcando la subjetivación de las mujeres y estableciendo la paternidad en el sistema escolar como un aspecto que no es parte de la construcción social de la masculinidad.

Otro de los ejes que articula la participación en el ámbito educativo, se relaciona con la coordinación de autogestión económica para el mejoramiento de condiciones materiales de los establecimientos educacionales, vale decir, la adquisición de herramientas y elementos básicos para llevar adelante la labor educativa.

*Como apoderado siempre se tiene que estar apoyando, porque a veces no hay tantos recursos. Por ejemplo se rompe una llave, es necesario pintar una sala o comprar el gas. Si se acaba el gas los apoderados tienen que comprarlo, porque no hay dinero y son los hijos de uno. Uno como mamá tampoco quiere que su hijo se enferme no pase frío (Teresa, 40 años, presidenta).*

En el relato se devela el modo en que las mujeres se auto-reconocen como agentes colaborativos de la escuela, mediante la creación y ejecución de diversas actividades para subsanar las deficiencias materiales, externas al ámbito pedagógico. Ante estas demandas, las mujeres entrevistadas, en tanto madres, velan para que el establecimiento educacional cuente con elementos básicos para la tarea educativa. Así también, asumen la tarea de asegurar las condiciones de subsistencia de los otros/as, a través de la gestión de acciones solidarias. Sin embargo, estas acciones de altruismo no permiten que se problematice la condición de precariedad que atraviesa la educación en la ruralidad. En vez de abogar por la transformación de esta realidad, y asumir que la educación es un derecho que el Estado debe garantizar, dicha problemática queda naturalizada en la cotidianeidad.

La participación en el medio escolar impulsada por el Estado, propicia la inclusión de las mujeres en lo social manteniendo una retórica conservadora que opera dentro de una matriz que establece distinciones de género. En otras palabras, se impulsa la expresión pública de las mujeres desde el espacio ocupado por la madre, con fines utilitarios para mediar y contener las demandas de la familia al Estado.

### **Club Deportivos y otras organizaciones masculinizadas: espacios de exclusión**

En las trayectorias de participación relatadas se encuentran algunas organizaciones comunitarias que histórica y culturalmente han estado habitadas por hombres. Entre ellas se encuentran los Club Deportivos (de fútbol), los club de Huasos y Bomberos. En cada uno de estos espacios las mujeres se han desenvuelto principalmente en la función de presidentas o secretarias por elección democrática.

Tres de las entrevistadas han participado en clubs deportivos de fútbol, una en un club de huasos y otra en Bomberos del territorio vecinal. El modo de ingreso a estas organizaciones se provoca por invitación directa de uno o más integrantes de las organizaciones, quienes expresan la necesidad de contar con una persona para dirigir y/o administrar estos espacios.

*Me buscaron e invitaron a participar porque me conocían como dirigente de la Junta de Vecinos y el grupo de mujeres. Porque necesitaban que alguien le administrara los fondos (Mariela, 42 años, secretaria).*

*Había jóvenes que querían armar un club deportivo y fueron a conversar conmigo, porque me ubicaban de la junta de vecinos y confiaban en mí (Nancy, 46 años, presidenta).*

Quienes ocupan el rol de presidenta de la organización, asumen la función de representar los intereses colectivos en el ámbito local, mediar en reuniones para la toma de decisiones, coordinar las contrataciones de jugadores de fútbol, entre otras responsabilidades que desarrollan. Por otra parte, quienes ejercen el rol de secretarias realizan labores de administración respecto a la coordinación de las sedes sociales, las canchas de futbol y de rodeo, además de la distribución de los días / horarios de prácticas deportivas y campeonatos, y gestión de documentación y/o proyectos. Sin embargo, aunque cada rol se desarrolla desde la especificidad establecida en los estatutos de las organizaciones, el relato de las entrevistadas coincide sobre la incorporación de otras responsabilidades que asumen las mujeres en el contexto de participación, que involucran por ejemplo, la ejecución de actividades domésticas relacionadas labores de cocina y aseo de las sedes sociales y en actividades masivas que se llevan a cabo para la obtención de recursos: bingos, bailables u

otras acciones que se realizan en conjunto a otras mujeres cercanas a los integrantes de la organización.

En la experiencia de participación comunitaria en Bomberos, una de las entrevistadas relata lo vivido durante el año 2.000 cuando tenía aproximadamente 20 años de edad. En ese entonces en aquella localidad rural Bomberos aún era considerada una organización exclusiva para hombres, siendo ella la primera mujer en incorporarse. La motivación por ser parte de Bomberos se relaciona tanto con la búsqueda de igualdad de condiciones con sus compañeros varones, quienes eran principalmente familiares directos (hermanos, primos y tíos); como con el interés de vivir las emociones que involucra la actividad: *“La motivación era la adrenalina estar combatiendo, ayudar a la persona que no se fuera a quemar su casa o su vida” (Teresa, 40 años, presidenta).*

Al igual que en las prácticas participativas antes descritas, la incorporación de las mujeres a estos espacios comunitarios se encuentra asociado al deber moral de ayudar a otros/as. No obstante, esta característica tradicionalmente atribuida a la identidad femenina es amplificadas, siendo en muchas ocasiones instrumentalizada para fines particulares de las organizaciones, es decir, para realizar servicios domésticos gratuitos. En otras palabras, los atributos culturalmente asignados a lo femenino son considerados una mercancía al servicio de los intereses de las organizaciones y sus integrantes. Ante aquello, es importante detenernos a aclarar que esta interpretación de las narrativas no pretende caer en la trampa de una falsa inocencia o fragilidad femenina, sino que espera dejar entrever que la legitimidad social adquirida por las mujeres en las trayectorias de participación en el espacio vecinal, más que dirigirse hacia el reconocimiento del trabajo que involucran sus acciones en este contexto, son utilizados como medio para satisfacer otros fines.

La fragilidad de la participación de las mujeres, bordea los límites de la inclusión / exclusión, pues solo se acepta su ingreso a este tipo de organizaciones mientras sus acciones sean congruentes con la norma de género. De lo contrario, se ven expuestas a actos de exclusión y discriminación, ya sea, a través de la deslegitimación pública, indiferencia hacia sus opiniones, subestimación, entre otras manifestaciones de

discriminación que se entretajan en la experiencia participativa, generando efectos reales en el comportamiento y las interacciones que desarrollan las mujeres al interior de la organización.

*Es que es muy complicado para nosotras como mujer para ser presidenta de un club deportivo, porque en reuniones cuando tu opinabas no te pescaban, entonces era como que nosotros éramos inferiores a ellos, los hombres (...) la opinión de las mujeres como que no valía mucho, me decían que las mujeres debíamos estar en la casa no en los clubs deportivos (Mariela, 42 años, secretaria).*

*No valoran cuando uno tiene un conocimiento porque uno ya era bombera. Cuando una mujer sabe y aporta otras ideas de cómo es el sistema de funcionar, ellos nos dejan de lado (Teresa, 40 años, presidenta).*

Ocupar un cargo y cruzar la barrera de las prácticas, creencias y discursos cultural e históricamente arraigados, genera en los hombres el cuestionamiento acerca de las (in)capacidades de las mujeres para desenvolverse y liderar espacios que se encuentran fuera de la norma de género. Aquello subyace en las narrativas, donde aparece la voz masculina de discriminación que justifica la división sexual de los espacios colectivos para el balance del sistema sexo/género. La discriminación y exclusión opera para perpetuar la congruencia de las acciones de las mujeres con el género, moldeando lo que se espera que hagan o no las mujeres.

Como hemos visto hasta ahora, tomar como objeto de reflexión la participación comunitaria de las mujeres, pone en discusión desde la mirada de género los espacios y las prácticas que habitan lo colectivo en los contextos rurales de la comuna de Hualañé. En las trayectorias de participación de las mujeres aparecen ciertos elementos comunes que van moldeando la participación, determinando prácticas, valoraciones y alcances. Asimismo, se constata que la participación comunitaria en el medio rural no se presenta de manera lineal, cronológica ni homogénea. Tampoco tienen un carácter universal, sino al contrario se presentan como una construcción social que imbrica con lo múltiple, sujeta a los contextos materiales y simbólicos que cruzan las experiencias de vida de las mujeres.

A partir de las narraciones compartidas por las entrevistadas, fue posible distinguir distintas dimensiones que se articulan como generadoras de participación y que permiten visualizar cómo las mujeres viven la participación desde lo material, relacional y altruista. Estas dimensiones van determinando los propósitos, las modalidades de acción y obstáculos que se deben enfrentar en los procesos participativos. Por una parte, la primera dimensión se instala a causa de las necesidades básicas en el ámbito familiar y comunitario, que emergen en conjunto con la adscripción social de género - madres y esposas - en la etapa adulta. En este contexto, los escenarios de pobreza en el medio rural van dando paso a la toma de conciencia sobre la imposibilidad de satisfacer las necesidades materiales de manera aislada en la casa, generando en la participación comunitaria una vía.

Por otra parte, las prácticas centradas en la dimensión relacional derivan de las condiciones de aislamiento que viven en las localidades rurales, siendo los espacios participativos instancias de sociabilidad, recreación y fortalecimiento de lazos de solidaridad que impulsan las mujeres en beneficio de quienes comparten el mismo territorio. Por último la dimensión altruista que envuelve a las otras dimensiones, se basa en el compromiso y acción de las mujeres para ayudar a los otros/as. Las mujeres a partir del deber moral de ayudar, se convierten en agentes de bienestar social de la familia, comunidad y las escuelas. Sin embargo, el efecto que provoca este tipo de prácticas es el fortalecimiento de la identidad femenina tradicional – ser madres, esposas y dirigentes - , donde dedicarse al bienestar de los demás está muchas veces por sobre el bienestar de sí misma.

Sacrificar algo propio para el beneficio de los demás, pasa a ser parte de la subjetividad que provoca en muchas ocasiones el ocultamiento de las propias necesidades e intereses. El quehacer comunitario y la sobrecarga que viven las mujeres, queda en el plano de lo invisible no solo respecto a la polifuncionalidad de las acciones y habilidades que despliegan, sino también la inexistencia de horarios y honorarios. El triple rol teorizado por Mosser (1995) permite comprender cómo las mujeres madres-esposas, trabajadoras y dirigentes realizan simultáneamente el rol reproductivo, productivo y comunitario. Esta invisibilidad, se basa en la falsa idea que las mujeres tienen más tiempo libre, por lo que se

ignora el desgaste físico, emocional y los malabares que realizan con sus tiempos para responder a las necesidades de la familia y la comunidad.

Se produce la amplificación del rol de reproductivo al espacio público mediante la figura de la dirigente como agente de bienestar social para la satisfacción de las necesidades de la familia y la comunidad. Así el espacio vecinal se configura en cercano a lo cotidiano, trastocando los tradicionales límites del espacio público y privado. De este modo, el flujo entre la casa<sup>17</sup> y el espacio vecinal – la calle – se vuelve difuso, movilizándolo los trazados interior / exterior.

Lo vecinal se transforma en una extensión de la esfera doméstica, donde se reproduce la vida cotidiana de las mujeres y la comunidad. Desde la mirada de Arendt (1992), este espacio constituye la esfera social, que en contraste a la esfera pública se encuentra más próxima y afectivamente vinculada a las mujeres. De tal modo, este espacio pasa a ser naturalizado como un lugar de las mujeres. Así, la salida de las mujeres de la esfera privada es posible, pero siempre sujeta a cuestiones del ámbito de las necesidades materiales o afectivas de las familias y comunidad.

En este contexto, la participación refleja paradojas en las que la adscripción social y cultural de los roles de género resulta ser tanto restrictiva como permisiva, en el sentido que la limitación en la inmediatez espacial, facilita el desarrollo de habilidades para la gestión de asuntos colectivos. Pero, al encontrarse legitimada por la protección de los roles e intereses tradicionales de género no evita que las mujeres vivan situaciones de discriminación, desvalorización o exclusión, cuando sus acciones no son coherentes con la norma social. La contradictoria dinámica de inclusión – exclusión envuelve la presencia y participación femenina, impulsada también por las propias ambivalencias, miedos y limitaciones que tienen las mujeres ante las oportunidades y desafíos de la esfera pública.

---

<sup>17</sup> Para Montecino (2013) el binomio casa/calle representa lo privado/público. La casa constituye no solo el espacio donde vive la familia, sino también representa un soporte de sobrevivencia y sociabilidad. Por otra parte la calle es lo exterior, que representan aquello que se encuentra desprovisto de protección. Es el espacio de sociabilidad ciudadana, donde las personas se relacionan con las instituciones. Así también, la calle posibilita el encuentro o el desencuentro de los géneros, las generaciones y las clases.

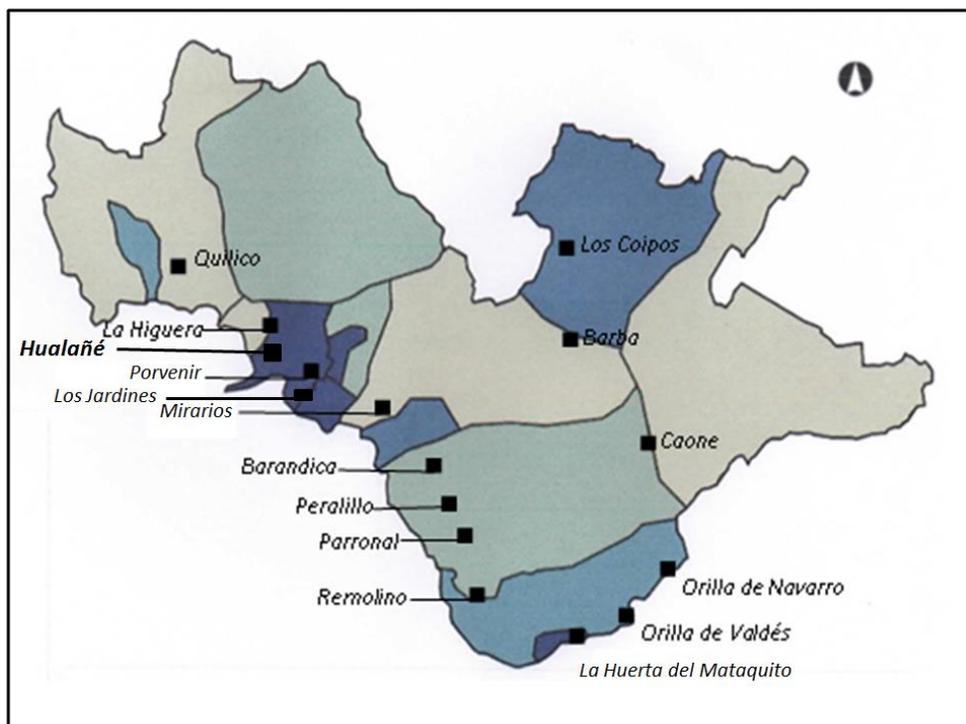
## **VII.2 ORGANIZACIONES DE MUJERES EN HUALAÑÉ: INICIOS Y TRAYECTORIAS DE PARTICIPACION COMUNITARIA**

Las organizaciones de mujeres en la comuna de Hualañé comparten similar trayectoria a la acontecida a nivel nacional. La participación de las mujeres en estos espacios se inicia a través de la incorporación a los Centros de Madres en el periodo de Unidad Popular (1964 y 1970). Aquí, las prácticas colectivas se centraban en los roles tradicionales de género, pasando a ocupar un lugar importante en la vida social de las mujeres, que dio paso a la creación de una cultura femenina basada en lazos de solidaridad (Gaviola, Palestro y Largo, 1994). Posteriormente en el periodo de la dictadura cívico-militar, se posicionaron los CEMA-Chile en el sector urbano de la comuna, donde actuaban como centro de coordinación de diversas voluntarias que se desplazaban a las localidades rurales más alejadas para enseñar manualidades, que luego eran comercializadas en la capital provincial – Curicó –. Este tipo de organización se mantuvo presente en la comuna hasta el año 2017.

En el año 2009, en el contexto del periodo alcaldicio de Claudio Pucher Lizama (2009 – actualidad), se crea una política local centrada en el concepto de mujer – y no de género –. Emerge la Oficina Municipal de la Mujer con el objetivo de materializar la promoción de los derechos de las mujeres, el fortalecimiento de la participación social femenina y el establecimiento de canales de comunicación institucional con las mujeres del territorio local. Con la idea de contribuir a las organizaciones de mujeres que en ese entonces comenzaban a articularse en las distintas localidades de la comuna, la Municipalidad dispuso la creación de un Programa de Manualidades, que financia tanto la contratación de monitoras como los materiales para el aprendizaje de distintas técnicas manuales asociadas a quehaceres tradicionales femeninos: bordado, tejido, costura, repostería, pintura, entre otros.

Durante estos años, se han conformado con personalidad jurídica 24 organizaciones de mujeres (Municipalidad de Hualañé, 2018), bajo la denominación de Centros de Acción de la Mujer o Mesa de la Mujer Rural. Estas se encuentran distribuidas en todo el territorio comunal, como es posible de visualizar en el siguiente cuadro:

*Cuadro 1: Localidades de Hualañé donde existen organizaciones de mujeres*



Las mujeres entrevistadas en esta investigación son dirigentes de 10 organizaciones de mujeres que fueron creadas hace aproximadamente 10 años en las localidades rurales de la comuna. Aquí, algunas de las protagonistas han sido las principales impulsoras de estos espacios, y otras se han incorporado con posterioridad permaneciendo en el liderazgo hace aproximadamente 5 años.

Para iniciar el recorrido sobre las trayectorias de participación, partiremos el capítulo describiendo y reflexionando sobre los elementos generadores de la participación en este tipo de organización, para ello revisaremos relatos donde los espacios comunitarios son concebidos como mecanismo de escape a la rutina de las labores domésticas o como vía para la superación personal. Continuaremos revisando los orígenes de articulación comunitaria entre mujeres, dando cuenta de los procesos personales, sociales y políticos presentes en las trayectorias de las mujeres. Posteriormente, se profundizará en los estilos de interacción, tanto como medio de ayuda mutua, colaboración o solidaridad.

## **Participación comunitaria entre mujeres: Tiempos y espacios para sí mismas**

Los Centros de Acción de la Mujer y las Mesas de la Mujer Rural son un tipo de organización comunitaria institucionalizada, es decir que cuenta con mecanismos de representación oficial, adquirida mediante el reconocimiento del Estado a través de la obtención de una personalidad jurídica. Su conformación presenta elementos diferenciales a las otras instancias de participación comunitaria descritas en el capítulo anterior, pues se trata de una estrategia de inclusión social que no responde a una lógica de asistencia material, sino que constituye un espacio de sociabilidad, desarrollo personal, ayuda mutua y creación de redes clientelares.

Para contextualizar los intereses que impulsan a las mujeres a ser parte de este tipo de organización, es importante situarse en el contexto de la sociedad moderna donde la reproducción social continúa teniendo como protagonistas a las mujeres, no solo porque encarnamos la maternidad y los cuidados asociados, sino también porque la cultura nos ha asignado históricamente la responsabilidad sobre el bienestar familiar mediante el trabajo doméstico en límites socio-espaciales estrechos. En la esfera rural estos límites se ensanchan mínimamente entre la casa y el huerto.

Esta relación indisoluble entre el género femenino y el hogar-familia, comienza a fragmentarse una vez que las mujeres comienzan a problematizar el modelo de feminidad en el espacio doméstico: ser dueña de casa. El devenir de este proceso desencadena el cuestionamiento personal y social sobre el agotamiento que experimentan a nivel corporal y mental, ante la rutina y el encierro que las ata a las labores domésticas y limitan su autonomía y desarrollo personal. De este modo, el conflicto entre lo socialmente establecido y las necesidades personales de tiempos y espacios para sí mismas, se conjugan en el surgimiento del interés de ser parte de una organización comunitaria, donde encontrarse y compartir con otras mujeres que experimenten situaciones similares a las suyas.

*La mayoría de nosotros somos dueñas de casas y también tenemos que darnos un tiempo para nosotras como mujer, que no solo nos miren para ser dueña de casa, criar los hijos,*

*el esposo, cosas así. Porque yo creo que nosotras como mujeres también tenemos derecho a aprender otras cosas, que veamos las necesidades que nosotras como mujeres podemos tener o participar (Georgina, 46 años, secretaria)*

En este relato se devela un proceso de conciencia de género, en el que se cuestionan principalmente las vivencias derivadas de la interacción con su entorno familiar. Una serie de hechos cotidianos vinculados a las relaciones de pareja y la crianza las hacen percatarse de sus desventajas, por ejemplo la sobrecarga doméstica y emocional, que en algunos casos converge con hechos de violencia intrafamiliar. Así, se va tomando conciencia sobre la necesidad de hacer respetar sus necesidades, querer espacios y tiempos personales. Es decir, considerarse en igualdad de derechos y condiciones con sus esposos, poner en valor su labor como dueñas de casa, y contar con espacios de desarrollo personal y de recreación.

*Sentí la necesidad de pertenecer a algo y hacer cosas. Solo el hecho de salir de la casa, ya es un relajo. Porque en la casa, uno tiene hartas cosas que hacer pero no compartes con otras personas, vivencias (Ingrid, 52 años, presidenta)*

La participación comunitaria considera la posibilidad de contar con un espacio de sociabilidad, en el cual encontrarse, compartir e integrarse en la comunidad de manera autónoma. En este sentido, participar considera cierto grado de modificación en la identidad tradicional femenina, en el sentido que fisura la fusión de lo femenino con lo doméstico. Asimismo, se reconoce la necesidad de autonomía tanto en el plano de los hechos concretos como en el plano simbólico. Aquí, las mujeres comienzan a tensionar la escala de valoración interna, posicionándose en un primer plano, sintiéndose más importantes para sí mismas y desplazando en cierta medida la centralidad de los otros en su cotidianeidad.

*Nos hace bien a las mujeres del campo, que no tenemos ninguna otra entretención para nosotras. Cuando nos reunimos, nos sentimos felices, conversamos, nos entretenemos un rato. Hay una conexión entre todas más grande que antes (María, 62 años, presidenta).*

Como señala Tinsman (2009) mediante el concepto de mutualismo de género, las mujeres mediante este tipo de organizaciones revierten la monotonía cotidiana y el aislamiento

femenino, para dar paso a la creación de espacios fuera del hogar, donde socializar y participar de la vida pública. Así, las mujeres rurales mediante un proceso de toma de conciencia de las situaciones concretas que viven configuran un modo de participación entre pares, en el que se crea un *nosotras* como identidad colectiva, un lugar de enunciación ante el marco de las experiencias colectivas de género, clase y territorialidad.

En otras experiencias, lo anterior se conjuga con elementos que emergen en un periodo de crisis personal. Se configura un marco donde comienzan a (re)nacer inquietudes personales de las mujeres, la mayoría de las veces no vinculadas con necesidades familiares y/o comunitarias. Sino al contrario, que guardan mayor relación con la búsqueda de espacios colectivos como *vía de superación* a las vivencias que experimentan. Por ejemplo, la motivación por modificar ciertos aspectos de la vida cotidiana, aparece en algunos casos por cambios en la configuración familiar a causa del fallecimiento de una persona significativa: padre, madre u otro familiar cercano.

*Hace 10 años cuando falleció mi papá, estaba súper depresiva. Era la primera vez que me enfrentaba a la muerte. Al mismo tiempo empecé a meterme allá (la organización) y como que todo eso me hizo olvidarme, me saco de la depresión que yo tenía, que estaba con tratamiento y todo ¡Me ayudo mucho! (Claudia, 53 años, presidenta)*

*Yo, durante muchos años tuve mucha depresión y todo eso. Por eso yo digo de la depresión en el caso mío yo sola he salido adelante a pesar que he buscado ayuda pero no. ¡Nada ha servido! yo solo he salido adelante porque me mantengo ocupada. Estar en el grupo me motiva a seguir adelante (Ingrid, 52 años, presidenta).*

El sentimiento de tristeza se convierte en un elemento común, donde la participación comunitaria es concebida como una *vía para la superación personal*. Este proceso involucra la flexibilidad como un mecanismo de reconocimiento de los propios sentimientos, es decir, un punto de partida para el surgimiento de la intencionalidad para el cambio y el bienestar personal. Así, tanto la flexibilidad y la intencionalidad se articulan ante la necesidad de realizar actividades en compañía de otras, que contribuyan a sentirse bien.

Para las mujeres, el sentimiento de tristeza pasa a ser subvertido por la posibilidad de encontrarse con otras, de mirar a la otra convertida en mí, como camino necesario para construir desde las semejanzas y las diferencias, identificaciones comunes no solo por las vivencias de género, sino también por el factor de clase, edad y territorialidad.

Para profundizar en la diversidad de motivaciones de las mujeres, los inicios y trayectorias de las organizaciones, ahondaremos en tres relatos de las entrevistadas, seleccionadas según sus experiencias como propulsoras de las organizaciones de mujeres en su localidad. La intención de aquello es poder contar con un panorama más ilustrativo de los intereses de las mujeres de ser parte de una organización, a partir de sus propias palabras, donde pueden emerger elementos diferenciadores a los ya mencionados.

### **Relatos sobre los inicios de las organizaciones de mujeres en Hualañé**

#### ***Relato N°1:***

En la localidad Rural de Los Coipos en el año 2009, fue creado el Centro de Acción de la Mujer “Con un sueños hacia el futuro” por iniciativa de algunas vecinas de la localidad que era liderado por Georgina (46 años de edad), quien en ese entonces integraba la Mesa de la Mujer Rural de Hualañé. Ante la carencia de espacios de sociabilidad, nace el interés de replicar lo que se estaba haciendo en el pueblo – Hualañé -, respecto a la creación de espacios comunitarios *solo para mujeres* donde pudiesen encontrarse, interactuar y aprender distintas técnicas de manualidades y artesanías.

Durante estos 10 años de trayectoria, las mujeres que integran la organización se reúnen de marzo a diciembre, los días jueves desde las 15:00 a las 18:00 horas en la sede social de la localidad. En la actualidad participan activamente 26 socias, de aproximadamente 35 a 75 años de edad, que se dedican principalmente a las labores de crianza y cuidado, a la agricultura para el autoconsumo de la familia y la crianza de animales de criadero: gallinas, pavos, gansos. Algunas de las integrantes de la organización además trabajan como

temporeras en las comunas de Lolol, Hualañé y/o Rauco, mientras que otras desarrollan emprendimientos en el área de la pastelería y el comercio.

Uno de los hitos que marca la historia de esta organización, es la lucha para la obtención de la pavimentación de la carretera que une Los Coipos con la Ruta J-60 (carretera que conduce a Hualañé y Curicó) ejecutada en el año 2013 y la lucha por la accesibilidad a telefonía celular e internet, que se logro concretar en año 2018. Por otra parte, en el año 2014 se destaca un hito importante: la creación de la Fiesta del Cordero que, en conjunto con la municipalidad, se realiza durante el último fin de semana de octubre. Esta actividad reúne a miles de visitantes año tras año, siendo las mujeres del Centro de Acción de la Mujer grandes protagonistas, no solo en la coordinación previa al evento sino también en el punto central de la actividad: la comercialización de la gastronomía en base a la carne de cordero y otros productos artesanales que elaboran las mujeres.

Para retratar los inicios de esta organización, a continuación se presenta las narrativas de una de las protagonistas, Georgina, de 46 años de edad, casada, madre de una niña y un niño, agricultora y emprendedora en su Almacén. Además, fundadora y secretaria del Centro de Acción de la Mujer de la localidad rural Los Coipos.

*Empecé a organizar, a llamar a las mujeres. Me acuerdo que salía en bicicleta porque no había señal del teléfono (hace más de 10 años). Les decía que tal día nos íbamos juntar, y empezamos a armar este tema y fue un cambio en el sector muy grande, que en nosotras como mujeres y en el sector se notó, porque cuando empezamos a organizarnos, sacamos la personalidad jurídica y nos armamos como directiva, como institución. Hemos hecho muchas cosas, trajimos psicólogos, la PDI (Policía de Investigaciones) para hacernos talleres y darnos información, de autoestima, de liderazgo, y así empezamos a prepararnos como mujeres, a empoderarnos.*

*Lo hice porque era lo que yo quería, lo que yo sentía, era lo que yo deseaba. Era lo que yo quería que ellas sintieran, el querer ser otra, el querer cambiar, en el sentido de empoderarme (...) No conformarme solo con ser una dueña de casa, no es desvalorar, es*

*muy importante ser dueña de casa, ser madre, cuidar a los hijos, sino que también sentirme yo como mujer.*

*Acá nosotros como agrupación somos de edades muy diferentes, de 30 y algo, y señoras que tienen 70. Entonces somos generaciones muy diferentes y las más mayores, como costumbre de vida estaban formadas de otra forma, como por ejemplo, cuando comenzamos, teníamos capacitaciones siempre en la mañana y las señoras decía, “¡ah, pucha son las doce, tengo que ir a darle almuerzo a mi marido!”. Entonces las señoras funcionaban hasta las doce porque de ahí tenían que irse a la casa a ver el marido y nosotros las más jóvenes no, nosotros a los maridos los teníamos acostumbrados a que si ellos llegaban antes almorzaban y si no había nada ,ellos hacían. Así, entonces con las señoras de a poco fuimos trabajando esa parte, y al final ya les daba lo mismo que el marido llegaba a las doce, que se sirviera solo (...) Entonces esos cambios que se dieron en estos ya 10 años creo que, en nosotras mujeres del sector de Los Coipos. Creo yo que ahora hay cambios muy lindos, que fueron para bien, nosotras fuimos capaces de organizarnos como mujeres y ahora somos capaces de pararnos aquí y en cualquier lugar y decir lo que nosotros pensemos, y lo que queramos decir.*

### **Relato N°2:**

En la localidad rural de La Higuera en el año 2010, fue creado el Centro de Acción de la Mujer “Flor de la Higuera” por iniciativa de las socias de la Junta de Vecinos, quienes cansadas de la rutina doméstica tomaron la decisión de organizarse para conformar un espacio distinto a la organización vecinal, para reunir a las mujeres en un *espacio propio* entorno al aprendizaje de manualidades.

Actualmente la organización es conformada por 21 mujeres, entre 25 y 65 años de edad, que se dedican principalmente a labores domésticas y de crianza, y al trabajo remunerado como temporeras en la comuna de Hualañé y Rauco. Se reúnen hace 9 años durante los meses de marzo a diciembre, los viernes desde las 16:00 a las 18:30 horas en la sede social

de la localidad. Las principales actividades que realizan se vinculan con el aprendizaje y comercialización de manualidades y productos de pastelería.

Los inicios de la organización son relatados a continuación por Yanett, de 31 años de edad, casada, madre de tres hijos, fundadora y presidenta de la organización hace 6 años. Cabe destacar que la protagonista de esta narrativa, en julio del 2019 fue elegida por las representantes de las organizaciones de mujeres de la comuna, como presidenta de la Unión Comunal de mujeres “Amapolas del Mataquito”.

*Mi conuñada un día me llamó por teléfono y me dice: ¡Quiero formar un grupo, tengo la posibilidad de formar un grupo! me dice. Entonces me invitó para que participara y le ayudará a buscar gente (...) En ese momento, lo que ella me ofreció era juntarnos, compartir, salir de la rutina de la casa. Eso fue lo yo también le fui contando a las otras integrantes que ingresaron. Así nos motivamos, nos motivamos y empezamos a invitar, a invitar, y bueno cuando llego el tema de formarnos, pucha habíamos muchas. Nunca pensamos que con la invitación que estábamos haciendo, iban a llegar tantas señoras, porque lo que pensábamos nosotras era que iban a llegar como diez o veinte persona. Pero esa vez llegaron como sesenta. (...) Entonces empezamos a juntarnos con recursos que nosotras. Bueno, empezamos a pagar una pequeña cuota y con eso empezamos a comprar lo básico. Esa vez compramos para unas fundas que se hacen con tela bistrech, luego empezamos con crochet.*

*Ahora el grupo es la horita que es para mí. Compartimos con las chiquillas, a más no querer. Porque aparte de juntarnos, que se yo, a hacer manualidades, que es en lo que más se enfoca el grupo; hay veces que nos juntamos solamente para compartir, solamente para conversar y reírnos un rato de las cosas que nos pasa en la casa, la rutina y eso (...) Y después, bueno en esta temporada Octubre y Noviembre se empiezan a alejar un poquito, porque se van a la temporada de la fruta. Porque hay que aprovechar la temporadita*

### **Relato N°3**

El Centro de Acción de la Mujer “Esperanza” fue conformado en el año 2009 por iniciativa de Nancy (46 años), quien en el contexto de reuniones de coordinación política con el actual Alcalde de la comuna, asume la tarea de crear una organización de mujeres en la localidad de Peralillo. Lo anterior, se enmarca en lo que sucedía en el resto de la comuna donde poco a poco se expandía este tipo de organización comunitaria.

En la actualidad la organización reúne a 18 mujeres, entre 30 y 70 años de edad, que se dedican tanto a las labores de crianza y cuidado como a la agricultura para el autoconsumo familiar y la crianza de animales de criadero: gallinas, pavos, gansos. Algunas de las integrantes de la organización además trabajan como temporeras en la comuna de Hualañé o Rauco. Desde su conformación se reúnen desde marzo a diciembre los días viernes, desde las 15:00 a las 18:00 horas, en la sede del Club Deportivo de la localidad. Principalmente se dedican a la confección de distintas manualidades.

En diciembre de cada año, las integrantes de la organización coordinan una fiesta de navidad, en la que convocan a todos los niños y niñas de la localidad. Para esta actividad se utilizan recursos autogestionados durante el año y aportes que realiza la municipalidad.

Para conocer los inicios de este Centro de Acción de la Mujer, se presenta el relato de la propulsora de este espacio, Nancy de 46 años de edad, casada, madre de 2 hijas, agricultora y dirigente social del Club Deportivo Peralillo, Junta de Vecinos y Centro de Acción de la Mujeres, donde ocupa el cargo de presidenta hace 10 años.

*Todo comenzó por don Claudio (Alcalde) obviamente. Una vez nos invitó a tomar tecito en su casa, me acuerdo; y a raíz de esa reunión yo dije ¡yo voy a formar un grupo don Claudio en Peralillo y me comprometo! En ese momento lo hice también pensando que él obviamente, iba a ser Alcalde. Obviamente dije yo, voy a trabajar en el grupo de mujeres, buscando sus votos po' Vero (investigadora). Pa' que andamos con cosas, yo creo que en todos lados pasa igual. Así tuve el apoyo de él cuando formé este grupo.*

*Ahí tome la iniciativa yo. Porque en realidad aquí yo veía que en todos los sectores habían talleres de manualidades. Se beneficiaban a los grupos de mujeres con varias cosas que la municipalidad aportaba, y aquí en el sector no teníamos nada. Por eso de repente hay que organizarse para poder conseguir los recursos (...) Entonces empecé casa por casa a invitar a las mujeres, incentivándolas. Aunque de repente igual cuesta armar un grupo, porque no todas se atreven a ir. Porque se llevan ahí en sus casas, encerradas y uno también ¡Me incluyo! Porque uno dice: ¡no, no tengo tiempo!*

*Pero como ahora te digo, cuando se formó el grupo y uno vio que podía hacer cosas bonitas y de interés para uno. Uno ya el día viernes es de uno, uno se motiva. Es agradable ir. Después obviamente igual van a quedan otras (mujeres) en el camino, pero no porque a veces no les guste, sino por tema de trabajo, no les coinciden los días.*

*Así armé ese grupo hace más de 10 años. Le tengo mucho cariño (...) El hecho que de una está todo el día en la casa, salir un día a juntarse con las señoras de la comunidad y de repente claro trabajas (en manualidades), pero también hay un momento en que nosotras nos sentamos en la mesa y conversamos distintos temas. Entonces, igual el hecho de encontrarte con esas señoras y conversar cosas que de repente uno en la casa obviamente sola uno no lo hace. No se junta con vecinas a conversar. El juntarnos todas ahí, de repente igual te saca un poquito de lo que es ser dueña de casa. Porque en el fondo en la casa no tenía tiempo para uno. En cambio, nosotras el día viernes que nos juntamos, tenemos toda la tarde para nosotras como mujeres. Yo creo que todas las señoras que van les pasa lo mismo que a mí; esperan el día viernes para ir a encontrarse con sus demás compañeras, por último, para conversar, porque hay cosas que de repente en la casa no los comenta con la familia.*

En el último relato, aparece un nuevo elemento que genera la participación como un mecanismo de colaboración o intercambio con quien representa la autoridad política en el ámbito local. Esta dimensión es descrita en la teorización sobre participación social en el medio rural como *clientismo político* (Durston, 2005; Durston, Duhart, Miranda y Monzó, 2005). Aunque en su fundamente hace referencia a las raíces históricas de la época feudal,

respecto a la relación patrón – cliente, en el contexto actual este concepto es matizado, pasando a ser entendido básicamente como un intercambio de favores por voto: *“voy a trabajar en el grupo de mujeres, buscando sus votos po” (Nancy, presidenta. 46 años), “Aquí en el campo hay mucho el compadrazgo, se consiguen las cosas porque eres amigo de alguien, nada más” (Rosa, secretaria, 73 años)* . De este modo, se establece una relación de cercanía, reciprocidad y ayuda mutua con las autoridades locales, tanto de persona - autoridad como entre agrupación – autoridad.

La complejidad de este estilo de relación muchas veces es interpretada como reciprocidad, no obstante es claramente clientismo político, como queda en evidencia en la siguiente cita:

*A veces se ve que forman un grupo (concejales) y dicen yo te voy a traer, esto, esto y esto, pero ustedes se mantienen unidos y en el momento de ir a votar ustedes tiene que marcar esto (...) Todos esos son después posibles votos para determinados concejales, diputado, senador o presidente. (...) tu lo notas cuando en las elecciones empiezan los concejales a ir a los grupos, a llevar una tortita y hacer una once (Rosa, secretaria, 73 años).*

La realidad de este tipo de relaciones es que no fractura las posiciones desiguales en las que se encuentran los sujetos. El carácter vertical de las relaciones se mantiene y perpetúa en el tiempo, solo siendo utilitarias para los fines que propenden las personas que interactúan.

Otra dimensión que devela las narrativas, se vincula con el significado que otorgan las mujeres a las actividades centradas en las manualidades y las artesanías. Se evidencia un fuerte correlato tradicional de género, pues se encuentran histórica y culturalmente ligados a lo femenino. En el espacio privado, esta práctica ha sido transmitida por las generaciones de mujeres en las familias, imbricándose en la cotidianeidad desde la infancia, *“Pasa que a mí de chica me gusta mucho lo que es la manualidad, me gusta pintar, tejer. Porque tenía una tía, mi abuela, mi mamá se dedicaban a eso, ganaban su plata con eso” (Claudia, 53 años, presidenta).*

A través de las artesanías y las manualidades se configuran en una práctica cultural tradicional, a partir del cual las mujeres se expresan y apropian de un quehacer que es

asumido tradicionalmente como marginal, dada su asociación simbólica con la naturaleza y lo femenino que le asigna un menor valor en la estructura social (Ortner, 1979). Pero en la vida diaria de las mujeres, ocupa un lugar importante siendo vivida como un modo de desarrollo personal y una alternativa de desarrollo económico, que en algunas ocasiones complementa los ingresos familiares.

Desde el ámbito de la comercialización, quienes optan por vender sus productos suelen hacerlo en ferias autogestionadas por las organizaciones de mujeres, financiadas por Fondos Concursables o por recursos municipales, entre las que se encuentran: Feria de artesanías y tradiciones de la mujer, que durante seis años consecutivos se ha realizado en Noviembre, la Feria de gastronomía y artesanías realizada en Septiembre y La Fiesta del cordero en Octubre en la localidad de Los Coipos y la Fiesta del melón con vino en Febrero en la localidad de la Huerta del Mataquito. También participan en ferias organizadas por otras organizaciones comunitarias de sus localidades o ferias artesanales que se realizan en las distintas comunas de la región del Maule. La participación en estos espacios es esporádica, por lo que suele ser complementada con la venta de persona a persona, a través de familiares y amistadas que compran y ofrecen sus productos, donde también se incluyen actividades productivas de venta de hortalizas u otras actividades de trabajo independiente que desarrollan en sus hogares o de temporada en la producción agrícola y frutícola de la región.

La participación en estas instancias de comercialización, requiere de un manejo de relaciones en el espacio público, tanto para gestionar las ferias donde se contempla la postulación a fondos concursables y la personalización de las relaciones con las autoridades, organizadores(as) de las ferias y funcionarios(as) públicos vinculados a la organización de las actividades, que permite tanto la continuidad de las actividades año tras año, como la permanencia de las invitaciones a ser parte de ellas. De este modo, se posibilita la permanencia de estos oficios pese a la condición de desvalorización social, siendo posible dar un salto que permita un empoderamiento mayor de las mujeres.

En el ámbito de la participación comunitaria las artesanías y manualidades constituyen para las mujeres un modo de *desarrollo personal*, en el que se exploran elementos de la creatividad y la imaginación, desafiando las propias habilidades y destrezas, más allá de las labores domésticas.

*Muchas nos vamos dando cuenta que tenemos creatividad, cosas que no conocíamos de nosotras. En este momento, con las manualidades salen a flote las habilidades, muchas lo descubrimos ahora, a medida que va pasando el tiempo, haciendo cosas vamos descubriendo cosas que si somos capaces de hacer, y que antes estaban ahí no más, guardadas en nosotras (Edith, 65 años, presidenta)*

El proceso de aprendizaje produce un efecto concreto y acotado en relación a la autoestima y el desarrollo de esta actividad en particular. Para las mujeres realizar una artesanía o manualidad va generando una experiencia personal de fortalecimiento de la confianza en sí mismas, respecto a la capacidad de crear y enfrentar a los desafíos de la manufactura, “*nos fuimos dando cuenta de los capaces que somos*” (Georgina, 46 años, secretaria). Conlleva además, el reconocimiento y valoración de lo que son y lo que pueden llegar a ser en el ámbito individual, en el sentido de realización personal que provoca cambios internos, en la subjetividad.

*Antes creía que no servía pa’ muchas cosas, porque en la casa no te lo valoran, no te dicen: ¡joye esta súper bien el aseo!, ¡están súper bien lavados los platos! Entonces esas son cosas que te van bajoniando, pero de repente te encontrái con estas instancias y la gente te dice: ¡que te quedo bien o te quedo bonito! (artesanías). Con eso ya te vay’ sacando tu autoestima, va creciendo po (Claudia, 53, presidenta).*

En este relato, la entrevistada realiza una diferenciación entre la valoración de las labores domésticas por parte su familia y la valoración de sus artesanías en el espacio comunitario. Deja en evidencia lo señalado por Lagarde (2000), respecto a que se tiende a confundir la estima que nos tienen los demás con la propia estima. Sin embargo, dicha tarea en la realidad se torna compleja, puesto que la construcción social y simbólica de género produce que la valoración sobre nosotras mismas y lo que hacemos quede constantemente

depositada en los otros, es decir, desde lo exterior más que en lo interior. Por tanto, no son suficientes solo las cualidades personales como fuerza de convicción y fortaleza para construir la autoestima personal, sino que existen elementos culturales que limitan poner el valor los recursos propios.

Para contraponer esta condición social, las mujeres en el quehacer de las organizaciones establecen el aprendizaje colectivo, como proceso pedagógico entre iguales que posibilita el fortalecimiento de las cualidades personales, en un proceso donde cada una de ellas en distintas circunstancias, se convierte en maestra o discípula, *“aquí entre todas nos enseñamos”* (Yanett, 31 años, presidenta), *“nunca falta quien sabe más sobre algo, que teje más bonito, que sabe un punto nuevo (...) siempre la que más sabe, se dedica a enseñarles a la otra”* (María, 62 años, presidenta). En la creación de estos roles dinámicos los recursos propios que cada uno tiene son potenciados y compartidos con otras, en un marco donde cada una puede oírse a si misma y a las demás, puede dudar, fallar, aprender e identificarse con las otras.

### **Vernos en otras: construcción de relaciones de solidaridad**

Como hemos visto en los anteriores apartados, cuando hablamos de mujeres rurales estamos haciendo referencia a un sector heterogéneo, donde se aúnan aspectos comunes por las experiencias de género, clase y territorialidad, que contienen marcas diferenciadoras por la edad, funcionalidad, estado civil, ocupación, entre otros elementos de la vida que juegan un papel importante en la construcción de las condiciones materiales y subjetivas de las mujeres. En la conformación de las organizaciones de mujeres, también se refleja esta heterogeneidad:

*Hay muchas personas en el grupo, que ya han fallecido sus esposos y viven solas. Hay muchas que están separadas y solas. Hay otras que están en conflicto con sus maridos, O que están separadas pero igual viven con su marido porque están discapacitados* (Carmen, 70 años, tesorera).

La diversidad de personas que son parte de las organizaciones, permiten que las interacciones adquieran aspectos de gran riqueza. Las interacciones de maestra –discípula utilizada en el aprendizaje de las artesanías y manualidades son proyectadas en la creación de relaciones interpersonales cercanas, donde los conocimientos y experiencias de una, son compartidas con las otras a modo de consejos o ayuda. *“Cuando se presenta una conversación las más adultas aconsejan a las mamás o a las niñas” (Ingrid, 52 años, presidenta), “como a formarse ese lazo que entre mujeres, nos ayudamos unas a otras, nos damos consejos” (Georgina, 46 años, secretaria).* Esta visión en la que se reconoce la posibilidad de aprender de las otras, tiene por lo menos dos bases: una consiste en reconocer los saberes de las mujeres, y otra en conceder el rango de autoridad a quienes por sus experiencias, conocimientos y/o habilidades subjetivas para vivir conocen más sobre alguna temática en particular. Asimismo, implica la visibilización de los aportes de cada mujer a su propia vida y a su mundo

En hechos particulares se problematiza, por ejemplo, vivencias de violencia de género. Aquí la experiencias de las otras se vuelve significativa, en el sentido que permite identificarse y reconocer mecanismos de ayuda y superación de la situación.

*Otras socias igual que yo también pasaron por violencia intrafamiliar (...) me decían que no me tenía que echar a morir, que tenía que seguir adelante, que ellas habían batallando solas con sus hijos, que no tenían que sentirme mal que tampoco iba a ser la primera ni la última mujer que había pasado por eso, que nunca debí bajar los brazos, siempre tienes que salir delante de una u otra forma se sale adelante (...) ellas me ayudaron mucho (Teresa, 40 años, presidenta).*

A nivel personal y colectivo adquiere importancia valorar y reconocer a cada mujer y los aportes que ello produce en su agrupación, ya sea desde la experiencia o el conocimiento, lo que contribuye a crear una dimensión simbólica de validación y apoyo, que va legitimando tanto la identidad individual y grupal.

Aunque en el imaginario colectivo, las relaciones entre mujeres aun suelen ser concebidas a partir de ideas que crean y recrean la enemistad histórica entre las mujeres (Lagarde, 1992).

Las experiencias de las mujeres, vislumbran cómo en estos espacios en particular se revierte esta noción, creando relaciones de ayuda mutua entre mujeres en base al reconocimiento de las condiciones de género y clase. De este modo, no solo se resiste a voces que reproducen en el escenario local que estos espacios existen “solo para cahuínear”, “van a puro pelear”, “no hacen nada”. También, se visibiliza como en el proceso de encuentro e identificación con *la* otra, las mujeres van creando un *nosotras*, con quienes se comparte interrogantes, problemas, dilemas y alegrías, desde lo individual a lo colectivo: “*ya no somos compañeras, somos como amigas*” (Yanett, 31 años, presidenta).

La construcción de una identidad colectiva en estos espacios se efectúa de manera discursiva, encarnada en cada mujer. Se materializa en el intercambio de experiencias sobre las desigualdades que experimentan, las que son susceptibles de ser desarticuladas a través de estrategias deconstructivas (Benítez, 2003), por ejemplo, mediante la determinación de espacios y tiempos propios, y estrategias de apoyo colectivo.

Las estrategias de ayuda mutua, son articuladas ante sucesos particulares que acontecen las vidas de las mujeres, especialmente en contextos de necesidad económica, donde el consejo o palabra de aliento se transforma en acción. Aquí las integrantes de la organización despliegan distintas acciones autogestionadas, ya sean bingos, rifas o aportes voluntarios, que permitan la colaboración económica.

*Hay una socia que por cosas de la vida se separo. Entonces, tuvo problemas en su casa obviamente de recursos. Nosotros, sin que ella lo supiera nos organizamos, hicimos una canasta, después le dimos un dinero extra que uno como dueña de casa sabe que es muy necesario de repente una canasta familiar sino que el dinero en efectivo (Mariela, 42 años, secretaria).*

También se generan otras estrategias de apoyo, basados en la organización del acompañamiento personalizado, durante la etapa de crisis o dificultad que vive la integrante de la organización.

*Hacemos una colecta o hacemos una canasta familiar o simplemente vamos así en forma individual a darle ánimo por algún motivo que tenga algún problema. Ahí van las visitas, todos los días, nos organizamos y vamos a ver a las señora, tomamos mate, llevamos nuestras cosas y tomamos once con ella y conversamos, nos reírnos, contamos chistes y le damos mucho más animo (Edith, 65 años, presidenta).*

De tal modo, en las organizaciones de mujeres se conforman lazos de confianza y apoyo, en redes solidarias que contribuyen tanto al fortalecimiento individual como colectivo. A través de una identidad común, como mujeres en el medio rural se construyen relaciones de reconocimiento mutuo, ante la diversidad de interseccionalidades que conforman las identidades femeninas. En ellas, se plantea una alianza existencial y política, cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad con otras mujeres, para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de formas de opresión (Lagarde, 2006), que someten a las mujeres rurales al aislamiento y retraimiento en la vida privada. Así, mediante el apoyo mutuo se logra el poderío, expresado en el día a día, donde se erosiona los moldes tradicionales de la familia rural. Convirtiendo la imposibilidad inicial de resistencia, a una posibilidad concreta y real de acción.

Como hemos visto durante el presente capítulo, la inserción a las organizaciones de mujeres se encuentra ligado a un proceso de reconocimiento de la desigualdad implícita en la vida social, siendo un elemento que impulsa a que las mujeres emprendan acciones individuales para orientar o visibilizar sus condiciones de vida desfavorables y con ello iniciar diferentes estrategias para mejorar esas condiciones de manera colectiva.

En los procesos participativos las condiciones de las mujeres son problematizadas, cimentando la construcción de agencia (autodefinición y autonomía) en la medida que se promueven en los procesos participativos instancias de conocimiento reflexivo. Las mujeres rurales, mediante la toma de conciencia de las situaciones concretas que viven, logran posicionarse en las organizaciones de mujeres como sujetos sociales. Situadas dentro del marco contradictorio entre la independencia y la institucionalización que desafía su

propia legitimación, como efecto de la estrecha relación con la institución local donde parece una extensión del municipio, una especie de cooptación para fines clientelares.

No obstante, puede advertirse que más allá de las tensiones que se despliegan en torno a sus prácticas y posicionamientos políticos, las organizaciones de mujeres han podido trascender a través de la construcción de una *cultura de la mujer* (Gaviola, Palestro y Largo, 1994), encarnado por un *nosotras*, como medio de contestación hacia la individualización de sus necesidades y problemas. De esta forma, erosionan el modelo tradicional, y construyen un nuevo modelo de vida, donde se integra el fortalecimiento de relaciones personales, redes familiares o de amistades, que configuran nuevos vínculos afectivos, rituales y temas simbólicos sobre la concepción del mundo y su conciencia sobre las vivencias de opresión. A partir de estos espacios de participación comunitaria se producen cambios internos en la subjetividad de las mujeres, dirigidas hacia un empoderamiento personal y colectivo, respecto a la posibilidad de constituirse en una agente activa como resultado de su accionar, que va variando de acuerdo a cada situación concreta.

Lo anterior también puede ser leído desde la concepción del *poder como relación social*, respecto al proceso que viven las mujeres para tomar el control de sus vidas e ir logrando cambios en las relaciones sociales, particularmente a nivel familiar y comunitario. Este tipo de empoderamiento es categorizado por (León, 2001) como *suma-positivo*, dado que el poder que posee una persona, incrementa el poder total disponible, permite tanto compartir el poder como favorecer el apoyo mutuo

Por otra parte, desde la lectura feminista realizada por Julieta Kirkwood (2010), es complejo llegar a situar a las organizaciones de mujeres en el espacio rural como una instancia que promueve un cambio sociopolítico, a partir del análisis crítico de los privilegios masculinos y las subordinaciones que viven las mujeres dentro de la sociedad. Si bien, las organizaciones desarrollan lo que la autora considera como punto de partida de *conciencia feminista*, respecto a la expresión de las vivencias concretas de opresión, dialogadas y compartidas entre semejantes en el contexto de reunión y convivencia comunitaria.

No obstante, este punto de partida tiende solo a focalizarse como resistencia al aislamiento y la rutina doméstica, no siendo complejizado desde otros aspectos que posibiliten la contestación o negación de aquello que se interpone en su liberación. En este sentido, la toma de conciencia circunda un camino hacia mayor autonomía, situándose lejana a prácticas de transformación social. Es decir, que el examen que realizan las mujeres sobre la propia condición de género, provoca cambios en los límites de la esfera doméstica - a nivel personal -, no deparando en cambios que implique asumir una subjetividad adversa al patriarcado como forma de rebeldía no solo personal sino también social y político.

Los espacios de participación de mujeres, muchas veces se conforman en un paréntesis en la cotidianidad que involucra el posterior regreso al lugar establecido – la casa – a ocuparse de las cosas de la inmanencia, a la trastienda.

El mundo de la experiencia privada y cotidiana, se vive como una rebeldía individual o un disgusto personal que impulsa la salida del espacio doméstico para disputar espacios y tiempos negados para sí mismas. Sin embargo, esta acción no logra ser amplificada en los procesos colectivos respecto a las diversas formas que asume el patriarcado. La demanda femenina de participación es solo parcial, no incluyendo otras vivencias concretas de desigualdad y discriminación que vayan más allá de la propia percepción personal. En este sentido, como lo expresa Kirkwood (2010) sería importante un proceso de reconocimiento de la condición femenina, que permita el reconocimiento en las otras, para identificarse en una rebeldía social que contenga elementos de universalidad, en el sentido de la búsqueda de nuevos sistemas de valores que transformen la realidad actual.

### **VII. 3. LIDERAZGO COMUNITARIO DESDE LAS MUJERES: SIGNIFICADOS Y VALORACIONES.**

Uno de los elementos que caracteriza a las organizaciones de mujeres tiene relación con la presencia de liderazgos dinámicos que emergen en el accionar de sus actividades. De acuerdo a los conocimientos y experiencias, quien posee un saber ante un aspecto en particular asume espontáneamente el liderazgo ante una determinada actividad, por ejemplo ante el aprendizaje de manualidades. Sin embargo, en el marco de la formalidad en la constitución de las organizaciones comunitarias – personalidad jurídica - , surge la figura de liderazgo encarnada en el rol de dirigente social, ya sea, en el rol de presidenta, secretaria o tesorera, que son elegidas para guiar y representar los intereses y objetivos colectivos, tanto dentro como fuera de la organización.

El rol de dirigente social es asumido a través de un mecanismo de votación directa, que otorga en la persona elegida – automáticamente - una cuota de poder según lo que el cargo implica. Aquel poder legítimo es otorgado por las participantes para ser utilizado en bien de la organización, facultando la función de dirigir, coordinar y orientar al grupo hacia el logro de objetivos y metas comunes. En el proceso de elección por lo general a la persona que es elegida para ocupar un cargo es quien es reconocida por alguna habilidad o comportamiento necesario para hacer realidad los anhelos de la organización.

Como fue señalado en los capítulos anteriores, las protagonistas de la investigación son mujeres con una amplia trayectoria en el rol de dirigente social en las distintas organizaciones comunitarias presentes en sus territorios. Pero, que en las organizaciones de mujeres representan los siguientes roles:

*Tabla 4: organizaciones de mujeres y liderazgo*

<b>Nombre de la organización</b>	<b>Rol que desempeñan</b>
Centro de Acción de la Mujer “Por un futuro Mejor”	Secretaria
Centro de acción de la Mujer “Esperanza”	Presidenta
Centro de Acción de la Mujer “Con un sueño hacia el futuro”	Presidenta

	Secretaria
Centro de Acción de la Mujer “Las Rosas”	Presidenta
Centro de Acción de la Mujer “Flor de la Higuera”	Presidenta
Centro de Acción de la Mujer “Fuerza de Mujer”	Presidenta
Centro de Acción de la Mujer “Las Alegrías del Hogar”	Secretaria
Centro de Acción de la Mujer “Las Camelias”	Presidenta
Mesa de la Mujer Rural “Gotas de Ilusión	Presidenta
	Secretaria
Mesa de la Mujer Rural Hualañé	Presidenta

---

Para efectos de esta investigación, resultó complejo abordar el liderazgo desde todas sus acepciones, puesto que sus ámbitos desbordan el trabajo que aquí se presenta. Por ello, partiremos con la intención de conocer los liderazgos desde su especificidad, es decir, en correspondencia con el entorno donde se desenvuelven las mujeres en el mundo rural. Asimismo, entenderemos que no existen liderazgos abstractos, sino que se encuentran insertos en procesos donde se imbrica lo individual y lo colectivo. De esta manera, nos centraremos en el análisis y reflexión sobre las distintas valoraciones y significaciones que adquiere el liderazgo desde la mirada de las líderes de organizaciones de mujeres en el espacio rural, a partir de cuatro categorías: reconocimiento e influencia, liderazgo en clave femenina ¿continuidad o cambio en la autoimagen de género?, mujer sumisa / líder que no “agacha el moño” y desgaste y tensión del liderazgo comunitario.

### **Reconocimiento e influencia.**

Representar el rol de líder en una organización de mujeres involucra vivir la experiencia de ser parte de un proceso eleccionario, donde participan las integrantes de un grupo que suele estar constituido por un pequeño conjunto de personas – 15 aproximadamente -, que se conocen a nivel personal, se reúnen periódicamente y establecen relaciones de identidad colectiva a partir de la condición de género, clase y territorialidad. En este contexto se elige a una directiva, conformada por una presidenta, secretaria y tesorera, quienes tienen la

misión de representar y guiar los objetivos e intereses colectivos desde la especificidad de los roles asignados.

Llegar a ser dirigente implica experimentar momentos formales, donde cada participante de la organización expresa su postura personal respecto a las personas que reúnen las cualidades para representar al grupo por un periodo de tres años. Aquello se realiza mediante el mecanismo de votación democrática, donde las tres primeras mayorías asumen el liderazgo de la organización. En las entrevistadas, esta etapa ha sido vivida de maneras distintas: algunas se propusieron como candidatas por motivación propia, con la intención de ocupar un cargo; en este grupo se incluyen las fundadoras de las organizaciones. Por otra parte, las demás entrevistadas describen su llegada a la directiva como algo casual, dado que aceptaron la candidatura por solicitud de sus compañeras, solo con la finalidad de completar o rellenar la lista de candidatas ante la carencia de personas interesadas en asumir un rol en la directiva.

No obstante pese a las diferencias en el modo de ocupar un liderazgo, la mayoría de las entrevistadas concuerda en que este momento ha sido un acontecimiento importante en sus vidas, en el que pudieron sentirse reconocidas y legitimadas por personas externas a su familia, en el espacio público. Junto con dicha experiencia, confluyen otros pensamientos que se relacionan con el cuestionamiento hacia sí mismas, sobre la capacidad / incapacidad de habilidades y conocimientos para el ejercicio del rol.

*Cuando te piden que seas candidata, uno de repente dice sí, pero no para quedar en un cargo principal. Pero cuando vas viendo la votación, cuando se ve que uno va sumando y sumando puntitos, como que los nervios empiezan y uno se pregunta ¿cómo lo voy a hacer? ¿Seré capaz? y pucha ¡Voy a tener que ir a reuniones! ¡Voy a tener que ir al Banco! No sé, hay tantas cosas que una no sabe (...) Y uno de repente dice ¿y los niños, la casa, cómo me organizo con tantas cosas? Pero cuando uno quiere, se puede (Yanett, 31 años, presidenta).*

Muchas veces, como lo expresa el relato la idea sobre el grado de capacidad proviene de nociones preconcebidas respecto a lo que el entorno social espera que hagan o no como

mujeres líderes en una organización comunitaria. Conjunto a ello, aparecen las propias inferencias enraizadas en la subjetividad, que van determinando qué conductas, comportamientos y actitudes deben poseer en función del rol que desempeñan. Especialmente, el cuestionamiento sobre sus capacidades y habilidades emerge en aspectos asociados a la eficiencia de su accionar en los distintos dominios en el que se deben desenvolver. Esto quiere decir, por ejemplo contar con habilidades para hablar en público, defender una idea, lograr los objetivos que se plantean, y conseguir compatibilizar aquello con las labores domésticas y de cuidado.

En el fondo, en estas ideas preconcebidas subyace la noción de que las mujeres de una determinada posición social, poseen menor capacidad para ejercer el rol de líder: *“quién iba a pensar que yo, que siempre estaba encerrada en mi casa, sería presidenta de una agrupación”* (Claudia, 53 años, presidenta), *“jamás creí que iba a ser capaz de asumir como presidenta”* (Gema, 42 años, presidenta). En este sentido, las intersecciones de género, clase y territorio van articulando sistemas de valores y posiciones que contiene a las mujeres en una jerarquía social que otorga menor valoración a aquellas capacidades y habilidades que en el orden cultural y simbólico de género se vinculan a lo femenino. No es extraño entonces, que la auto percepción ante el nuevo rol que deben asumir sea de temor o inseguridad sobre las capacidades que poseen.

En el ejercicio del liderazgo la idea de contar con menor capacidad logra en cierta medida ser desplazada por el significado que constituye el reconocimiento de sus pares, tanto en el acto de la elección como en el grado de confianza y apoyo que les expresan sus compañeras: *“Me dieron esa confianza, me dieran esa confianza de, de decir ¡sí, que ella me represente! Fue emocionante”* (Yanett, 31 años, presidenta), *“Sentir el apoyo de todas esas personas detrás de uno, es como el apoyo y la confianza que le tienen a uno”* (Teresa, 40 años, presidenta). De este modo, a partir del reconocimiento que otorga el liderazgo, las mujeres logran desarrollar un nuevo sentido de sí - de identidad - , donde se exploran representaciones positivas de sí mismas. Este proceso de autoconocimiento, también permite la apertura a un tipo de autoconciencia que abre paso al desmontaje de prejuicios sobre cómo debe ser una líder.

El reconocimiento como mecanismo de validación y legitimidad, también es correspondido a otros niveles, fuera de los límites de la organización, en el plano local y regional. En los relatos de las entrevistadas, la validación por parte de las autoridades es un elemento significativo que aumenta la autoconfianza, y autoeficacia en el mundo público respecto a las capacidades para lograr los objetivos que se proponen.

*Volver a creer en mí, ahora puedo desenvolverme en todo ámbito, con todo tipo de personas sin los temores de antes, yo como directiva, yo como dirigente. Todos esto a una le hace fortalecerse a sí misma y a la agrupación ¡Si, nos fortalecemos ambas! (Georgina, 46 años, secretaria).*

Este relato, visibiliza otro componente relacionado con el poder de influencia que poseen las líderes, pues entre las integrantes de la agrupación y las líderes se crea y comparte una atmósfera común de confianza, donde se produce una influencia recíproca, de ida y vuelta. Por ejemplo, las personas líderes influyen estructurando el grupo y contribuyendo en el logro de los objetivos o movilizan a las integrantes del grupo; pero también las personas influyen en la líder concediendo mayor estatus a su posición en el interior del grupo y posibilitando el aumento de la confianza en sí mismas, a través de la legitimidad de su rol.

La influencia hacia la organización y sus integrantes se desarrolla mediante acciones que ayudan a determinar las metas y provocar que el grupo se mueva hacia ellas. Como lo menciona una de las entrevistadas, “Ser una líder es motivar, es inyectar energía, es mover, para que no nos quedemos ahí, estancadas” (Nancy, 46 años, presidenta). Aquello conlleva discursos y prácticas que se orientan hacia tareas en particular, pero que muchas veces también influyen en la creación y mantención de la cohesión grupal.

*Una tiene que tener claras las ideas, saber para dónde va, los objetivos claros, pero también empatía, saber conversar, escuchar. Tenemos que convocar, mantener reunida a la personas por un propósito, atraerlas al grupo para poder lograr lo que queremos (Ingrid, 52 años, presidenta).*

Por otra parte, la influencia de las otras no solo se produce en el interior de la organización otorgando mayor autoconfianza en las líderes, sino que al mismo tiempo puede verse representada la influencia de personas externas a la organización como referentes en la construcción de los liderazgos. En las trayectorias de vida de la mayoría de las entrevistadas ha existido una mujer significativa, a quienes ellas reconocen como referentes, dado que identifican características que consideran importantes para el ejercicio del rol. Estos referentes surgen tanto en el espacio familiar, comunitario y/o público.

En el ámbito familiar, las entrevistadas destacan a otras mujeres que realizan o han realizado similares funciones en el espacio local, es decir antecesoras que son o han sido dirigentas de una organización comunitaria. Dichas mujeres dado su vínculo de cercanía, traspasan en la oralidad y la cotidianidad del accionar colectivo los conocimientos y destrezas para el liderazgo

*En mi todo lo empezó mi cuñada. Ella es bien extrovertida y llevaba un grupo habitacional y bueno yo la veía que participaba pa' allá, pa' acá, Siempre he admirado su energía para hacer tantas cosas a la vez ¿Quizás ahora yo me parezco un poco a ella? (Yanett, 31 años, presidenta).*

Entre las antecesoras y las contemporáneas se aprende de la experiencia de la otra incentivando el ingreso al espacio participativo. Se constituye un nuevo modelo femenino que en cierta medida logra traspasar los códigos de género más allá de lo tradicional, donde se configura un sistema de valores y posiciones en el que las mujeres son protagonistas y su accionar es legitimado por la comunidad.

*La Teresita Riquelme. Ella me enseñó, me decía ¡Claudia dale no mas si tu puedes! Fue un referente, porque al final ella estaba metida en todo (...) Me gustaría ser un poquito más como ella porque yo de repente me choreo al andar pidiendo muchos favores en la Muni o en algún lugar así que ¡venga mañana!, ¡hasta la otra! Pero ella no, golpeaba una puerta y otra, hasta que lo lograba (Claudia, 53 años, presidenta).*

De este modo, tener como referente a otras semejantes también implica otorgar autoridad a las experiencias y conocimientos de las mujeres en forma de respeto y admiración. A las referentes se les rodea de prestigio a través del reconocimiento y validación de las acciones desarrolladas en el ámbito local y de los logros obtenidos mediante su trayectoria de liderazgo. Entre ellas se provoca una especie de cesión de poder que intenta revertir el imaginario de subordinación femenina, entregando de modo simbólico la potestad a otra mujer para dar continuidad a los logros y llenar de valoración los espacios que son parte.

Dos de las entrevistadas, también reconocen como referente a otras mujeres que transitan el ámbito político. En dicho espacio simbolizan el acceso al poder y la tensión que surge en el sistema de estatus cuando se produce una ruptura de los códigos establecidos por el poder patriarcal. Luchar por los derechos y alzar la voz, constituyen características que se identifican en la figura de Gladys Marín como referente para las mujeres.

*La Gladys Marín, la admiraba como mujer, como persona, mujer luchadora, que ella luchaba por lo que ella creía, por la fuerza que ella tenía para ir luchando día a día (...) Siempre fue dando la cara, de frente, y eso a mí me gustaba de ella, que siempre daba la cara y ella expresaba lo que realmente sentía (Mariela, 42 años, secretaria).*

Cuando se logra identificación con las otras, se produce el efecto de no sentirse extrañas en el mundo que les es propio. Así se abre la posibilidad de adquirir y practicar las características de liderazgo visualizadas en forma de objetivo en el desarrollo personal.

*Cuando participamos en un proyecto para reconocer a las mujeres más destacadas del país y la comuna, ella (Gladys Marín) salió como una de las mujeres más destacadas por nosotras. Desde entonces siempre he admirado a esa mujer y siempre lo digo, a mi marido le digo ¡hubiese gustado ser una Gladys Marín! Por su forma de pensar, luchar y decir lo que quiero, y expresar y decir lo que yo pienso (Georgina, 46 años, secretaria).*

En este relato la inspiración de otras mujeres líderes, se ha transformado en un referente para pensarse a sí misma en el papel de representación política, específicamente en la candidatura para concejala de la comuna. Las características percibidas en la imagen

pública de Gladys Marín, en cuanto a la fortaleza y capacidad comunicativa - argumentativa son elementos que incorpora en el discurso y practica en los distintos espacios en los que se desenvuelve.

El poder que brinda el reconocimiento y la influencia en el ejercicio de liderazgo, sirve a las mujeres para convertirse en actrices de sus propias vidas, con capacidad de construirse como sujetos sociales en la búsqueda y construcción de la libertad para sí mismas y en la colectividad de la organización comunitaria. En este sentido, el poder opera mediante un conjunto de poderes para el desarrollo personal y colectivo basado en la cooperación entre las mujeres, expresada tanto en el apoyo, la confianza y el reconocimiento a las experiencias de las otras, convirtiéndose en un proceso en constante expansión. En otras palabras, dicha búsqueda de libertad ocurre en la medida en que las mujeres van revelándose o desafiándose a sí mismas en las interacciones con los demás.

### **Liderazgo en clave femenina: ¿cambios o continuidades en la autoimagen de género?**

Cuando se piensa en una mujer líder es probable que surjan en nosotras la idea de múltiples características para definirles. Algunas se pueden acercar a nociones sobre control y autoridad, mientras que otras se vinculan a lo afectivo y emocional. Al preguntar aquello a quienes lideran las organizaciones mujeres, la respuesta sobre las características o aptitudes auto percibidas tienden a estar relacionadas mayoritariamente con los mandatos de género.

Estas características, en la práctica derivan en comportamientos y actitudes que centran el interés en las personas y en la orientación hacia las metas colectivas, ejerciendo un estilo de liderazgo que se acerca más a lo cooperativo. En este sentido, una de las primeras consideraciones observadas por las entrevistadas tiene relación con el carácter heterogéneo de la conformación de las organizaciones. Si bien, todas comparten una misma identidad de género, se diferencian por otras categorías identitarias: edad, estado civil, nivel de estudios, ocupación, nivel de funcionalidad física y/o mental. Dicha heterogeneidad permite la confluencia de diversas subjetividades con las que deben interactuar las líderes.

*Todas somos muy distintas, tenemos ideales, ideales políticos, ideales religiosos, y no todo el mundo es de la misma tendencia de uno (...) Porque yo no puedo ser igual a la otra persona que piensa diferente a mí, ella me tiene que respetar como yo lo respeto a ella (Carmen, 70 años, tesorera).*

Para el ejercicio del liderazgo, las entrevistadas generan una imagen o representación mental sobre sí mismas, especialmente respecto a las cualidades o habilidades que poseen para abordar tanto las interacciones interpersonales como los objetivos de las organizaciones. Esta autoimagen, es conformada a partir de una serie de ideas socialmente atribuidas a lo femenino, por ejemplo: ser empática, comprensiva, afectiva, cooperativa, intuitiva, etc. Como se desprende de las narrativas de las mujeres, las ideas se basan en los estereotipos de género que determinan una serie de comportamientos que se consideran propias para uno u otro género.

En la percepción de las líderes respecto a sus cualidades en el ejercicio de este rol en particular, se destaca en primer lugar la capacidad de comprensión y aceptación de los distintos puntos de vista de las integrantes de la organización. En cada espacio confluyen diversas subjetividades que en la interacción cotidiana provocan encuentros y desencuentros entre las líderes y sus compañeras, aquello se expresa en cuestiones relativas al ámbito personal, social y/o político. Esta cualidad es descrita como tolerancia y respeto a las opiniones, ideas o actitudes de las demás: *“tengo tolerancia, para poder tratar con las demás, porque te encuentras con una serie de personas en el grupo, que no tienen el mismo carácter” (Nancy, 46 años, presidenta).*

También se identifica la capacidad de empatía como un mecanismo de interacción social. La capacidad de ponerse en el lugar de la otra, se convierte en una cualidad que en la práctica permite a las líderes percibir, compartir y comprender lo que las otras pueden estar sintiendo.

*La empatía, para mí es ponerse en el lugar de la otra persona, no ser dictadora porque un líder si usted hace que un grupo trabaje en conjunto, en equipo todo es mejor, todas van a la par hacia un mismo objetivo. Pero si uno se pone en tema dictador y en exigir*

*demasiado no va a lograr, uno como líder siempre se debe poner en lugar de la otra persona (Teresa, 40 años, presidenta).*

En este relato, la capacidad de comprender a la otra se posiciona como un elemento que posibilita orientar a la organización hacia un objetivo colectivo “*todas van a la par hacia un mismo objetivo*” (Ingrid, 52 años, presidenta). Así también, constituye un modo de subvertir el estilo de liderazgo autocrático, es decir la conformación de un modo de relación donde la persona que lidera toma las decisiones que afectan el funcionamiento del grupo, esperando que las demás las sigan independiente de las percepciones individuales. Este estilo se posiciona en congruencia con el estereotipo masculino. Pero desde la mirada de las entrevistadas el autoritarismo es un comportamiento de menor valoración, que más que aportar en el funcionamiento del grupo, provoca disgregación y conflictos en las interacciones intragrupalas.

*Todas no pensamos de la misma manera, todos no actuamos de la misma manera, entonces si yo no empatico que la otra persona puede que ande de mal humor, entonces vamos a tener conflictos. Si yo no me pongo en el lugar de ella, vamos a tener un choque, un roce y las cosas no van a funcionar (Carmen, 70 años, tesorera).*

Otra cualidad enunciada en los relatos tiene relación con la responsabilidad ante el rol que ejercen en la organización. Esta cualidad es percibida como la capacidad en virtud de guiar el accionar colectivo, tanto en la toma de decisiones como en el cumplimiento de los objetivos que se espera alcanzar. También, involucra asumir las consecuencias de los aciertos y desaciertos “*porque al final la responsabilidad es de la cabeza*” (Nancy, 46 años, presidenta), respondiendo ante quien corresponda en cada momento.

*Creo que tengo un carácter apropiado para mi institución, que me sirve para seguir guiando esto, con la responsabilidad de ser la persona que está al frente, porque al final la responsabilidad es de la cabeza. Entonces hay que saber guiar bien esto (Teresa, 40 años, presidenta).*

Por último, en un espacio secundario se identifica el sentido del humor y la actitud positiva como característica que posibilitan a la líder mantener un estado de ánimo favorable entre las integrantes del grupo, tanto para el desarrollo de las actividades como para las interacciones coloquiales. En este sentido, ser líder significa tener carisma y la capacidad de poner un toque divertido a la realidad, a través de una interpretación positiva de las experiencias que se viven a nivel personal y grupal.

*La alegría, yo siempre llego al grupo con unas tallas, yo siempre llego con algo para alegrar el día, porque a veces uno ve que la chiquillas llegan bajoneadas (...) Siempre alegre, siempre sonriente, yo creo que mi mejor cualidad que tengo es ser alegre y transmitir a las chiquillas un modo de ver la vida positivamente (Rosa, 73 años, secretaria).*

Como hemos visto, las características autopercebidas por las entrevistas se conforman dentro del marco del estereotipo femenino, que recoge las particularidades de las mujeres y el espacio de participación donde se desenvuelven, que adscritos a los límites de lo socialmente establecido se relacionan de manera más cercana con la práctica de habilidades y capacidades que implican el cuidado y atención hacia las demás enfatizando en las interacciones humanas. En este sentido, reivindican y ponen en valor sus cualidades de liderazgo, reposicionando este rol como un espacio que permite el aumento de la confianza en sí misma, desarrollan la capacidad comunicativa y argumentativa, fortalecen la capacidad de resolución de conflictos y la generación de redes o equipos colaborativos.

### **Mujeres sumisas / líderes que no “agachan el moño”**

En las trayectorias de participación y liderazgo emergen distintas transformaciones de género que conforman una especie de espiral que avanza y retrocede de acuerdo a las circunstancias que deben sortear. Aunque a la base de las percepciones de las entrevistadas se devela una continuidad del estereotipo femenino, en el trascurso de la participación y dirigencia comunitaria las mujeres van construyendo nuevos procesos subjetivos, que son evidenciados como un quiebre que pasa a formar parte de un antes y un después. En este contexto, el antes hace alusión a llevar una vida común y corriente limitada al espacio

doméstico y las labores de crianza y cuidado, y un después que se manifiesta en la incorporación a los espacios de participación comunitaria, siendo percibido como un proceso aún inacabado.

*Antes yo decía ¡no yo no voy a ser capaz! Pero ahora no, eso ha cambiado. Ahora me desafío día a día y me digo ¡nadie nació sabiendo, puedo aprender lo que sea! (Yanett, 31 años, presidenta).*

La práctica de liderazgo desencadena efectos a nivel social e individual, particularmente mediante el aprendizaje o fortalecimiento de nuevas habilidades que aumentan la percepción de confianza en sí mismas. En este sentido, el apoyo de la comunidad constituye una influencia positiva a nivel psicológico en el ámbito del autoconcepto y el autoestima, los cuales se convierten en una vía importante para el bienestar individual, y que a la vez crea las bases para la superación de temores e inseguridades que alberga la posición de liderazgo.

Uno de los cambios que han experimentado las líderes tiene relación con superar por ejemplo la timidez de hablar en público “pedir la palabra, opinar sobre el tema que se esté conversando” (Yanett, 31 años, presidenta); “ser dirigente, ya eso requiere que no solamente uno participe sino que también tiene la palabra”(Gema, 42 años, presidenta). Poseer la palabra y expresar ideas o sentimientos es resultado de la subversión al silenciamiento que socialmente han sido desplazadas las mujeres, es decir, a permanecer calladas porque le han dicho que no pueden o no saben. De este modo, hablar implica un esfuerzo importante, significativo y valioso que eleva la confianza de quienes históricamente se han encontrado sujetas a ser controladas y excluidas de dar opinión.

*Yo era muy callada, muy callada, hablaban y yo callada, pero con la experiencia de ser presidenta, como que agarre personalidad (...) yo antes me decían algo y yo como que me quedaba callada o me ponía a llorar. Ahora yo puedo preguntar, o yo puedo decir cualquier cosa, o puedo hacer cualquier cosa (Mariela, 42 años, secretaria).*

Silenciar y hablar se expresa como una transformación que demarca un camino entre un antes y un después; un antes que es expresado en callar, pasar piola o parecer sumisa, no solo en circunstancias donde expresar sus ideas y sentimientos sino también donde defender sus derechos tanto en el ámbito privado como público *“cuando me decían algo nunca me podía defender, siempre me quedaba callada y me ponía a llorar”* (Claudia, 53 años, presidenta). Mientras que el después emerge en la imagen de *no agachar el moño*, que simboliza la subversión que otorga valoración a sus opiniones, convirtiéndose en un mecanismo para hacer valer sus derechos.

*Antes trataba de pasar muy piola, que si alguien me decía que ¡tú estás mal!, ¡tienes que salirte de ahí!, era como muy pollito, para no decir la palabra tonta. Pero ahora no, la Tere de ahora no es la Tere de antes. Ahora no agacho el moño, no tengo porque aguantar que me falten el respeto. Ahora cambie el chip, los tiempos de ahora no están para que uno agache el moño, se deje humillar* (Teresa, 40 años, presidenta).

La capacidad de expresar las convicciones, se amplifica desde el ámbito comunitario al espacio privado. De este modo, surgen modificaciones en las relaciones intrafamiliares, tanto con los cónyuges como con los hijos/as, quienes identifican los cambios producidos en las entrevistadas y en ocasiones realizan juicios o reclamos ante aquello *“mis hijos a veces me dicen ¡mi mamá desde que se empezó a meter en estas cuestiones (organización de mujeres), ahora no la calla nadie!* (Claudia, 53 años, presidenta). A la vista de los relatos, se evidencia que este proceso no se presenta exento de tensiones ni conflictos ante las transformaciones en las posiciones que ocupan las mujeres líderes en el ámbito familiar.

*Antes a lo mejor el marido me decía una cosa y me quedaba calla’. Pero ahora no, ahora uno se defiende po’ Vero* (investigadora). *Ahora me siento con la obligación de decirle a mi marido lo que pienso y no quedarme ahí callada* (Nancy, 40 años, presidenta).

La libertad de expresión que ahora poseen en los distintos ámbitos en el que se desenvuelven, tensionan las relaciones familiares tradicionales especialmente en el ámbito de género donde la configuración masculina tradicional instala la idea que cuando el *“hombre de la casa manda, el resto de la familia obedece”* (Nancy, 40 años, presidenta).

Así también, se provoca el cuestionamiento sobre otras prácticas imbricadas en la estructura familiar, que establecen ciertos comportamientos y labores que se espera que las mujeres realicen.

*Mi marido es súper machista. Es de esos hombres que llega a la casa y tú tienes que tenerle la mesa servida (...) Estar en el grupo me ha servido, porque de repente mi marido sabe que yo el día viernes no lo tengo disponible. Él antes cuando recién empezamos (en la agrupación) llegaba y estaba sentado aquí esperando no más po´ que llegara uno. Ahora no po´, él sabe que el día viernes, como te digo, es para nosotras, ahora cuando llego él tiene la mesa puesta y se sirve solo (Yanett, 31 años, presidenta).*

En los relatos se logra develar cómo la construcción de la subjetividad se encuentra en un devenir constante. En los distintos espacios en los que se desenvuelven las líderes buscan desprenderse de lo impuesto y reconstruirse a partir de nuevas prácticas y discursos que conforman la constitución de sí mismas. En este mismo sentido, *no callar* se conecta con la apertura de la cerradura que abre las posibilidades para el fortalecimiento del habla argumentativa, es decir, la capacidad de tener confianza en lo que se está diciendo para poder transmitirlo a las demás. Aquello, no solo ofrece la oportunidad de aumentar la autoestima individual, sino también fortalecer el accionar comunitario en el ámbito público para la satisfacción de necesidades colectivas, ya sea para *“Hablar con alguna autoridad para defender los derechos de uno y las compañeras”* (Georgina, 46 años, secretaria).

En la experiencia de una de las entrevistadas, hablar y argumentar ha sido llevado a niveles fuera del espacio local. Específicamente, la siguiente narrativa nos sitúa en una circunstancia poco común para las mujeres en el mundo rural, y que tiene relación con la oportunidad de expresar las demandas de la comunidad a la máxima autoridad nacional, al Presidente de la República.

*Me dijeron ¡Ud. es la afortunada y la única mujer que va de la comuna de Hualañé a un almuerzo con el presidente Piñera a Talca! (...) En la mesa, en el momento de la ronda de preguntas al presidente, yo me paro, lo saludo y le comento que en ese tiempo estábamos nosotros con el problema de la antena (de telefonía móvil), que hacía mucha falta, porque*

*nosotros teníamos hijos afuera que estaban estudiando y no sabíamos de ellos en toda la semana, solo llegaban los fines de semana, que no teníamos como comunicarnos en emergencia, con adultos mayores, le explique todo el tema. También le hable sobre el camino, el pavimento de Parronal a Lolol, se está diciendo hace más de dos años que ya viene y que no pasa nada (...) Entonces yo no tengo problema en preguntar a nadie, a nadie (Georgina, 46 años, secretaria).*

Poder discutir y expresar las ideas a quienes toman las decisiones, conlleva la posibilidad de decir, de afirmar, de colocar sus necesidades y las necesidades de otras fuera del espacio comunitario, es decir, frente a autoridades representando a las organizaciones en el planteamiento de demandas colectivas. De este modo, la defensa y expresión de la propia perspectiva adquiere un valor muy importante en el autoconcepto de las mujeres porque como ha sido develado en las narrativas, muchas veces es la palabra el principal recurso de inserción en el mundo público.

Otro aspecto que es percibido como un cambio es el poder de la información, tanto información sobre políticas públicas: beneficios y/o tramites, como en temáticas más generales a partir de talleres y capacitaciones en la que participan en la posición de dirigente social. Aquello, de acuerdo a las narrativas otorga a las mujeres una mayor eficacia en el mundo público, esto quiere decir la percepción de contar con las capacidades necesarias para lograr los objetivos que se proponen.

*Ahora yo tengo el conocimiento de ir a buscar la información (...) con eso yo he ido creciendo como mujer, creciendo como persona y desde esa forma también ha ido creciendo el grupo (Ingrid, 52 año, presidenta).*

Asumirse capaces de modificar su entorno, conlleva para las mujeres una forma de desarrollo a nivel personal y colectivo, donde se conjuga el discurso a través de la palabra y la acción mediante la puesta en práctica de los nuevos recursos – información y conocimientos – adquiridos.

*Tengo conocimientos nuevos sobre donde más poder llegar donde poder hacer algo. Eso me ha hecho más empoderada, tengo otros conocimientos porque uno va a las capacitaciones que va con más conocimiento, aprende, entonces eso lo hace uno decir empodera, decir tener conocimiento, no pa´ decirle a la otra ¡yo sé más que tú, no, decirle para uno como desarrollo (Georgina, 46 años, secretaria).*

Es importante destacar que estos cambios en la identidad de género incluyen elementos más cercanos a los considerados masculinos y que tienen una estrecha relación con el desarrollo de habilidades instrumentales que propician el logro de sus objetivos de la organización. Es decir, habilidades que se orientan a los objetivos, sin excluir el centro en las personas. De este modo, las mujeres van en la búsqueda de libertad y de capacidad de construir una voz propia que otorga sentido a la participación y el liderazgo, dando paso a nuevas formas de relacionarse, de ser y vivir.

En este proceso constante y dinámico, el liderazgo se constituye en una relación, que es posible en el horizonte de las interacciones, en las que las prácticas llenan de sentido los significados que orientan el quehacer de las mujeres líderes, y por ende, logran ser comprendidas como parte de un tejido social que se encuentra en constante transformación. A partir del pliegue que sucede entre lo individual y lo colectivo, el liderazgo de las mujeres va creando vínculos intersubjetivos que re-significan lo establecido por el orden social, rompiendo en cierta medida lo que estaba naturalizado.

### **Desgaste y tensión del liderazgo comunitario**

Las mujeres desde que asumieron el rol de dirigentas, han vividos procesos que involucran diversos aprendizajes, no exentos de nudos problemáticos que han debido sortear, tanto en el ámbito personal como en la interacción con las participantes de la organización. Una de las dificultades que comúnmente emergen en las trayectorias de liderazgo, tiene relación con el nivel de exigencia hacia los resultados esperados por la comunidad. En la práctica aquello es evidencia en un alto nivel de responsabilidad, de permanecer presentes e

informadas sobre lo que ocurre al interior de grupo, como una sujeto omnipresente del espacio comunitario.

*Lo más feo que uno tiene que pagar platos rotos que uno ni ha roto, le dicen ¡ah no que es culpa de la presidenta que pase esto!, ahora mismo la rendición de las cuentas, le echan la culpa a la presidenta, pero yo por mis manos no pasa dinero (Teresa, 40 años, presidenta).*

Como se describe en la narrativa, liderar conlleva enfrentar conflictos sobre todo en un ámbito del manejo de dinero. Este asunto, aunque es una responsabilidad de la tesorera de igual modo se exige a las presidentas ser parte de la solución. La figura omnipresente en este sentido se imbrica no solo con la presencia simbólica sino también en la acción directa. En la experiencia de las entrevistadas, lo anterior es un requerimiento urgente y reiterado en las organizaciones comunitarias. Sin embargo, la fragilidad de los reglamentos y estatutos internos, no brindan herramientas concretas para facilitar el seguimiento y control de estas problemáticas, ni tampoco existen procesos educativos donde aprender el manejo y control de finanzas y otros conocimientos y habilidades, quedando solo en manos de la experiencia y honestidad de la directiva y particularmente las tesoreras. Aquello se convierte en un elemento que estresa a las dirigentas una y otra vez, pero en mayor medida en los primeros años en el cargo.

*Me toco duro un año, por un proyecto grande. Yo creo que me faltaba el conocimiento de saber que un proyecto cual sea, uno lo tienen que rendir hasta el último peso y es muy delicado sobre todo el FOSIS es muy delicado. Los fondos públicos grandes son muy delicados uno firma un pagaré (...) En un momento me pidieron que renunciara por eso por la plata, pero me negué. Dije que saben que mientras no rinda hasta el último peso no voy a renunciar (María, 62 años, presidenta).*

Este tipo de circunstancias generan frustración y desgaste, no solo porque las enfrenta a la inseguridad sobre sus capacidades personales para este rol, sino también porque significaba para ellas no poder dar respuesta a la confianza y apoyo entregada por sus pares al momento de la elección como dirigentas.

Por otra parte, en ocasiones les es sumamente desgastante enfrentar la falta de compromiso de las integrantes de la organización hacia los objetivos colectivos “*a veces el peso es mucho para una*” (Nancy, 46 años, presidenta). En ocasiones, la participación o capacidad de convocatoria a las actividades o reuniones recae únicamente en la presidenta, quien debe citar casa por casa.

*Cuando llega el momento de trabajar y se presentan 5, habiendo 20 personas y después todas aparecen en momento cuando llega algo o viene alguien, ahí están todas. A lo mejor no sienten el mismo compromiso de uno, porque uno sabe que aquí todas o están con los pollos, los animales, los maridos, los niños, entonces a veces no está el tiempo, o a veces simplemente no le avisaron, porque si bien es cierto hoy día tenemos un whatsapp de todas las socias, pero no todas tienen whatsapp ósea hay que ir a avisarle y de repente a uno se le olvida* (Georgina, 46 años, secretaria).

En este relato se desprenden dos elementos, por una parte el asistencialismo instalado en las practicas comunitarias, donde los beneficios obtenidos mediante la participación: entrega de materiales para manualidades, celebraciones o beneficios por parte de la municipalidad, están por sobre el compromiso a los objetivos comunes. Así también, es posible evidenciar los múltiples roles que presentan las mujeres en el espacio rural, donde a las tareas de cuidado y crianza, se suman las labores para el auto sustento: huertos y crianza de animales, los emprendimientos vinculados a lo agrícola o artesanías y la participación en el espacio comunitario.

*Para alcanzar a hacer todo, dejo cocinado antes de salir. Hago todo antes de salir, o sea, eso quiere decir que preparo a los niños se van al colegio en la mañana, se levantan como a las 7:00 y ahí yo no me acuesto. No me voy otro ratito a acostar, sino que como la palabra lo dice “dueña de casa”, uno se tiene que organizar y si quiere hacer estas cositas para que no la pille el tiempo po’, no se po’, dejo lo básico hecho, que se yo, el almuerzo, un poquito de aseo. Después cuando uno vuelve ya tiene toda la tarde como para seguir organizándose con los niños, tareas, bueno Y un sinfín de cosas que hay que ocuparse* (Yanett, 31 años, presidenta).

En el ejercicio de liderazgo y la participación, las mujeres no dejan de realizar las labores socialmente asignadas, sino al contrario, a estas actividades se suman al quehacer comunitario. El triple rol señalado por Mosser (1995) donde el rol reproductivo se entremezcla con lo productivo y comunitario, provocando un desgaste invisible, tanto físico como emocional. Las mujeres para cumplir con el triple rol generan estrategias o malabares para organizar sus tiempos y responder a las necesidades de la familia y la comunidad. Pero a la vez, quita o niega los tiempos propios para el descanso y el ocio.

*Para organizarme, solamente acostarme más tarde y dejar organizado para el día siguiente. Al día siguiente levantarme temprano para seguir organizándome, nada más que dormir menos. Pero todo eso me trajo muchas recompensas con mis hijos, porque a pesar de todo, yo creo que, uno se siente realizada como mujer en las organizaciones, pero también me siento realizada personalmente con mis hijos (Georgina, 46 años, secretaria).*

Participar y liderar, no significa una disminución de responsabilidades o labores, sino al contrario suma una carga de trabajo más. Se presenta una paradoja desde la perspectiva temporal y material, que se produce toda vez que las mujeres obtienen espacios para sí mismas, produce una sobrecarga de labores que desgastan física y emocionalmente.

## **PUNTOS DE LLEGADA: CONCLUSIONES Y REFLEXIONES FINALES**

Sólo hace unos años atrás, reflexionar sobre las formas de organización en el medio rural era una tarea que inevitablemente chocaba con el resabio de una etapa tormentosa de la dictadura cívico-militar. Esta historia, en cierta medida anulaba las propias complejidades actuales, sujetando la participación comunitaria de las mujeres a la historia de los CEMA-Chile. Así también, se presenta el efecto contradictorio que trajo consigo la modernización en el espacio rural, donde las investigaciones tendieron a acentuar la mirada en el progreso material (condiciones tecnológicas y económicas para mejorar la calidad de vida) y los cambios en los modos de vida, desplazando el foco de atención de los sujetos colectivos que lograron permanecer, y fueron constituyéndose en un improbable sujeto hablante.

El presente de las organizaciones en el espacio rural, no parece un tema tan curioso de estudiar ni tan simbólico para detener la mirada. Sin embargo, el aparente aletargamiento de la participación comunitaria provocada por las consecuencias culturales del neoliberalismo, respecto a la potenciación de la lógica individualista y la falsa idea que el esfuerzo individual es el mejor camino para lograr éxito en la vida, disminuye su credibilidad en la experiencia encarnada de las mujeres que participan de esta investigación, quienes han ido instalando espacios colectivos para las mujeres en sus comunidades como mecanismo de fortalecimiento del tejido social. De este modo, desde una mirada crítica de género nos acercamos de un modo comprensivo e interpretativo a las percepciones que las mujeres construyen en torno a este tipo de participación, resaltando aquellos elementos y procesos subjetivos e intersubjetivos, más que hacer un análisis macrosocial de su actuar. El propósito ha sido precisamente relevar la voz de estas mujeres que representan a una parte del espacio rural.

Como vimos en los antecedentes, la participación comunitaria resurge en la escena nacional a partir de la década de 1990. Desde entonces, la articulación entre el Estado y la sociedad civil se configura en el desplazamiento de lo político por la metas de gobernabilidad (Delamaza, 2011). Sin embargo, aquello se pone en discusión en los resultados abordados en el primer capítulo. A partir de las trayectorias de participación se visibiliza la existencia

de distintos dispositivos comunitarios impulsados por la comunidad – desde abajo –, para el mejoramiento de las condiciones de vida, tanto material como simbólica. Junta de vecinos, centros de padres, madres y apoderados y club deportivos conforman una vía colectiva para quienes se encuentran marginados, para desarrollar capacidades de autogestión ante las condiciones de pobreza y aislamiento. No obstante, la creación de las organizaciones comunitarias en base a una lógica institucional se encuentran sujetas a lo dispuesto por la legislación vigente, que otorga reconocimiento – desde arriba – a través de la constitución de las personalidades jurídicas y el establecimiento de mecanismos de interlocución con la autoridad política. Esta contradictoria relación entre dependencia / autonomía se tensiona cuando el carácter tradicional de las organizaciones bordea los límites de la dependencia, al responder a dinámicas institucionalizadas tanto en su creación como funcionamiento, que tiende a limitar y condicionar la autonomía, que se puede ver reflejado en procesos de cooptación y burocratización que instrumentalizan la participación.

En este escenario contradictorio, el espacio vecinal se ubica como protagonista del accionar comunitario. Este lugar es privilegiado dado que las personas están más cerca, siendo incrementadas las posibilidades de coherencia entre necesidades y decisiones (Serrano, 1998). Aquello es ratificado por las mujeres, quienes consideran que las acciones comunitarias logran incidir positivamente en la vida de sus localidades – lo vecinal -. No obstante, su alcance es limitado. Aunque las organizaciones comunitarias logran constituirse en un referente legítimo, quedan muchas veces al margen a la hora de incidir fuera de los límites vecinales. Este fenómeno se reproduce en el liderazgo, puesto que aunque existe un alto porcentaje de mujeres que lideran el espacio vecinal, ello no es reflejado en la participación política: en la comuna de Hualañé existen cientos de líderes mujeres, pero ninguna es concejala, alcaldesa u otro cargo de dimensión política.

Tratándose de mujeres rurales, vale destacar la dimensión espacial de la participación para dar cuenta de los procesos de visibilidad en el espacio público y sus luchas por enfrentar las limitaciones que las distancias geográficas imponen a las residentes del campo. De acuerdo con los hallazgos, la dimensión espacial, en la medida que alude a la distinción público y privado, constituye el eje de tensión de los procesos participativos. Por un lado, las mujeres

se encuentran en condiciones de subordinación, recluidas en el ámbito privado y algunas veces sin vínculos significativos con el exterior. Por otro, surgen tensiones cuando ingresan al mundo público asumiendo el rol de socias y dirigentas, a la vez que la significación de estos roles se mediatiza por los papeles de madres y esposas.

En el flujo entre la casa y la calle se crea un espacio intermedio que se ubica *entre* la clásica dicotomía público / privado. Es decir, que el espacio vecinal no constituye ni uno ni lo otro, ni público ni privado. De este modo, los límites que antes eran rígidos ahora se vuelven difusos y movilizan los trazados tradicionales de interior / exterior. En palabras de Arendt (1992), este espacio intermedio es explicado bajo la denominación de esfera social, que en contraste a la esfera pública se encuentra más próxima y afectivamente vinculadas a las mujeres. Sin embargo, la salida de las mujeres de la esfera privada es posible, pero siempre sujeta a cuestiones del ámbito de las necesidades materiales o afectivas de las familias y comunidad.

De acuerdo a lo anterior, se confirma que la participación de las mujeres mantiene una retórica conservadora que opera dentro de una matriz que establece distinciones de género. La participación impulsa la expresión pública de las mujeres desde el espacio ocupado por la madre, con fines utilitarios para mediar y contener las demandas de la familia al Estado.

Las prácticas participativas que se desarrollan en el espacio vecinal, son motivadas por tres dimensiones: material, relacional y altruista. Cada una de ellas, opera como causa y efecto en el fortalecimiento de la identidad femenina - madres, esposas y dirigentas -. En el rol de dirigentas sociales, las mujeres asumen como gestoras de bienestar social de la familia y la comunidad. No obstante, dicho servicio voluntario es contradictorio, puesto que mientras provoca gran satisfacción social en su ejecución, va reafirmando la identidad femenina – ser para otros/as -, en el sentido que expresa Lagarde (2015) respecto al volcamiento hacia el bienestar y cuidado de otros/as, y el congelamiento de la propia individualidad. Es decir, que la participación de las mujeres se dirige al bienestar de los demás por sobre el bienestar de sí mismas.

Sacrificar algo propio para el beneficio de los demás, pasa a ser parte de la subjetividad de las mujeres, que deja en lo oculto los niveles de sobrecarga física y mental que conlleva la polifuncionalidad y la inexistencia de horarios y honorarios. La experiencia de participación y liderazgo refleja un triple rol, como madres-esposas, trabajadoras y dirigentes sociales que realizan simultáneamente el rol reproductivo, productivo y comunitario (Mosser, 1995). Esta invisibilidad, se basa en la falsa idea que las mujeres tienen más tiempo libre, por lo que se ignora el desgaste físico, emocional y los malabares que realizan con sus tiempos para responder a las necesidades de la familia y la comunidad.

La adscripción social y cultural de los roles de género resulta ser tanto restrictiva como permisiva. Por una parte, facilita desarrollo de nuevas habilidades y aumenta la percepción de autoeficiencia en el mundo público; pero por otra parte, no evita que las mujeres vivan situaciones de discriminación, desvalorización o exclusión, cuando sus acciones no son coherentes con la norma social. La contradictoria dinámica de inclusión – exclusión envuelve la presencia y participación femenina especialmente en aquellos espacios no tradicionales – clubs deportivos -, donde la ruptura de la norma social es castigada a través de expresiones de discriminación.

No obstante, la participación en organizaciones de mujeres expuesta en el segundo capítulo, demuestra un desplazamiento en el que *ser para otros/as* se transforma en *ser para sí mismas*. En este sentido, se posiciona en como eje central de la participación el bienestar personal y colectivo de las mujeres por sobre los intereses familiares o comunitarios. De este modo, a partir del reconocimiento de la desigualdad implícita en sus vidas, en torno a la ausencia de tiempos y espacios para sí mismas, las mujeres crean espacios colectivos para emprender acciones individuales que permitan la construcción de agencia (autodefinición y autonomía) y relaciones de apoyo mutuo.

Puede advertirse que más allá de las tensiones que se despliegan en torno a las prácticas y posicionamientos políticos para la transformación social, las organizaciones de mujeres han logrado trascender en el tiempo reproduciendo una *cultura de la mujer* (Gaviola, Palestro y Largo, 1994), en la que se encarna un *nosotras* como medio de contestación a la

individualización de las necesidades y problemas sociales. De esta forma, erosionan el modelo tradicional y construyen un nuevo modelo de vida, donde se integra el fortalecimiento de las relaciones personales, redes familiares o de amistades, que configuran nuevos vínculos afectivos, rituales y temas simbólicos sobre la concepción del mundo y su conciencia sobre las vivencias de opresión en colectividad. A partir de estos espacios de participación se producen cambios en la subjetividad de las mujeres de empoderamiento personal y colectivo, que abre las posibilidades de constituirse en agentes activas en su accionar.

Por tanto, la participación desaloja las nociones que representaban a estos espacios como instrumento político, a partir de políticas asistencialistas y de adoctrinamiento basado en valores y roles tradicionales que reforzaban la subordinación femenina. El disciplinamiento femenino que caracterizó al periodo autoritario en base al binomio mujer / patria es desplazado por la búsqueda de autonomía, una forma de rebeldía personal ante los cautiverios que representa el espacio doméstico. Sin embargo, la participación como disputa al aislamiento y la rutina se posiciona a los márgenes de las prácticas de transformación social respecto a las condiciones de género, es decir, como rebeldía colectiva hacia el patriarcado.

Por otra parte, partir de los resultados expuestos en el tercer capítulo se pone en discusión la categoría de liderazgo femenino a partir de las experiencias de las mujeres que lideran organizaciones comunitarias. En este contexto, las autopercepción sobre las características de liderazgo tienden a ser coherentes con la identidad femenina, es decir ligada a lo afectivo más que orientada a las metas. Sin embargo, se evidencia que los estereotipos femeninos asociados a la empatía, colaboración, comprensión, son desbordados en las prácticas comunitarias de acuerdo a las necesidades que plantea el contexto donde se desenvuelven. Esto quiere decir por ejemplo, que se producen transformaciones en la autoimagen de género mediante prácticas y discursos vinculadas a los estereotipos masculinos, como el desarrollo de habilidades expresivas y argumentativas, y la autoeficiencia en el espacio público. Con ello, la realidad de las vivencias demuestra un alejamiento a la mirada esencialista que supone una superioridad femenina en el ámbito del liderazgo comunitario.

El poder que brinda el reconocimiento y la influencia en el ejercicio de liderazgo, sirve a las mujeres para convertirse en actoras de sus propias vidas, con capacidad de construirse como sujetos sociales en la búsqueda y construcción de la libertad para sí mismas y en la colectividad de la organización comunitaria. Asimismo, el liderazgo logra constituirse en una influencia positiva a nivel psicológico en el ámbito del autoconcepto y autoestima. Una vía importante para el bienestar individual, que a la vez crea las bases para la superación de temores e inseguridades que alberga la posición de liderazgo para las mujeres. En este sentido, se evidencian dos elementos que grafican este proceso, el primero se relaciona con alzar la voz y el segundo se vincula al acceso de la información.

Poseer la palabra y expresar ideas o sentimientos es resultado de la subversión al silenciamiento que socialmente han sido desplazadas las mujeres, es decir a permanecer calladas porque le han dicho que no pueden o no saben. De este modo, hablar implica un esfuerzo importante, significativo y valioso que eleva la confianza de quienes históricamente se han encontrado sujetas a ser controladas y excluidas de dar opinión. Del mismo modo, *no callar* se conecta con la apertura de la cerradura que abre las posibilidades para el fortalecimiento del habla argumentativa, es decir, la capacidad de tener confianza en lo que se está diciendo para poder transmitirlo a las demás. Aquello, no solo ofrece la oportunidad de aumentar la autoestima individual, sino también fortalecer el accionar comunitario dirigido hacia las metas colectivas.

En este sentido, el poder que implica lidera opera mediante un conjunto de poderes para el desarrollo personal y colectivo basado en la influencia y reconocimiento, expresado tanto en el apoyo, la confianza y el reconocimiento a las experiencias de las otras, convirtiéndose en un proceso en constante expansión. En otras palabras, las mujeres van revelándose o desafiándose a sí mismas en las interacciones con las demás.

En este proceso constante y dinámico, el liderazgo se constituye en una relación que es posible en el horizonte de las interacciones que llenan de sentido los significados que orientan el quehacer de las mujeres líderes. A partir del pliegue que sucede entre lo

individual y lo colectivo, el liderazgo de las mujeres va creando vínculos intersubjetivos que re-significan lo establecido por el orden social, rompiendo en cierta medida lo que estaba naturalizado. El ejercicio del liderazgo logra desarrollar un nuevo sentido de sí - de identidad - , donde se exploran representaciones positivas de sí mismas en el marco de la especificidad del rol que ejercen. Este proceso de autoconocimiento, también permite la apertura a un tipo de autoconciencia que abre paso al desmontaje de prejuicios sobre cómo debe ser una líder.

En este sentido las líderes comunitarias se autoperciben en formación desde la acción práctica donde el quehacer va determinando sus capacidades. El liderazgo como relación social se encuentra sometido a dinámicas y tipos de poder que hacen parte del universo simbólico de lo social. El liderazgo se configura como una de las formas en que el poder se manifiesta en la realidad social, pero que escapa de los vínculos tradicionales de dominación y subordinación que diluyen la figura de liderazgo autoritario por relaciones de cooperación. Es decir, se aleja de las visiones tradicionales que reducían el liderazgo a un ejercicio de autoridad y poder basado en el culto a una persona.

Por último, es para mí necesario evidenciar que organizar las ideas que se plantean en esta investigación, no fue tarea fácil, puesto que mi conocimiento situado interactúa tanto con una historia familiar, donde mi madre y abuelas mantuvieron una participación activa en organizaciones de mujeres. Así también mi propia experiencia personal, en la interlocución con organizaciones de mujeres en el espacio rural. Retratar y analizar los relatos de las entrevistadas me hizo reflexionar sobre las propias vidas de las mujeres con quienes comparto día a día, e interpelar mi propia acción como trabajadora social, en tanto, me veo representada en una figura histórica que promovió la participación comunitaria, cumpliendo el rol de mediadora entre las mujeres y el Estado. Con ello, surgen un sinnúmero de cuestionamientos y dudas que creo importante que se seguir desarrollando y desarticulando en futuras investigaciones desde una perspectiva ética y política feminista. Por ejemplo, las relaciones que surgen entre las dirigentas y los/as funcionarios/as públicos, que pueden ir desde la camaradería, clientismo, reconocimiento, hasta la instrumentalización política de las relaciones.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Arendt, H. (1992). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.

Benítez, M. (2013). La participación como herramienta de politización de la desigualdad. En Pérez, A. y Oraizón, M (Comp.), *Estudios sobre participación: procesos, sujetos y contextos* (pp. 20-25). Buenos Aires: Ed. Estudios sociológicos.

Berbel, S. (2014). *Liderazgo y género: Análisis de las divergencias conceptuales y sus efectos en la teoría y práctica feminista*. *Quaderns de Psicologia*, Vol. 16, N° 1. Recuperado de <http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1204>

Butler, J. (2007). *El género en disputa*. España: Paidós.

Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Castellanos, G. (1996). Género, poder y postmodernidad: hacia un feminismo de la solidaridad. En Luna, L. y Vilanova, M. (Comp.). *Desde las orillas de la política, género y poder en América Latina* (pp. 14-21). Barcelona: Universidad de Barcelona.

Caretta, M. (2014). *Situated knowledge in cross-cultural, cross-language research: a collaborative reflexive analysis of researcher, assistant and participant subjectivities*. *Qualitative Research*, Sage Publications, pp. 1-17

CEUT, 2014. *Resultados de la encuesta de caracterización regional*. Recuperado de <http://www.ceut.cl/blog/resultados-de-la-encuesta-de-caracterizacion-regional-del-maule/>

Coffey, A. y Atkinson, P. (2003). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos*. Colombia: Universidad Nacional de Antioquia.

Consejo Nacional de Participación Ciudadana y Fortalecimiento de la Sociedad Civil. (2017). *Informe Final. Estado de la participación ciudadana en Chile y propuestas de reforma a la Ley 20.500 sobre Asociaciones y Participación Ciudadana en la Gestión Pública*. Santiago de Chile: Consejo Nacional de Participación Ciudadana y Fortalecimiento de la Sociedad Civil. Recuperado de <http://consejoparticipacion.cl/content/uploads/2017/01/informe-final.pdf>

De Barbieri, T. (1995). Certezas y malos entendido sobre la categoría de género. En Guzmán L y Pacheco G (comp.), *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV* (pp. 47-84). San José, Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.

Delamaza, G. (2018). Juntas de vecinos en Chile. Claroscuros de una larga trayectoria. En Delamaza, G. (coord.) *Juntas de Vecinos en Chile: 50 años, historia y desafíos de participación* (pp. 27-50). Santiago de Chile: Ediciones Biblioteca de Congreso Nacional de Chile. Recuperado de <https://www.bcn.cl/obtienearchivo?id=documentos/10221.1/72045/1/Libro%20con%20portada.pdf>

Delamaza, G. (2011). *Espacio público y participación ciudadana en la gestión pública en Chile: límites y posibilidades*. Polis, 10(30), pp. 45-75. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682011000300003>

Díaz de Valdés, L. (2016). *Trayectorias en cambio: un recorrido por la historia de las organizaciones de la sociedad civil. Cuarto informe de resultados del proyecto sociedad en acción*. Santiago de Chile: Centro UC Políticas Públicas.

Durston, J. (2005) ¿Aptitudados o apechugadores? El clientismo político en el campo chileno. En Porras, J. y V. Espinoza (comp.) *Redes: enfoques y aplicaciones del análisis de redes sociales* (pp.1-31) Santiago de Chile: Editorial Universidad Bolivariana.

Durston, J.; Duhart, D.; Miranda, F. y Monzó, E. (2005) *Comunidades campesinas, agencias públicas y clientismo político en Chile*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Eagly, A. y Carli, L. (2007). *Las mujeres y el laberinto del liderazgo*. Harvard Business Review, 85(9), pp. 76-85. Recuperado de <https://es.scribd.com/doc/62190606/Las-mujeres-y-el-laberinto-del-liderazgo-1>

Fontana, A. y Frey, J. (2017). La entrevista. De la posición neutral al compromiso político. En: Denzin, N. & Lincoln, Y. (coord.). *Manual de investigación cualitativa*. Volumen IV. Ed. Gedisa

Foucault, M. (1992) *Microfísica del Poder*. Madrid, España: Ediciones La Piqueta.

Fraser, N. (1996) *Redistribución y Reconocimiento: hacia una visión integrada de justicia de género*. New Schol of Social Reserch. RIFP/8. 18-40. Recuperado en [http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-1996-8-822568E8-D884-BC64-274D-3C464F9C410B&dsID=redistribucion\\_reconocimiento.pdf](http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:filopoli-1996-8-822568E8-D884-BC64-274D-3C464F9C410B&dsID=redistribucion_reconocimiento.pdf)

Fraser, N. (2000). Nuevas reflexiones sobre el reconocimiento. En *Políticas económicas de democracia y estrategias imperialistas de la tercera vía*, N. ° 4, pp.55 – 68.

- Garcés, M., Valdés, A. (1999). *Estado del arte de la participación ciudadana en Chile*. Documento preliminar para OXFAM-GB. Santiago de Chile. Recuperado de <http://ciudadanistas.cl/wp-content/uploads/2011/09/Estado-del-arte-de-la-participacion-ciudadana-en-Chile.pdf>
- Gaviola, E., Palestro, S. y Largo, E. (1994). *Una historia necesaria: mujeres en Chile, 1973-1990*. Santiago. Recuperado de <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-545890.html>
- Gunzenhauser, M. (2006). *A moral epistemology of knowing subjects*. En *Qualitative Inquiry*. Vol. 12 (3). Sage Publications.
- Harding, S. (1998) ¿Existe un método feminista? En Harding, S. (ed.) *Feminism and Methodology*. USA, Indiana University Press. Traducción de Gloria Elena Bernal.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Madrid: Cátedra.
- Instituto Nacional de Estadísticas (2018). *Mapa de resultados CENSO 2017 por región, provincias y comunas del país*. Recuperado de [www.censo2017.cl/mapa-rasultados-comunas/](http://www.censo2017.cl/mapa-rasultados-comunas/)
- Iturrieta, F. (2008). *Participación social y la nueva articulación entre Estado, Mercado y Sociedad Civil*. Tesis para optar al título de sociólogo. Universidad de Chile.
- Izcara S. y Andrade K. (2003). *La entrevista en profundidad: teoría y práctica*. México: PROMEP: SEP, Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica; Cd. Victoria Tamaulipas: UAT, Unidad Académica de Trabajo Social y Ciencias para el Desarrollo Humano.
- Kirkwood, J. (2010) *Ser política en Chile: Las feministas y los partidos*. Santiago de Chile: Ed. LOM.
- Lagarde, M. (2015) *Los cautiverios de las mujeres: madres, monjas, putas, presas y locas*. México: Siglo XXI Ediciones, 2da ed.
- Lamas, M. (2000). *Diferencias de sexo, género y diferencia sexual*. Cuicuilco, 7(18), 95-118.
- Lechner, N. y Levy, S. (1984). Notas sobre la vida cotidiana III: El disciplinamiento de la mujer. Material de discusión, Programa FLACSO-Santiago de Chile, N°57. Recuperado de <http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1984/000973.pdf>

Lopez-Zafra y Garcia-Retamero (2009). *Mujeres y liderazgo ¿discapacitadas para ejercer el liderazgo en el espacio público?* *Feminismos*, 13, 83-104

Ministerio de Desarrollo Social (2018). *Redes y Cohesión Social. Síntesis de resultados. Encuesta de Caracterización socioeconómica Nacional 2015*. Recuperado de [http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/casen-multidimensional/casen/docs/CASEN\\_2015\\_Resultados\\_Redес\\_Cohesion\\_Social.pdf](http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/casen-multidimensional/casen/docs/CASEN_2015_Resultados_Redес_Cohesion_Social.pdf)

Ministerio de Educación (2017) *Política de participación de las familias y la comunidad en instituciones educativas*. Santiago de Chile: División de Educación General. Recuperado de <http://basica.mineduc.cl/wp-content/uploads/sites/25/2017/04/Pol%C3%ADtica-de-Participaci%C3%B3n-de-la-Familia-y-la-Comunidad-en-instituciones-educativas.pdf>

Ministerio del Interior (1997). *Ley N°19.418, sobre Juntas de Vecinos y demás organizaciones comunitarias*. Recuperado de <https://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=251693>

Ministerio del Interior (2006). *Ley N°18.695, Orgánica Constitucional de Municipalidades*. Recuperado de <https://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=251693>

Ministerio del Interior (2011). *Ley N°20.500, sobre asociaciones y participación ciudadana en la gestión pública*. Recuperado de <https://www.leychile.cl/Navegar?idNorma=1023143>

Ministerio del Trabajo (2018). *Sistema de Información Laboral - SIL*. Recuperado de <http://www.sil.mintrab.gob.cl/seleccion/region/maule/comuna/hualane/#trabajadores/2>

Montecino, S y Rebolledo, L. (1996). *Conceptos de género y desarrollo* (Serie Apuntes docentes ed.). Santiago: PIEG.

Montecino, Sonia (2010). *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago de Chile: Catalonia.

Montecino, S. (2013). *Relaciones de género u vida privada en Chile. La casa y la calle*. En Montecino, S. & Franch, C. (Ed.). *Cuerpos, domesticidades y género. Ecos de la alimentación en Chile* (pp. 15-67). Santiago de Chile: Catalonia.

Montero, M. (2004) *Introducción a la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós

Municipalidad de Hualañé (2018) *PLADECO 2018 - 2022*.

Oraizón, M. (2013). *Participación ciudadana y organizaciones comunitarias: espacios, prácticas y posicionamientos políticos*. En Pérez, A. y Oraizón, M. (Comp.). *Estudios sobre*

*participación: procesos, sujetos y contextos* (pp. 26 -47) Buenos Aires: Ed. Estudios sociológicos.

Ortner, Sherry. (1979) *¿Es la mujer con respecto al Hombre lo que la Naturaleza con respecto a la Cultura?* Eneagrama Antropología y Feminismo. Barcelona. Recuperado de <https://seminarioatap.files.wordpress.com/2013/03/sherry-ortner-es-la-mujer-al-hombre.pdf>

Oxman, V. (1983). *La participación de la mujer campesina en organizaciones: Centros de madres rurales*. Santiago de Chile: Grupo de Investigaciones Agrarias..Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-127027.html>

Pateman, C. (1996). *Criticas feministas a la dicotomía publico/privado*. Barcelona: Paidós.

Pérez, A. (2013). El discurso de la participación en la sociedad contemporánea. En Pérez, A. y Oraízón, M. (Comp.). *Estudios sobre participación: procesos, sujetos y contextos*. Buenos Aires: Ed. Estudios sociológicos.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2008). *Desarrollo Humano en Chile Rural*. Santiago de Chile: PNUD.

Rabotnikof, N. (1998). *Lo público y lo privado*. Debate Feminista, 18

Rebolledo, L. (1997). *Las mujeres rurales en el contexto de la modernización agraria*. Revista Anales. Universidad de Chile. Recuperado de <http://www.anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/view/2987/2865>.

Reyes, M. (2013). *Liderazgo comunitario y capital social: una aproximación desde el campo biográfico*. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona.

Rubin, G. (1986). *El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo*. Revista Nueva Antropología, Año/Vol. VIII, N°30. Universidad Nacional Autónoma de México: Distrito Federal, México pp. 95-145.

Sánchez, A. (2002). *Dispositivos de empoderamiento para el desarrollo psicosocial*. Universitas Pshycológica, 1 (2), pp.39-48.

Scott, J. (1990). El género una categoría útil para el análisis histórico. En Nash y Amelang (eds.). *Historia y género: Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia. Recuperado de <http://programadederechoalasalud.cide.edu/ADSyR/wpcontent/uploads/2012/01/02.-Scott.pdf>

Serrano, C. (1998). *Participación social y ciudadana. Un debate en Chile contemporáneo*. Recuperado de <https://docplayer.es/15695502-Participacion-social-y-ciudadania-un-debate-del-chile-contemporaneo.html>

Taylor, S y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de la investigación. La búsqueda de significados*. Barcelona: Ed. Paidós Ibérica S.A.

Tinsman, H. (2009). *La tierra es para quien trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena*. Santiago de Chile: Ed. LOM.

Valdés, T., Weinstein, M., Toledo, M. y Letelier, L. (1989). *Centro de madres 1973-1989 ¿sólo disciplinamiento?* Documento de trabajo, Programa FLACSO-Chile, N°416. Santiago. Recuperado de <http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1989/000002.pdf>

Valdés, X. (2005). *Familia, género y vida privada. Cambios sociales y transformaciones familiares en Chile y el medio rural en la segunda mitad del siglo XX*. Tesis para optar al grado de Doctora en Estudios Americanos, mención historia económica y social. Universidad de Santiago de Chile. Santiago. Recuperado de <http://www.generohistoriaruralidad.cl/pdf/tesis/2016.pdf>

Yus, P. (1997). *Participación comunitaria de mujeres de sectores populares y transformaciones de su identidad de género*. Pskhe, 6(1), pp. 95-106.